

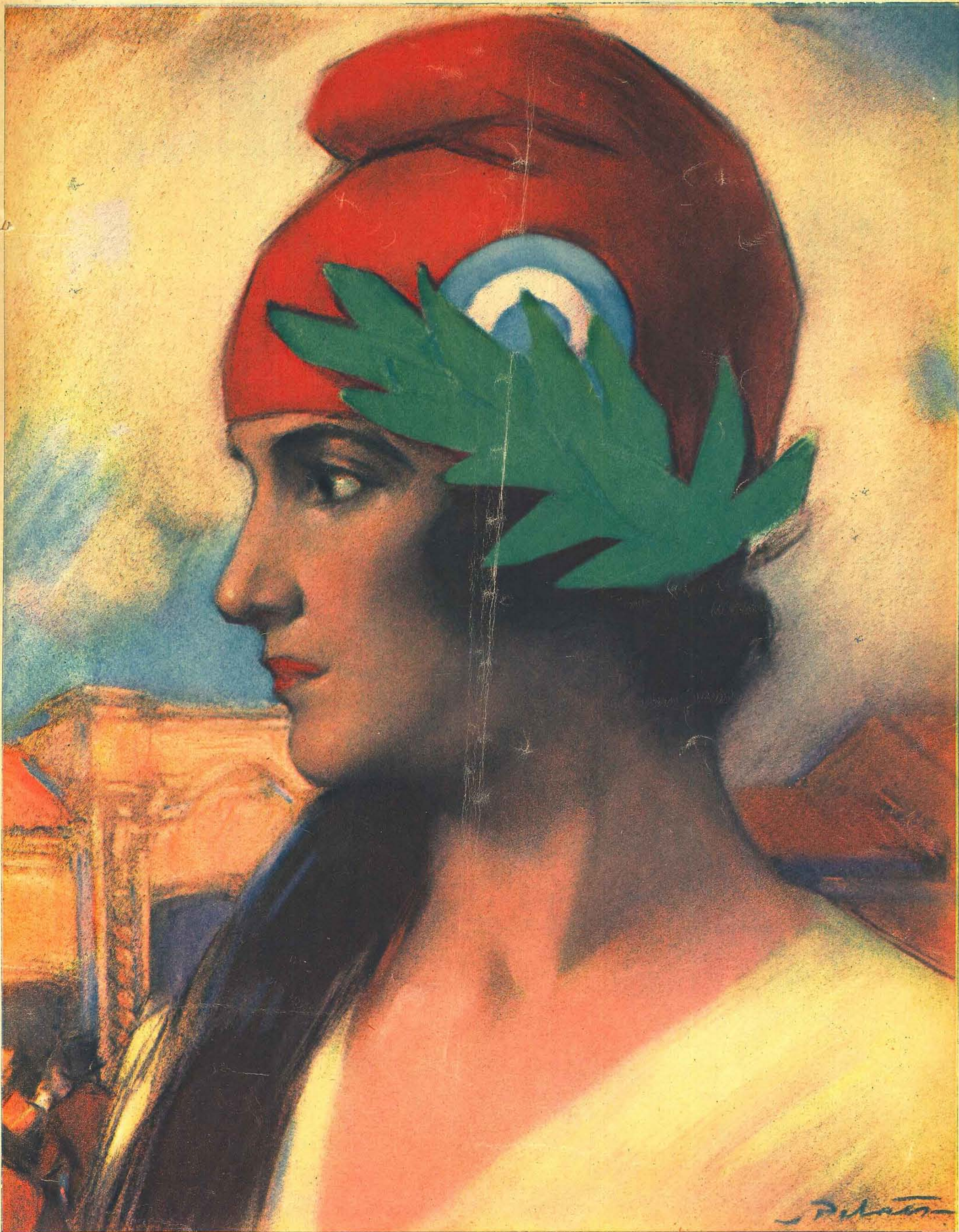
LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO I

BUENOS AIRES 6 DE JULIO DE 1930

NÚMERO 53



ESPECIAL PARA LA NACION

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.org

UNA NUEVA Y GLORIOSA NACION

1816-9 DE JULIO-1930

COMPOSICIÓN ALLEGÓRICA
POR JUAN PELÁEZ

Tentación!



Vd. no puede culpar a los niños! La tentación era demasiado grande.

La galletita Minué es el último éxito de Bágley y constituye un triunfo de la pericia en el arte de hornear.

Pruebe la deliciosa Minué, crocante y con un exquisito sabor a coco, y tal vez Vd. también diga que es la mejor galletita dulce que jamás ha probado.

No olvide:

“Con su té,
Galletitas Minué”

El — ...esta llave tampoco sirve... ¿no hay más?...
Ella— Ninguna; las probamos todas...

El — ¡Qué mala suerte! Pero... en fin... paciencia. Cuando mamita haya vuelto le podemos decir que nos hemos portado muy bien...



Minué
Bágley

SIENDO DE Bágley ES BUENO



ROMANCES DEL RIO SECO

EL TIGRE CAPIANGO

Por

LEOPOLDO
LUGONES

ILUSTRACIONES DE
GUSTAVO A. PUEYRRÉDON

I
En Taco-Yaco, esa estancia
Que de mis mayores fué,
Se oyó relatar la historia
Que a ustedes les contaré.

Aunque ya hace muchos años,
Parece que ayer lo he visto,
El capataz, por entonces,
Era Tolosa, ño Sixto.

El también ha de acordarse
—Cómo no se va a acordar—
Si Dios lo tiene con vida
Según me es grato esperar.

Mas si acaso él no pudiera
Justificar lo que digo,
Donde se halle Juan Lescano
Me servirá de testigo.

¡Cristiano empeñoso aquél
Para correr avestruces!
Que hasta los hombres más guapos
Al verlo se hacían cruces.

Pues nunca lo acobardaron
Cuevas, troncos ni pajales.
Para él todo el campo es abra,
Sin respetar andurriales.

Otro que arriesgara así
Descalabrarse por gusto,
Sólo sé de don Blas Vocos,
El boleador de San Justo.

Siempre recuerdo una vez
Que lo vi entrar en un moro...
Pero a todo esto es el caso
Que sin razón me demoro.

Para caer de nuevo al rastro,
Y a más de los que ya van,
Pondré a Audifacio Cabrera
Y a Federico Galán.

Y remataré la lista,
Para no pecar de pródigo,
Con ño Froilán Montenegro,
Que sabía citar el código.

Era el tiempo de las hierras;
Y no asentando el rocío,
En la minga de la fruta
Se ocupaba el mujerío.

Así, a la luna fresquita
De aquella noche de marzo,
Beneficiaban las pasas
Y orejones para el zarzo.

Y sentadas al contorno
De capachos y bateas,
Con mate y cuento buscaban
Diversión en sus tareas.

Más de uno, para ayudarlas,
Acudía desde el fogón.
Ahí se armaban los noviazgos
Con licencia del patrón.

Así casaron, me acuerdo,
La Laurencia y la Pastora.
¡Pobres chinitas de casa,
Por dónde andarán ahora!

Sólo de una se ha sabido,
Que al decir de unas mujeres,
Contrajo segundas nupcias
Con un gringo rico, en Ceres.

Me alegraré que el destino
Siga prestándole ayuda,
Y que se encuentre feliz
Con su extranjero la viuda.

II
Como les iba diciendo,
La noche que hago memoria,
Fué ño Cirilo Ramírez
Quien nos refirió la historia.

Aunque andaba, según creo,
Pisando ya los setenta,
Era de presencia airosa
Y aventurero de cuenta.

Usaba un chambergo hechizo,
De esos que a estilo casero
Con lana negra moldeaban
En la boca del mortero.

Y en fierro bruto forjadas
Ostentaba unas espuelas
Con rodajas de diez puntas
Y tamañas arandelas.

El mismo le había labrado
Un cabo de asta de chivo
A su puñal, que llamaba
"El Poder Ejecutivo".

Pues era hombre habilidoso,
Como todo gaucho de antes,

En cualquier labor de campo
Que piensen los circunstantes.

Y aunque viejo, se mostraba
—No lo digo por lisonja—
Capaz de sacarle el tiento
Punta a punta a cualquier lonja.

Por congraciarse las niñas,
Daba a veces el barato
De escobillar con espuelas
El marote y hasta el gato.

Porque fué en sus mocedades
Tan ducho para las danzas,
Que competía en los malambos
Con veinticinco mudanzas.

Valía la pena de verlo,
Mas que no tuviese un cobre,
Siempre lleno de arrogancia
Bajo el ponchito de pobre.

Y sobre el pecho asentada,
De larga y poblada qu'era,
Como la cola del peine
Le iba blanqueando la pera.

Para que no se le fuese
A enredar, según colijo,
De fantástico solía
Manearla con el barbijó.

Era de los que guardaban
La chala, haciendo copete,

Dentro las botas colgadas
Del horcón del mojinete.

Cargaba chuspa teñida
De azafrán, para el tabaco,
Y el yesquero se lo había hecho
De una cola de mataco.

Sabía también sus recetas
De palabra y de ingrediente.
El vicio de la bebida
Le quitó así a mucha gente;

Dando una cuarta, en ayunas,
De los dos vinos batidos
Con tres huevos de lechuga
Todos de distintos nidos.

Ahora présteme atención,
Si no los cansó el preludio.
Quizás esto hasta a los sabios
Pueda servirles de estudio.

III

Hace tiempo que habitaban
La Sierra del Cardonal,
Juan y Andrés Capiango, hermanos
Por el vínculo legal.

Trabajaban de meleros,
Lo cual comprender se deja,
Porque en esas espesuras
Había entonces mucha abeja.

Era de aquella chiquita
Que además no tenía flecha,
Y en los huecos del cardón
Acopiaba su cosecha.

Tan diligente y guardosa,
Que en pintando el año bueno,
Hubo colmena que dió
Sólo en miel un odre lleno.

Con lo blando de la penca,
Juego y no afán era el corte.
Cualquier negocio pagaba
Por la cera un buen importe.

Y en ella estaba el provecho;
Pues los actos religiosos,
De mayordomos tenían
A los vecinos rumbosos.

Así es que para las fiestas
Del Rosario y Candelaria,
Hasta más de dos arrobas
Consumía la luminaria.

Ahora, quien pudiese al Valle
Fletarla de preferencia,
Volvía de esa Catamarca
Platado y con la indulgencia.

Pero era amarga esa vida,
Aunque abundase la miel,
Con tantos tigres y tanta
Víbora de cascabel.

Tenían que largarse solos
Y a pie por aquellos cerros,
Pues el daño habría acabado
Con caballos y con perros.

En el corazón del monte,
Sudando de sol a sol,
Acampaban por tres meses
Bajo un toldo de simbol.

Como hombres baquianos que eran,
Para dormir en sosiego,

No dejaban de rodearlo
Todas las noches con fuego.

Y al separarse de día
Bajo el silencio infinito,
De rato en rato se daban
Distancia y rumbo en el grito.

Cazándolos con industria,
Chanchos del monte comían,
Y de odres para la miel
Con los cueros se surtían.

Al rosillo acostumbraban
En la cueva darle humazo;
Y chuzo limpio al maján,
Que era un marrano picazo.

Mas hay que saber guardarse
Cuando se empaca el rosillo
Y empieza a hacer castañetas
Al afilar el colmillo.

Que apie o montados se encuentren
Vean bien lo que les detallo,
Pues siempre tira a capar
O desjarreta el caballo.

IV

Así en el monte meleaban
Haría ya como un mes,
Cuando empezó Juan Capiango
A desconfiarle al Andrés.

Pues casi nada comía,
Sin enflaquecer por eso,
Antes bien se iba mostrando
Más floreciente y más grueso.

Todo el día bostezaba
Como si durmiera poco,
Y amanecía encandilado,
Con unos ojos de loco.

Le notaba con recelo,
Por más que fuesen hermanos,
Vestigios de sangre seca
En las uñas de las manos.

Y en una ocasión que sesteaban,
De reojo le alcanzó a ver
Un costillar lastimado
Que al punto logró esconder.

Al ofrecerle su auxilio,
Le respondió de mal modo,
Sin escuchar reflexiones
Y negando herida y todo.

Hasta que al fin una noche
Le pareció que entre sueños
Lo sentía andar en lo oscuro
No sé en que trances o empeños.

Y al despertarse alarmado,
Por ser contra su costumbre,
Escabullirse en el monte
Lo divisó a la vislumbre.

Pero se animó a seguirlo,
Bien que de lejos y oculto.
El lienzo de la camisa
Le iba señalando el bulto.

Pues aunque ya está menguando
La luna en el horizonte,
Algo alumbra todavía
Lo tenebroso del monte.

Llegan así a un descampado,
Y lo ve que en su desvelo
Saca de un tronco y extiende
Como una manta en el suelo.

Ahi empieza a revolcarse
Desnudo sobre esa manta,
Y de repente—¡cruz diablo!—
Hecho tigre se levanta.

Desentumió los tendones,
Pegando un bramido ronco,
Y las uñas afiló
Arañando el mismo tronco.

Figúrense la sorpresa
Que al pobre Juan le produjo
Saber de aquella manera
Que tenía un hermano brujo.

De temor que, ya cambiado,
Lo desconociese allí,
Se mantuvo en las tinieblas
Callado y fuera de sí.

Porque bien sabemos todos
Habiendo ya tanta prueba,
Que el hombre-tigre, en su saña,
Con carne humana se ceba.

Suerte fué que a contraviento
Se encontrara su escondite;
Pues sin esto, acaso el otro
Con él hace su convite.

Recién cuando entre los montes
Se internó bramando lejos,
Fué por un tizón que el sitio
Clareara con sus reflejos.

Y hallando un cuero de tigre
En el paraje de que hablo,
Comprendió que en él estaba
La picardía del diablo.

Con un gancho lo arrastró,
Por no tocarlo, hasta el toldo,
Y encomendándose a Dios
Lo enterró bajo el rescoldo.

Ahora conviene advertir
Que al tigre de ese linaje,
Aparte de la fogata
No hay defensa que lo ataje.

Mas, tres señas lo descubren,
Que dar aquí es oportuno,

Para que por tal lo saquen
Si se encuentran con alguno.

Tiene la frente pelada,
Cortón el rabo, y después,
Aunque es de muy buena pinta,
Volcado el pelo al revés.

De esta suerte, si lo apuran,
Se achata escondiendo el vientre,
A contrapelo se encrespa
Y ya no hay bala que le entre.

Entonces, mientras el perro
U otro cazador le amaga,
Usted se le corre atrás
Echando mano a la daga.

Que ganándole la cola,
Su fin ya es cosa resuelta,
Pues no tiene coyunturas
Para dar la media vuelta.

Y obligado a levantarse,
Le entra el cuchillo a la faja.
Todo sér de cuatro patas
Es mortal por la verija.

Si alguno cree que estas cosas
Son pura labia o caprichos,
Piense que no tiene acabo
La malicia de los bichos.

No más que con la mirada
Caza la ampalagua al zorro.
Y es de oírlo gritar a Juancho
Como pidiendo socorro.

Mata la víbora al sapo
Rodeándolo con la baba;
Que a golpes, cuando despierta,
De asco ella misma se acaba.

Aunque es blanca la gaviota,
Si en zambullirse anda lista,
Por más clara que esté el agua
Se le pierde a Vd. de vista.

Y entre tantos acomodos
Y cualidades secretas,
Han de saber que la nutria
Tiene en el lomo las tetas.

V

Cuando quería amanecer,
Regresó el brujo a las casas.
Iba volando de fiebre
Con el calor de las brasas.

Pues se quemaba en el cuero
Su propia naturaleza;
Así es que ya había perdido
El pelo de la cabeza

Cayó en la puerta del rancho
Rendido al mal que lo postra,
Diz que el empacho de sangre
En los labios le hacía costra.

Entra a suplicar, entonces,
Sabiéndose descubierto:
"Deme una sed de agua, hermano"
"Pues de no, soy hombre muerto".

"Y procure traerme al punto",
"Para aliviar mi pecado",
"Ni más que sea una garrita"
"Del cuero que me ha quemado".

Condolido el otro al ver
Que sin remedio agoniza,
Le alcanza agua y con un palo
Va a revolver la ceniza.

Hallando un pedazo entero,
Se lo lleva sin tardanza.
El enfermo, reanimado,
Sobre aquello se abalanza.

Y revolcándose encima,
Tigre otra vez se volvió,
Y con el cuero en los dientes
De nuevo el monte ganó.

Nunca se supo más d'él,
Por cierto en figura de hombre;
Pero mucha sangre humana
Siguió manchando su nombre.

Por esto es que al hechicero
Que así causa tanto estrago,
Tigre Capiango le llaman
Desde entonces en el pago.

Y para que vean ustedes
Que en esto no todo es charla,
Como sucedió la historia
Voy hasta el fin a contarla.

Pues a eso de medianoche,
—Más que mi verdad peligro—
En la estancia despertamos
Oyendo bramar al tigre.

Por allá nunca los hubo
Ni de esa ni de otra laya,
Pero el hecho es que ahí cerquita
Sí señor, bramó en la playa.

Roncaba al ras de la tierra
Como cuando va de largo.
Sin ponderación les digo
Que ese momento fué amargo.

Con el rabo entre las piernas,
Se acoquinó la perrada;
Y por refugio, hasta el patio
Se nos vino la majada.

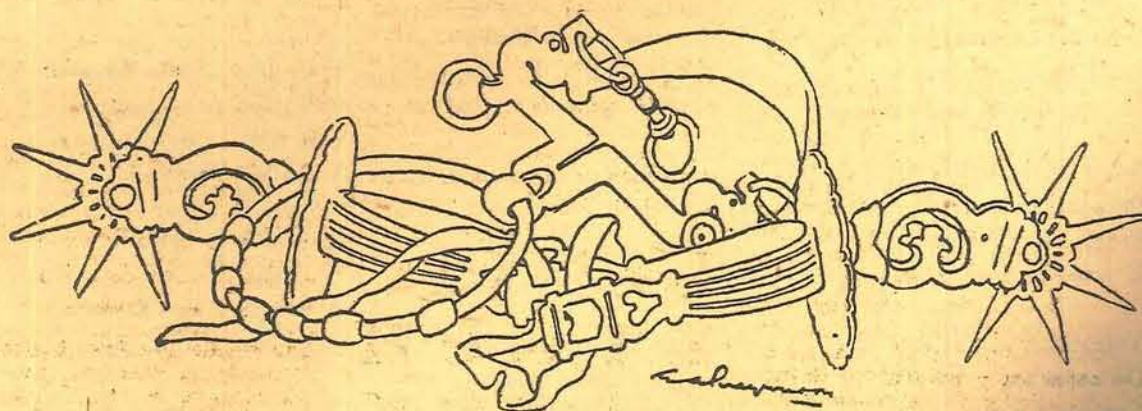
No pudo ya quedar duda
De que la cosa era cierta;
Con que, el resto de la noche,
Pasó la gente despierta.

Pero lo raro es, y tanto
Que ya casi no lo creo,
Que no se halló rastro alguno
Ni hubo merma en el rodeo.

Aunque la playa era limpia,
Y tan blando el polvo en ella,
Que ni los teros dejaban
De estampar allí su huella.

Después he oído decir
Que es malo nombrar el daño,
Porque puede presentarse
Con certidumbre o engaño.

Y hasta que alguno lo explique,
Pues no tengo esa virtud,
Que se conserven deseo
Con alegría y salud.





NA tarde de enero de 1907, allá por "las puntas" del cañadón de Ajó. Campo anegado, fachinales inmensos, croar aturridor de ranas, nubes de sabandija brava, calor sofocante, olor infecto de ciénaga y, una tormenta enorme, que asoma por el Oeste sus crestas azules de cordillera lejana.

Al notar que el agua del bañado se torna cada vez más profunda, "el pasajero" sujeta su caballo, su gran caballo picazo, empapado en sudor y salpicado de lama hasta las crines: "¿En dónde se estará metiendo?"... Y por más que en seguida se alza en los estribos, girando en torno la mirada de sus ojos azules hechos a escudriñar las brillanzas y las nebulosidades de la distancia, el mozo nada ve en un principio, nada que pueda servirle de punto de orientación o referencia, y por su cara joven pero curtida ya por la intemperie y por los soles, pasa como una crispación de fastidio:

—"¡Caray!... Unos albardones muy verdes, me dijo él!"...

Y mientras el caballo apearado con el típico recadito "suero" — muy corto de bastos y muy recortado en la carona — al defenderse de los tábanos, manoteando y coceando, imprime a su busto violentos balanceos, el mozo vuelve a mirar por entre las abras de los duraznillos plomizos y de los pajonales leonados, hasta que sus ojos descubren con sorpresa y allí muy cerca, la cumbre de un rancho que asoma de entre las altas malezas de un albardón, como el lomo de un toro fachinero que quisiera ocultarse entre los juncos.

—"¡Ah, ah!"...

Y ante la grata perspectiva de una orientación eficaz y la no menos seductora de poder beberse un buen vaso de agua, porque la sed le atormenta, el mozo se apresura a dirigir su caballo hacia el rancho cuyo aspecto no puede ser más miserable ni más repulsivo: no tiene ni un árbol, y su mal cuidado cerco de alambre desaparece materialmente bajo la capa rojiza de los cueros de nutria que están tendidos sobre él para que se oreen.

Un fuerte hedor de carroña llena la atmósfera y si no fuese por un "mancarrón" rosillo, que embarrado hasta las puestas, dormita en medio del patio, pudiera creerse que "no hay un alma en las casas".

—"¡Ave María!"...

El ladrido de un perro invisible, es lo primero que responde al grito del mozo, y, en seguida, en la puerta del rancho se dibuja la grácil y obscura silueta de una mujer joven que, apoyándose perezosa y blandamente en el quicio, invita con voz desganada:

—"Sin pecao... ¡Pase!"...

El mozo se limita a hacer avanzar hasta el cerco su gran caballo picazo que bufa aprensivo y apunta las buidas orejas hacia un montón hediondo de cadáveres de nutria que, desollados, se corrompen al sol allí muy cerca, y en seguida saluda quitándose el sombrero:

—"Buenas tardes... señorita!"...

—"¡Güenas!"...

Y la voz de la hermosa muchacha, dulce como una tierna caricia, pero a la vez como saturada de malhumor de pereza, se diría que hubiera caído desde su bella boca para deslizarse después a flor de tierra, cual el vuelo de un pájaro nocturno que tuviera las alas húmedas.

El viajero, impresionado por la rara belleza de la mocita y, más que todo, por la extraordinaria semejanza que le encuentra con la figura central de cierto famoso cuadro de Jaroslav, una de cuyas copias adorna su escritorio desde hace muchos años, le pregunta casi tímido:

HOSPITALITAS

—"Si me hace el favor, señorita... ¿Quisiera saber si voy bien para la estancia de X?"

La muchacha, al oírle, contrae un poco las cejas, vacila un instante y al cabo contesta con una sonrisa entre apocada y despectiva:

—"Yo no sé de eso"...

Y el mozo, resentido, siente ya deseos de preguntarle "de qué es lo que sabe", cuando ella volviendo bruscamente su gallarda cabecita hacia el interior del rancho, avisa con voz lánguida:

—"¡Tata!... Un pasajero!"...

Y casi a punto, barbudo y desgredado sobre toda ponderación, un gaucho sale a la puerta, calándose el sombrero:

—"¡Ah, ah!... ¡Güenas! tardes!... Abajese y pase si gusta!"...

—"No señor — se apresura

mañana con la fresca..."

En ese momento llega la muchacha con el jarro del agua y lo alarga al mozo por encima del alambrado:

—"¡Sírvaselo!"

—"¡Ah!... ¡Muchas gracias!"

Y mientras bebe a grandes sorbos aquel agua que le parece un elixir de vida, el viajero, con el ojo que le deja libre el borde del ancho jarro de latón, contempla con asombro, la extraordinaria belleza de la moza, la maravilla estupenda de aquella flor humana, que por quién sabe qué capricho del destino, ha venido a desplegar sus galas en un medio tan poco adecuado para lucirlas, como inaccesible a la curiosidad de los hombres...

♦ ♦ ♦

Deben ser como las dos de la mañana y el mozo — que

que podían ofrecer al huésped — uno tras otro, fueron tendiendo sus respectivas camas en el suelo, para echarse a dormir vestidos, al uso primitivo de los gauchos: los padres junto al fogón; el hijo — un muchachillo de unos siete años — casi a los pies del improvisado tálamo paterno y, ella... Ella, allí nomás, a tres pasos de él apenas y tan pronto como apagaron la lumbre del candil...

—"¡Pase güena noche!"

—"¡Gracias!... Igualmente ustedes..."

—"¡Hasta mañana!"

—"¡Hasta mañana..."

Después, nada ya; ni un suspiro, ni el rumor más leve en la tiniebla absoluta de aquella alcoba común, que huele a humo y a cueros de nutria y en donde al amparo de sus candidas alas, la santa hospitalidad de los campos ha vuelto a ten-

—"¡Ah!... ¡Bueno!... Much...
—... ¡Y manda a decir también mi tata, que aquí estoy yo, por si algo se le ofrece!"

♦ ♦ ♦

El mozo se dispone ya a montar a caballo para proseguir su viaje antes de que el sol apriete, cuando de pronto le asalta un pensamiento: "¡Caramba, esas pobres gentes que en medio de su pobreza han sido tan hospitalarias con él!... ¿No debería regalarles algo, dejarles algún obsequio?"

—"¡Claro, pues!"...

Y resuelto sin duda su problema, el mozo sube a caballo y con rostro alegre se allega al muchachuelo que prosigue entregado afanosamente a su tarea.

—"¡Bueno, amigo!... Yo me voy..."

—"¡Ah, ah!"

—"Me va a despedir de sus padres y de todos, verdad?"

—"¡Ah, ah!"

—"Y a decirles que les quedo muy agradecidos y que será hasta la vuelta, no?"

—"¡Ah, ah!"

Y tan pronto como el muchachito entre vacilante y azorado ha tomado el billete, el mozo se apresura a despedirse:

—"¡Bueno!... ¡Adiós m'hijito!"

—"¡Hasta la vista, no?"

—"Hasta la vista, don..."

♦ ♦ ♦

Poco baqueano de aquellos parajes, el viajero pierde muchas veces la huella cortada e incierta y otras tantas, se ve obligado, para abrirse paso, a arremeter por cualquier sitio, contra las enormes masas de duraznillos, cuyas largas y flexibles ramas pugnan por azotarle el rostro y por arrancarle el apero tirándole de las piernas...

Cuando por fin, sale a campo abierto y su gran caballo picazo puede tender el galope, el mozo, tranquilizado ya, vuelve a acordarse del rancho que acaba de dejar y de sus humildes y hospitalarios moradores:

—"¡Linda muchacha!... ¿No? ¡Lo que podría ser bien pulida y educada!... ¡Ah, ah!... ¡Pobres gentes!... ¡Cuánta miseria y cuánta generosidad al mismo tiempo!... ¡La vieja tenía por lo menos diez zurcidos en la pollera y él, el hombre, un agujero como un pozo, en su chamberguito ni verde ni amarillo, como la paja brava cuando se está secando!... La cara que habrán puesto al ver el rega..."

Y el mozo, que ha interrumpido su mudo soliloquio porque acaba de oír a sus espaldas como un "¡Hep!" de llamado, vuelve el rostro y sujeta su caballo:

—"Y eso?"

—"Y eso", es el muchachito del rancho, que envuelto en el halo luminoso que forma el agua levantada por las patas de su rosillo, viene hacia él, a media rienda.

—"¡Hep!... ¡Hep!"

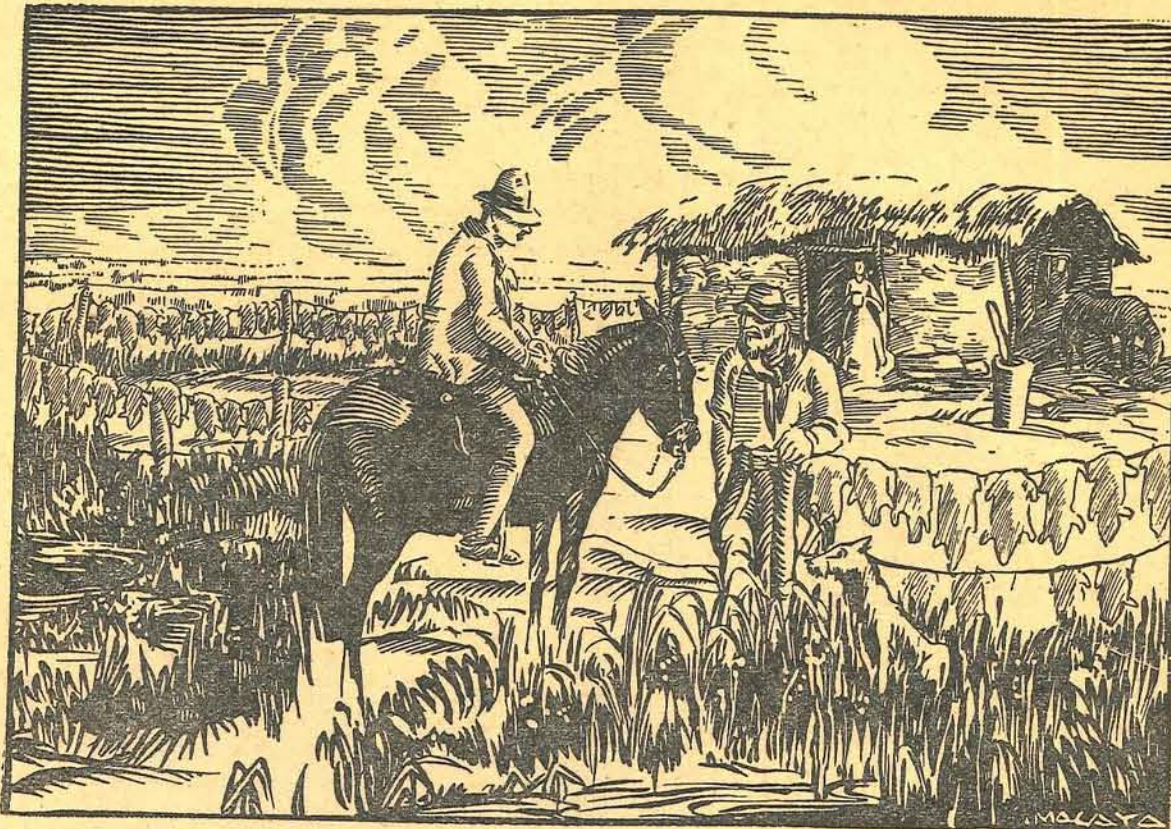
Lo primero que se le ocurre al viajero es que quizá olvidó algo en el rancho e instintamente va a llevarse la mano al tirador para comprobarlo, cuando lo disuade de ello la sola expresión de la cara del muchachito que llega y hace "rayar" ante él, su "matungo" enlodado y resoplante:

—"¡Güen día!"

—"¿Qué hay, amigo?"

—"¡Tome!"

Y a tiempo que con el extremo de sus dedos roñosos y teñidos en sangre de nutria, alarga al mozo, estupefacto, el billete de su obsequio, el chico añade de un tirón y con acento de fiero y ofendido orgullo — "¡Manda a decir mi tata, que se guarde su plata y... Y que si se crai que semos gringos!"...



a responder el mozo —. ¡No señor, gracias!... Ando apurado y quisiera saber nomás, si voy bien así, para la estancia de X?"

—"¡Ah, ah!... Y el gaucho, tan sucio y pobre de aspecto como su rancho mismo, se apresura a transponer el alambrado, y una vez junto al mozo le explica con aplomo: —"¡Ah, ah!... Ve: el rumbo es éste; sólo que tiene que recostarse siempre un poco pa la izquierda..."

—"Me compriencé que iba habiendo mucha agua en el bañado..."

—"Y claro!... Por lo mismo. Si hace como le digo, va a hayar campo más alto pa galopiar y después que haiga llegado a unos albardones muy verdes, ya puede pegarle nomás derecho. Unas cuatro leguas habrán a lo de X."

—"¡Ah, muy bien!... ¡Muchas gracias! — Y a tiempo en que recoge su caballo para irse, el mozo, acordándose de su sed, pide con esfuerzo — Si me hiciera el favor — corrigiéndose al mirar a la muchacha —. ¿Si me hicieran el favor de darme un poco de agua?... ¡Tengo una sed bárbara!"

—"¡Ah, claro!... ¡Cómo no! — Y el nutriero, después de mandar a la mocita a que la traiga y vueltos los ojos hacia las lejanías del horizonte, aconseja al viajero —. Ve: yo no sé... pero pa mi gusto no debería seguir viaje esta tarde..."

—"¿Yo?... ¿Por qué?"

—"Puede venir tormenta, usted no parece muy baquiano de estos campos y la cortada es media peligrosa p'andar de noche, custión de los barros blancos y cangrejales... Yo que usted hacía noche aquí y seguía

no puede dormirse en la cama de su recado tendido junto a la puerta y ante la inmensidad de la noche campera — piensa en que nadie entre los que le conocen y que por él se preocupan, podrá sospechar nunca en dónde se encuentra en esos momentos y en qué rara situación han venido a colocarle sus locas andanzas: ¡Huésped de un rancho de nutrieros, de un misero rancho perdido entre los cañadones y fachinales de una inmensa región, que, eternamente anegada, se opone al avance de los caminos y de las líneas férreas y viene a ser por lo tanto, como el último pero vastísimo refugio de todas las especies de la fauna acuática que, perseguidas por la civilización, ya no pueden medrar en otras zonas!"

El ha charlado largamente con el nutriero y su mujer, sobre los trabajos del oficio, sobre sus secretos y sus peligros; ha comido con ellos y con toda la familia, carne de oveja flaca y galleta mohosa y hasta ha logrado interesar y hacer reír a la muchacha que cada vez le parece más bella y más semejante a la del cuadro aquel de su escritorio y, por último, se ha acostado... sí, se ha acostado, se ha tenido que acostar como todos, porque a cierta hora, "ellos" — como puestos de acuerdo tácitamente y previas y urbanas disculpas por la escasez de comodidades

der casi juntos, el lecho de un varón forastero e insomne y el de una virgen dormida que sueña...

♦ ♦ ♦

Cuando despertado por la luz intensa que le da de lleno en la cara, el mozo consulta su reloj, no puede menos que llenarse de sorpresa y bochorno: "La gran perra!... ¡Qué vergüenza!"... Resulta que después de luchar tanto por conciliar el sueño, sin lograrlo, ha concluido por dormirse "como un infeliz", en el momento más oportuno y, lo más curioso del caso es que, a la sazón, se halla solo en el rancho, del que los dueños de casa han desaparecido como por arte de magia. En el fogón, el agua de la pava hierve muy bajito y allá afuera, en el campo, las ranas continúan alzando su inmenso croar incansante.

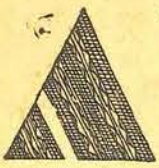
—"¡Está bueno!"...

Pero, al salir del rancho, en procura del pozo de balde, lo primero que descubren sus ojos parpadeantes, es al chico del rancho que, casi entre las patas de su viejo caballo rosillo, está desollando nutrias de un gran montón que tiene allí en el suelo y que sin duda acaba de traer de las trampas.

—"¡Oh!... ¡Buenos días, amigo!"

—"¡Güen día! — Y el chicuelo incorporándose vivamente, cuchillo en mano y pringados de lodo y sangre los dedos, agrega de un tirón y como si recitase —. ¡Manda a decir mi tata que lo dispense, pero que como el cañadón creció mucho han tenido que dirse toditos pa levantar las trampas, pero que ahí tiene en el jogón agua caliente y carne por si quiere churrasquiar!"

BENITO
LYNCH
ILUSTRACIÓN DE
LUIS MACAYA



ARDIA Montevideo en patriótico entusiasmo en aquel mayo de 1840, "mes de América", como lucían los diarios bajo los dibujos y leyendas de sus primeras páginas. La victoria de Don Cristóbal, lograda en momentos en que comenzaba a palidecer la estrella de Lavalle, había retemplado el ánimo de argentinos y orientales unidos en una aspiración: la libertad. Rivera Indarte la había cantado en un poema que los emigrados recitaban en la trastienda de la librería de Hernández o en las tertulias familiares.

El 2, el Sol de Mayo inflamó aún más los corazones. En la función del teatro — ¿para qué nombrarlo, si era él, en la ciudad, el único? — se habían pronunciado desde los palcos fogosas arengas. Lavalle y Rosas habían provocado las más delirantes ovaciones y los más terribles anatemas, mientras Matilde Díez y Fernando Quijano, en sus trajes de Marion Delorme, sostenían las banderas hermanas.

Pero ni el patriótico entusiasmo, en el día de las gloriosas evocaciones; ni las últimas noticias de la marcha de Lavalle, rumbo a Buenos Aires, habían podido disipar el revuelo que traía conmovidos, hasta la exaltación, a nuestros abuelos: el "escándalo de María Tudor".

Si, la sociedad que sólo se interesaba por la "guerra a Rosas", se había alzado airada, trémula de indignación ante "los cortes" que, para no herir a los italianos, se habían hecho en el drama de Hugo.

"El Nacional", "El Constitucional", hasta "El Compás", reflejaban en sus columnas el ardiente debate popular. Los defensores de Hugo, de la "María Tudor" sin "tijeretazos", se batían denodadamente con los defensores de los italianos "vilipendiados", decían éstos, en el drama hugoniano. D. Andrés Lamas, Pablo Delgado y Joaquín Sagra y Periz, los señores de la "comisión censora", se habían pronunciado por la representación "sin quitarle ni ponerle coma". ¿Y podía hacer otra cosa, por ventura, el más capacitado de los censores, Lamas, conforme a su "programa" del "Iniciador"?...

Era toda una explosión de romanticismo abrasando a unos y otros y pasando a segundo término, ¡oh poder del "emperador de la barba florida"! a Rosas, a Rivera, a Lavalle.

¿Quién podía, pues, disputar a Hugo la exclusividad del cartel del teatro? ¿Qué obra podía subir a escena que no fuese la triunfante en el literario plebiscito?

Pero la obra surgió: se titulaba "Las cuatro épocas" y su autor era el "joven poeta" Bartolomé Mitre.

Mitre tenía "ya" un nombre, aunque no contaba aún veinte años. Dos años antes, se había lamentado de no tenerlo. Uno antes, al partir rumbo al ejército de Rivera — lo esperaba Cagancha, donde recibiría su espaldarazo de oficial de la patria —, su padre le había escrito: "Te considero en los momentos de una próxima batalla que va a decidir la suerte de la patria. Espero que sabrás llenar tu deber. Si mueres, habrás llenado tu misión, pero cuida que no te hieran por la espalda (¡oh, clarividencia paternal de la gloriosa herida en la frente!). Después de perderte, lo que puede suceder y para lo que estoy preparado, consolaré el resto de mi triste vida la memoria honrosa que espero me legues. ¡Adiós, hijo querido! ¡Tú eres mi esperanza!"

El hijo fué digno de tal padre. Sería soldado, pero soldado poeta. Y aun sobre esta calidad, estaría la de "iniciado" de 1838.

Un viejo militar uruguayo, evocando al Mitre de aquellos días, lo pinta de esta manera: "Su ocupación favorita eran las musas, a las que vivía entregado en su cuartito de la artillería ligera. Allí se pasaba Mitre el día haciendo versos a las estrellas, a los pájaros, a las flores del campo. Allí recibía los partes del Cuerpo, muchas veces acostado, y le ponía el visto bueno a las órdenes para las raciones del escuadrón".

¿Qué extraño era, pues, que a los menesteres y aun a la rigidez del militar, el poeta antepusiera sus versos, aunque fuesen a las estrellas, a los pájaros y a las flores?

Y, por otra parte, ¿era raro que el romántico del "Iniciador" osara reemplazar a Hugo en el escenario de la vieja Casa de Comedias?...

"Las cuatro épocas", "drama patriótico en prosa y verso", se representó, pues, el 26, día tercero de las fiestas mayas de aquel terrible año 40.

Como en la noche del 25, el teatro

MITRE EN MONTEVIDEO EL SUCESO DE "LAS CUATRO EPOCAS"

(Para LA NACION)

rebotaba concurrencia. En el "palco de los gobernadores", "el palco de Elío", estaban D. Luis Eduardo Pérez, presidente de la República, en ausencia de Rivera; D. Francisco Antonio Vidal, ministro de Gobierno, el jefe político Pagola; y aquí y allá, los próceres de las armas y de las letras: los Varela, Alberdi, Gutiérrez, Echeverría, Cané, Rivera Indarte, Mármol, Alsina, Obes, Iriarte, López, Agüero, Rondeau, Lamas, Vázquez, Figueroa, Herrera, Cantilo, Ferreira... En un palco, el general Vedia, con su hija Delfina y el autor de la obra, gallardo en su uniforme de ayudante mayor de artillería.

"En el mayor recogimiento", valga la frase de un cronista, se alzó el telón. Es la "primera época", en Buenos

que ha de saber también sobreponerse al amor:

La mujer en la tierra de los libres
Nunca debe enervar a los guerreros,
Ella debe ceñirle los aceros
Para volar la patria a defender.

Todos miran entonces a la otra Delfina, a la de Vedia, que escucha, sonrosada, los versos de aquel Eduardo que está a su lado.

El padre aplaude los filiales sentimientos y le promete "el acero que brilló en Maipo y Chacabuco".

Y parten las republicanas falanges.

En la "época segunda", los argentinos, "que han roto las cadenas de sus hermanos orientales", regresan a la



MITRE.—DIBUJO AL CARBON POR FIDEL DE LUCIA

Aires, año de 1826. Eduardo Molina, joven patricio, contempla el embarco de las tropas republicanas que parten a "libertar al suelo oriental de la dominación brasilera". Desfilan los soldados; acordes marciales los despiden, mientras se entona el "himno majestuoso" de Juan Cruz Varela:

¡A la guerra, a la guerra, argentinos,
El acero empuñado, vengador,
Que la patria y la gloria os llamaron
Y es un vil quien no acude a su voz!

Eduardo ama a Delfina; pero el pensamiento de "que es hijo de un padre que peleó con gloria en la guerra de la Independencia", puede en Eduardo más que el amor. El lo dice, evocando la paterna gloria:

Vos que alcanzasteis renombre
Con vuestra espada y acción...
Y conquistar otro nombre
Es mi sagrada misión...

Y luego, la invocación a la novia,

patria. El pueblo se reúne a contemplar el desfile de los vencedores de Ituzaingó. El sargento Miguel, escéptico, canta:

Cuando uno parte para la guerra,
Todos se olvidan del militar.

Eduardo — que ha perdido a su padre — sorprende a Delfina, orando:

Allí está; sí, es aquella
Postrada al pie del altar,

mientras Delfina llora sus cuitas de amor:

Yo recuerdo el amor mío
Y mi infeliz pasión.

La época termina con el diálogo de "los prometidos", en versos del más exaltado romanticismo.

Y apenas ha caído el telón, todos miran a la otra Delfina, a la de Vedia, que, más sonrosada aun, palpitante, estrecha la mano de Eduardo, es decir,

de Mitre, a quien ha jurado ya eterno amor en la sala protectora de Olazábal.

¿Era, por ventura, el idilio de "Las cuatro épocas", más hondamente romántico que éste del "teniente" con la hija de "su general"?...

En la "tercera época" ha estallado la revolución de diciembre de 1828. Delfina es ya esposa de Eduardo, y Teresa del sargento Miguel. De aquel primer matrimonio hay ya un vástago. Su nombre es todo un símbolo: Berón. La tiranía de Rosas pesa ahora sobre todas las cabezas. Contra ella conspiran Eduardo y sus amigos.

De la "escena de los conspiradores", los críticos anotaban estas frases: "Algún día, cuando la patria reparta sus coronas, el pueblo argentino no olvidará los servicios que la Francia" presta hoy a los hombres de libertad que no se postran ante el tirano".

"El llorar y el suspirar queden para las mujeres o para los cobardes: el obrar para los hombres que no tiemblan".

"No hay que desmayar: antes de la victoria de Maipo, nuestros padres fueron derrotados en Cancha Rayada".

Pero los patriotas son sorprendidos por una partida rosista, que un traidor ha guiado.

Defiéndense los unitarios: matan al vil y ponen en fuga a sus enemigos. Así termina la época tercera.

Breve es la "cuarta". Los patriotas, con Eduardo a la cabeza, logran burlar a los esbirros del tirano y embarcarse rumbo "a la isla de la Libertad".

Cuando los soldados de Rosas llegan a la costa, el barquichuelo en que viajan los patriotas está ya lejos, no tanto, sin embargo, para que, dirigiéndose éstos a sus perseguidores, les griten desde la borda: "¡Esclavos de Rosas, hasta el día de la libertad!"

Y "una frenética ovación", como diría un cronista, una "tempestad de aplausos", al decir de otro, conmovieron la vieja Casa de Comedias, en uno de cuyos palcos el poeta triunfante, junto a la Delfina de sus ensueños, recibía, "muy pálido", los plácemes de todos.

"Jamás se ha visto triunfo igual" — anotaba un tercer cronista, luego de apurar los más frondosos adjetivos y los más altisonantes hipérboles.

Asombra leer los juicios que sobre "Las cuatro épocas" escribieron Rivera Indarte, Alberdi, Cané, y otros que ocultaron sus nombres.

De esos juicios, ninguno como el de Alberdi, que uniera el drama a la época, la idea al momento histórico, tan romántico como la misma escuela literaria en que Mitre se había inspirado.

Comenzaba por afirmar que una de las fuentes, la más rica y fecunda de todas, "que vierte todas las tintas, desde los celestes colores de la victoria hasta los cárdenos matices del terror y del crimen, que contiene lágrimas y perlas, gozos y llantos, que puede suministrar a la paleta todos los colores del arte de Shakespeare", era la Revolución de América.

"¿Hay pueblo más rico en poesía que el pueblo americano?" — se preguntaba.

Que el drama tenía defectos; que en él "se echaba de menos el progreso de una acción especial y única, las entidades de espacio y tiempo que reclamaban la vieja escuela"... no lo negaba Alberdi, pero lo clasificaba, por eso mismo, entre los "dramas de circunstancias", como aquellos que con tanto suceso se habían escrito o representado durante el curso de la Revolución Francesa: "drama panfleto", "drama libelo", obra "que tomaba el arte por pretexto y la política por fin".

Tal era el drama de Mitre, agregaba el crítico: "magnífico panfleto revolucionario lanzado contra el despotismo y el atraso que pesan sobre los laureles de Buenos Aires"... "una proclama en acción que recuerda a los argentinos lo que han sido, lo que son y lo que van a ser"... "un glorioso panorama donde vemos sucederse alternativamente nuestras glorias, nuestros desastres, nuestros ejércitos, nuestros estandartes famosos"... "una tribuna desde la altura de la cual el poeta deja caer con audacia sobre el cráneo del pueblo, la luz resplandeciente de las doctrinas y de las ideas de la patriótica juventud".

Y en verdad, que ese día del "mes de América" pasó por la vieja casa de Comedias aquella luz resplandeciente, que pareció tornar claro, puro, sereno el horizonte, anticipar a orientales y argentinos, en el lírico estremecimiento, la deslumbrante aurora de Caseros.

JOSE L. GOMENSORO

MONTEVIDEO, mayo de 1930.



¿UEN dice que la literatura no es capaz de alimentar a su hombre?

Yo he vivido siete días exclusivamente de mis derechos de autor.

Y eran otros tiempos, incomparablemente más duros para los autores. Y yo no había cumplido veinte años, ni tenía más que dos libros.

¡Vamos!, aquellos mis primeros libros no eran verdaderos libros. Juntos ambos no alcanzaban a 200 páginas. El uno se llamaba "Los dos grumetes", y era un par de cuentos y unos artículos de polémica sobre si uno de ellos era mío o era ajeno.

¡No había de ser mío! Quisiera ver la cara al autor famoso a quien intentaron atribuirle mi tierno esperpento. Nunca mi acusador acertó a decir quién fuese; pero su ingenua acusación me sirvió de pretexto para borrar muchas cuartillas, que ofrecí al público en mi primer folletico.

El segundo titulábase "El Naturalismo y Zola", dos conferencias y otra polémica, donde con mucha razón y pésimo estilo criticaba la pornografía del autor de "Nana".

Tal vez no huelgue decir, de paso, que aquellas novelas que escandalizaron el último cuarto del siglo XIX son bien flojas, como inmorales y asaz menos perniciosas que muchas de las modernas, que andan en manos de nuestras damas y, ¡ay!, de nuestras niñas.

Tenía, pues, aquellos dos folleticos publicados y un día, en la primavera del 902, resolví costear mis vacaciones con mis derechos de autor.

¡No vivía Zola de su pluma, holgada y hasta lujosamente? ¿Por qué no había de vivir yo de la mía? Si a cada uno de sus lectores en tierra argentina se le antojaba comprar un ejemplar de mi librito, para ver cómo trataba yo a su autor, no tardaría en agotar mi edición y allí cabían mis modestas vacaciones.

El cálculo podía ser jactancioso, pero aritméticamente era inatacable.

Púseles un precio a mis obrecillas — cuarenta centavos la una, ochenta la otra —, y después de repartir algunos ejemplares en las librerías de Santa Fe, donde vivía, hice un gran paquete con buena porción de los restantes, y se lo "fleté" a don Olimpo Linares, que tenía frente a la plaza San Martín de Córdoba una pequeña librería en su antigua agencia de diarios y revistas.

El buen señor, a quien yo conocía de antes, me había prometido exhibir mis libros en su escaparate y vender muchos de ellos.

Todavía en mis sueños ambiciosos no entraba la conquista de Buenos Aires.

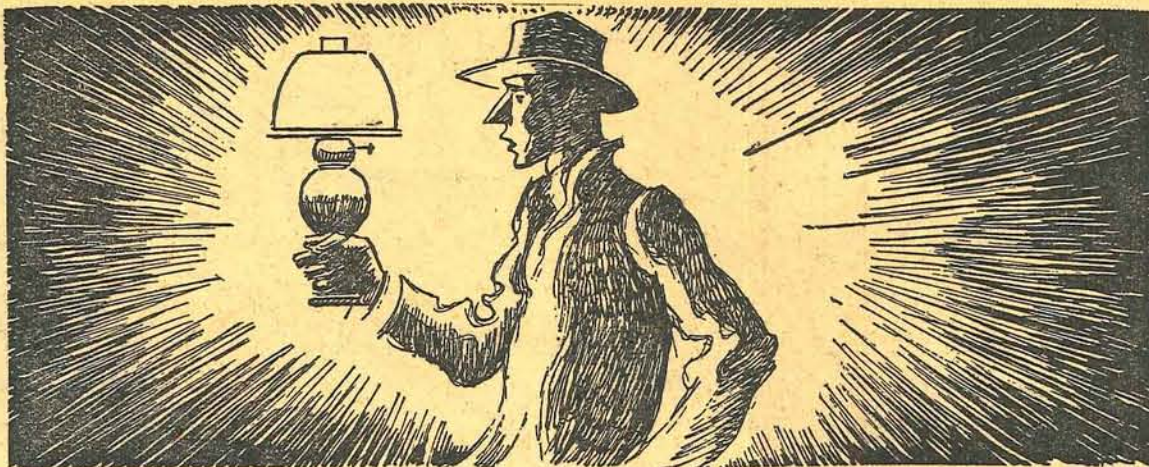
Y entretanto vinieron las vacaciones.

Solíamos pasar el verano en las sierras de Córdoba, unas veces en Dolores, delicioso rincón vecino a Capilla del Monte, y otras veces en Los Molinos, aquella aldea del departamento de Calamuchita, próxima al río Segundo, descripta ya en alguno de estos descosidos recuerdos de mi juventud que vengo publicando.

Ese año mi buen padre, que Dios nos conservará mucho tiempo, resolvió llevarse la familia a Dolores; pero como sospechase que mis proyectos literarios exigían mayor aislamiento, me permitió visitar a mi abuela, que veraneaba siempre en su casita de Los Molinos.

Realmente, andaba yo a vueltas con el manuscrito de "Alegría", y partí en busca de aquellas dos santas viejitas, mi abuela y mi tía, que ya gozan de Dios, y a quienes, como en la canción de Betinotti:

¡Cuántos disgustos les di!
Nada hay más necio y cosquilloso que la vanidad de un autor.



LAS EMPANADITAS

I

(Para LA NACION)
PARIS, junio de 1930.

Fe no llevaban ni dormitorios, ni comedor. El viaje era diurno, y la hora del almuerzo acontecía, cuando la cosa marchaba bien, allá por la ciudad de San Francisco, donde el tren se detenía una hora. Mas, como no siempre la cosa marchaba bien, los viajeros prevenidos llevaban una cesta con huevos duros y gallina fiambre y chorizos y empanadas, como los que vi asar junto al viaducto.

Encendíanse los focos de las esquinas y las lámparas a querosén de los zaguanes cuando penetramos en la calle Ancha.

Sugestión o realidad, yo le encuentro a algunas ciudades un perfume que me llega al corazón. Santa Fe tiene para mí olor a azahares; Córdoba, olor a empanaditas; Salta, olor a dulce de membrillo...

Llegué a la casa de mi abuela y hallé la puerta cerrada.

lenciosa, junto al umbral de una casa cerrada y probablemente vacía, con mi valija y sin un medio en el bolsillo, comencé a remolinear mis ilusiones de literato que quiere vivir de sus derechos de autor.

Y luego me entró el pánico. —Si mamita no ha recibido mi carta y se ha ido a Los Molinos, ¿qué hago yo esta noche?

Mi preocupación era por esa noche nada más. Al día siguiente iría a la agencia de don Olimpo Linares, que vendía mis obras completas hacía tres meses, echaríamos cuentas de los ejemplares que mis admiradores se habrían arrebatado y, ciertamente, volvería a nadar en la abundancia.

Pero... ¿y esa noche?, ¿qué haría?

Por hacer algo di dos martillazos más en la puerta, y se abrió, no la que yo golpeaba, sino la de una casa vecina, y apareció una criada vieja.

—¡Velay, niño!, ¿y había sido usted el que llamaba!

—Sí, señora...

—¿Que ya no me conoce? Yo soy la Juana Toranzo, que los sabía llevar a la escuela a usted y a su hermanito, el niño Efraim...

—¿A que ya se ha olvidado? —No, Juana, no me he olvidado, pero así en la obscuridad no la he reconocido...

—No es solamente la oscuridad, es que me estoy poniendo vieja, y la fisonomía de las personas cambia, y los jóvenes ya no quieren conocerlos. Y tan vieja tampoco no soy; como que somos de una edad con su mamita. Ella debió nacer allá por el año de la batalla de la Tablada, cuando el general Paz lo venció al gaucho Quiroga, y yo un poquito después...

—¡Caracoles! —murmuré yo para mí solo—. La Juana Toranzo tenía fama de conversadora. Se le habrá cambiado la fisonomía, pero lo que es la lengua...

—Bueno, Juana, ¿dónde está mamita?

—Se fué, pues, a Los Molinos con la niña Concha y las chinitas, velay, el viernes pasado, día de mensajería, y como yo estoy de casera, acá al lado, me dejó la llave de la casa por si alguien venía de Santa Fe... ¡Válgale la previsión de su mamita!

—¿No habrá recibido mi carta?

—No la ha de haber recibido, porque lo habría esperado... Y seguro que la carta está ahí no más, en el zaguán, como que el cartero las va echando por el buzón, y ahí se amontonan hasta el fin del verano, en que ella vuelve... Y la suerte que usted haya venido esta noche, porque yo tampoco he de quedarme sin vera-

near, con los calores que hacen en esta ciudad que es un pozo. Mañana mismo me voy a San Vicente, donde una sobrina mía tiene un rancho. Usted la conoce, pues, la negra Elena, que supo estar al servicio de su Mamita, y se casó y enviudó también...

Esto diciendo, y muchas cosas más que dejaremos para otra vez, Juana Toranzo me abrió la puerta y entramos en el lóbrego zaguán, donde nuestras pisadas resonaron como en el silencio de una sacristía. Allí estaba mi carta.

—¡Velay, que suerte! Usted mismo se la puede llevar cuando se vaya. Pasado mañana hay mensajería, que sale bien al alba, a eso de las cuatro. Don Julián Amenábar, que es el dueño, tiene la cochera aquí a la vuelta; no sé si lo recuerda...

—Bueno, Juana, ¿dónde hallaré una vela en esta obscuridad?

—Aquí cerquita está la lámpara...

Penetramos en la sala, en que había una mesa de un pie, con tapa de mármol, y sobre ella un magnífico Niño Dios cuyo fanal resplandecía en la sombra.

Encendí la lámpara y empecé a recorrer las habitaciones, con sus muebles cubiertos por sábanas, para guardarlos del polvo. Amedrentado por aquellos fantasmas, salí.

En el primer patio, una inmensa toronja, con sus grandes frutas verde que servían para hacer dulce.

En el segundo patio, un parral pintado a la tinta china. Y sobre las paredes blancas, algunas jaulas de pájaros vacías.

Más allá los tejados del convento de las monjas, sobre cuyas rejas coloniales armaban los gatos infernales zarabandas.

La vieja me tendió una cama cerca de la ventana de la calle, para que a lo menos sintiera alguna cosa viviente.

—¿No tendrá miedo, niño?

—¡Vaya, no hablemos de eso! —¡Ah! Ya veo que es como yo: no tiene miedo cuando no se le ocurre que puede tenerlo. Entonces, ni piense, porque se va a desesperar. Estas casas viejas de las monjas son llenas de ruidos extraños, y si uno se pone a pensar, no da con lo que es, si es lechuza, si es gato, si es ánima en pena...

—Vea, doña Juana, me estoy muriendo de sueño, porque me he levantado muy temprano y...

—¡Claro! Y usted no ha de saber dormir la siesta...

—No, no. Así que muchas gracias, y mañana nos veremos de nuevo, y le daré una cosita...

—Para qué se va molestar, niño. Tenga buenas noches, y aunque sienta lo que sienta, no se ponga a pensar, porque estas casas de las monjas...

Se fué la Juana Toranzo dejando un reguero de palabras y yo cerré la puerta y volví con mi lámpara agonizante en la mano. La pobre no tenía querosén y hacía "flop, flop!", y echaba por el tubo una bocanada de humo.

En una de esas exhaló su espíritu y me dejó en tinieblas.

¡Héteme ahí sin dinero, sin cena, y sin luz!

Para ser un literato, que empezaba a vivir de sus derechos de autor, no lo hacía tan mal.

(Continuará)

VESTIDOS a 0.80

Lo mismo de seda que de lana, toda dama hacendosa puede tener un vestido nuevo con tan poco gasto. ¿Cómo? Tíñendolo en «u hogar los vestidos viejos, descoloridos o pasados de moda con SUNSET, que les da, además de un hermoso color de moda, la apacencia de recién comprados.

Una vez más el mar...

Piel azul que recubres las espaldas del mundo,
Y atas pies y cabeza de la endiablada esfera,
Huidiza y multiforme culebra mudadera,
Puñal alguno puede clavarse profundo.

Esponja borradora tu fofa carne helada,
La proa que te corta no logra escribir paso,
Ni horada, incandescente, la entraña de tu vaso
El redondel de fuego de la estrella incendiada.

A tu influjo terrible mi más terrible vida
Llovió sobre tu seno su lluvia estremecida:
Te lloró en pleno rostro sus lágrimas y quejas.

Si te quemó las olas no abrió huellas el torrente,
Fofa carne esmeralda te alisaste la frente,
Destrenzaste al olvido tus azules guedejas...

Alfonsina Storni

El llamador, que sacudí vigorosamente, resonó como en una casa hueca y deshabitada. Era aquella una vieja propiedad de las monjas Teresas, cuyo convento linda con sus fondos. Restaurada superficialmente, conservaba mucho de su aire colonial.

Llamé de nuevo con inquietud, y parecióme que mis golpes cruzaban los dos patios desiertos que yo conocía, e iban a repercutir en los claustros oscuros de las monjitas.

Entretanto el cocherito puso en la acera mi valija, se embolsó mi peso y medio, diciéndome: "¡Gracias, niño!", y rumbo hacia el paseo Sobremonte, en cuyas vecindades tenía su casa y donde solía aparecerse la "Viuda".

Al verme solo en la calle si-

HUGO WAST

ILUSTRACION DE
JUAN CARLOS HUERGO

ARREO SEPRANO

POR ATALIVA HERREDA

ILUSTRACION DE ERNESTO SCOTTI



La noche va arrastrando en las quebradas
Sus negras cabelleras destrenzadas,
Que silenciosamente se estremecen.
Las cabezas, con sueño, doblegadas,
De los árboles foscas enmudecen.

La montaña se espesa de negrura.
Contra el cielo, una gualda polvareda
Flota a lo largo en toda la espesura:
Tensa gasa, franjeada a rasgadura
De espinoso tirón de la arboleda.

Desciende lentamente, los silbidos,
Una serpiente negra de mil patas.
Es la columna larga de mugidos,
Flameante de ponchos y alaridos,
Que baja de las cumbres escarlatas.

Son cincuenta, doscientas, cuatrocientas,
Compactas las cabezas de ganado,
Y avanzan por las sendas polvorientas
Reses criollas de grandes cornamentas,
En arria de las sierras al poblado.

Un perro apartador, con sus agudos
Aullidos barrenea la espesura;
Y los toros de cuernos puntiagudos,
Alfanjes erizados y desnudos,
Tajan las sombras de la noche oscura.

Con las lenguas resacas, planidoras,
Al aire dan las reses marchadoras
El acre olor del pastizal rumiado.
Cansinas, las pupilas soñadoras
Indagan el silencio desolado.

Suena el continuo grito: —Huera! Huera!
Algún toruno alborotado bala.
Chasquea tenazmente la azotera
Al guardamonte, que en la cabecera
Del recado, abre a cada lado un ala.

Sobre las ancas del montón vacuno
Se yergue un repentino promontorio:
Aspirando a las vacas, un toruno
Oficia un mito fálico, ilusorio,
Exaltándose en ímpetu amorio.

Los arrieros en mula, a los ritmados
Trancos, tras el arreo somnolente,
Endilganse unos "tacos" prolongados;
Pues llevan al borrén de los recados
Los chifles bien provistos de aguardiente.

Unas reses rezáganse, despiadas;
Las demás van al paso, al paso.
De pronto, desemboca en las quebradas
El Sur, olor a lluvias alejadas;
Y el cielo se encapota en negro raso.

La noche es como boca de una cueva.
Ablándanse las guascas del apero.
Opina el capataz: —La luna nueva
Ha hecho con agua. Luego, tal vez llueva
Tenemos que capearle al aguacero!—

Después de un rato, observa la tormenta
Y ordena: —Vamos a parar rodeo!—

La torada nerviosa se impacienta;
Choca en la obscuridad la cornamenta,
Al sentarse, en el alto del arreo.

Pronto, el viento del Sur con su silbido
Arrea, disparando las majadas
De nubes. Raya el cielo oscurecido
Un lonjazo de luz. Un estampido
Rellena de retumbos las quebradas.

Ya se largaron las primeras gotas
En flechas de cristal sobre los montes,
Repiqueando sus gangosas notas
Sobre el reseco cuero de las botas
De potro y de los anchos guardamontes.

De vez en vez, desgarran un refusilo
El seno tronador de la encrespada
Tormenta, que se viene encima. El filo
De rápido facón hiere el berilo
De una nube, de súbito incendiada.

Ciega un rayo en su intensa lumbrarada,
Que astilla un árbol con sulfúreo tajo.
Se abre como abanico la torada
Al desbando, tendida en la espantada,
Y toma, alzada, por la cuesta abajo.

El haz de rayos se abre en boleadoras
De fuego por los campos tenebrosos.
Rebotando, las bolas tronadoras
Se enredan a las yeguas voladoras
Del viento, en los espacios anchurosos.

Pica espuelas, alerta la peonada
Para atajar los toros que hacen punta.
Conteniendo la rauda disparada,
Que intenta hacia los montes la torada,
Logran hacer a gatas la rejunta.
La peonada, a la luz de un refusilo,
Alcanza a divisar, —ojos montunos!—
Los bultos que disparan sobre el filo
De una lomada: Van huyendo al hilo
Una tropilla de ocho o diez torunos.

Bramando, pasó al Norte la bravía
Tormenta de verano como hondazo;
Descargaba en la negra lejanía
Fuego graneado de fusilería
De chispa en un continuo fagonazo.

Se había descolgado ya un arriero,
Rumbo abajo, detrás de la tropilla
Alzada. Truena en un despeñadero
La creciente, después del aguacero.
El viento se perfuma de jarilla.

Los arrieros circundan el rodeo,
Para que no dispare, con fogatas.
Remojada, arde en un chisporroteo
La leñada. El flamígero aleteo
Les pinta los semblantes, escarlatas.

Arriman unas piedras como asiento,
Poniéndose a secar de la borrasca.
Mientras hierve la pava, narra un cuento

Un viejo; pita en chala; toma aliento
Y soba entre sus dedos una guasca.

Ya bien prendida, la fogata abrasa.
Doran al asador un buen churrasco
Traído al tiento. Al escurrir la grasa
Apetitosa, sahúmase la brasa.
Se olvidan del mal trago del chubasco.

El arriero rastrea a la tropilla
Alzada. El día había amanecido.
Encuentra huellas frescas en la arcilla
De la resaca, huyendo por la orilla
Del Suquia. Está el río muy crecido.

Bordeando aguas arriba la ribera,
Siente a lo lejos el cantar de un gallo,
Lo que le sorprendió sobremanera;
Y alcanza a distinguir entre el orvallo
Como un corral de pirca en la ladera.

Piensa el arriero: —¿Gente a esta altura
Del monte? Aquí, sin duda, vive gente!—
Acucia el paso a la cabalgadura
Y ve distintamente la figura
De una esbelta mujer, junto a una fuente.

Aun destella su faz vagos primores
Dentro del marco de su crencha lacia.
En la leve cadencia de la gracia
De su cuerpo, transido de dolores,
Aun quedan rasgos de su aristocracia.

Apenas ella ve al desconocido,
Corre a brincos, fugaz hasta la entrada
De la gruta. Hay un reto en su mirada:
—¿Qué quieres!—dice con palabra airada
Al arriero. Su voz es un rugido.

La boca de la gruta defendía,
De pie en el vano, con abiertos brazos;
Cual suele defender puma bravía
Sus cachorros mamonos, a zarpazos
Contra el avance hostil de la jauría.

Acordóse de súbito el arriero,
De la fama de Bamba en los fogones,
Mentado gaucho malo, cuchillero.
Por no toparse con el bandolero,
Musitó con prudentes reflexiones:
—Aquí ha'i tener el negro su vivienda!—
A su diestro animal torció la rienda
Y se alejó por el cerril faldeo.
Pacientemente repuntó la hacienda,
Y a mediodía se juntó al arreo.

De nuevo suena el grito: —Huera! Huera!
Alguna res por el barrial resbala.
Chasquea tenazmente la azotera
Al guardamonte, que en la cabecera
Del recado, abre a cada lado un ala.
Son cincuenta, doscientas, cuatrocientas,
Compactas las cabezas de ganado,
Que avanzan por las sendas barrialientas,
Reses criollas de grandes cornamentas
En arria de las sierras al poblado.

SIR HOME POPHAM, uno de los jefes más prestigiosos de la Armada británica, recibió órdenes del Almirantazgo (julio y agosto de 1805) de conquistar por sorpresa la Colonia del Cabo de Buena Esperanza y efectuar después cruceros con una de las fragatas de su escuadra, desde las costas del Brasil hasta Buenos Aires.

Cumplido con éxito el objetivo principal de la expedición, tuvo noticias por Waine, capitán de un barco negrero, que los puertos del Río de la Plata se hallaban indefensos, información confirmada por dos marineros de la Diadem, su nave capitana. Espíritu aventurero, de imaginación ardiente, audaz, patriota y ambicioso, recordó conversaciones tenidas con el jefe del Gabinete, Mr. William Pitt, y con el ministro Lord Melville, sobre la conveniencia de abrir nuevos mercados al comercio británico, de acuerdo con los planes del general Miranda. Pensó en la perspectiva brillante de un golpe de mano a las colonias indefensas que, de tener éxito, al beneficiar a su país, aumentaría su prestigio personal.

Necesitaba la cooperación del jefe de las tropas de desembarco, general Baird, quien, después de conferenciar con Beresford, accedió en facilitar un contingente. "Al tomar esta determinación — escribió Baird — me doy perfecta cuenta de que el Comodoro y yo hemos asumido mucha responsabilidad, pero la gran importancia del objeto, desde el punto de vista nacional, creo nos excusará ante Su Majestad de haber emprendido un servicio sin haber previamente recibido su especial y graciata orden".

Popham escribió al secretario del Almirantazgo, confesando haber usado toda clase de argumentos para convencer al general, porque no dudaba que una conquista semejante sería de importancia enorme, no solamente para su país, sino también para abastecer a la Colonia del Cabo, que sufría hambre debido al fracaso de sus cosechas. Para refrescar la memoria de sus superiores, recordaba en la carta que, con respecto a Buenos Aires, "... cierta vez se resolvió que yo debía ser mandado allí, y tomé la tarea de proyectar detalladamente una operación combinada, que tuve el honor de someter al anterior y al actual primer Lord del Almirantazgo".

La disposición de las tropas era excelente: preferían lanzarse a la aventura a permanecer inactivos; Beresford tomó el mando de las fuerzas de desembarco, y para dar marcialidad a los marineros, se les uniformó con blusas rojas.

Necesitaba algunos refuerzos, porque la Colonia del Cabo no podía quedar desamparada; Popham los pidió a Paton, gobernador de Santa Elena, diciéndole que "para aumentar el brillo de las armas de Su Majestad, desesperar al enemigo y abrir el más benéfico comercio...", le pedía tropas y que leyera su nota para el Almirantazgo, que iba abierta, para que, después de enterarse del plan resuelto, la hiciera llegar a destino.

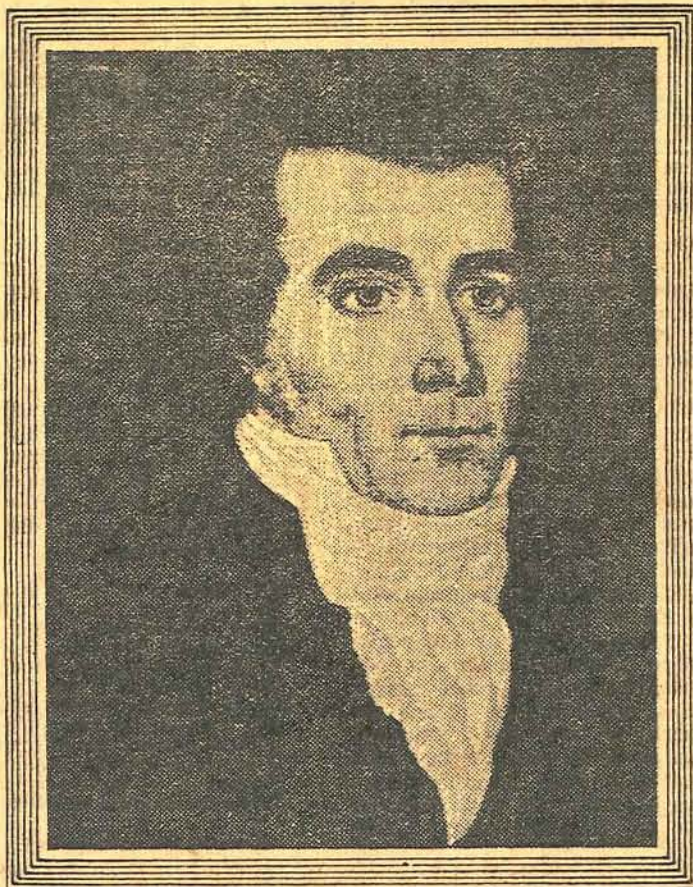
Con la expresa condición de devolvérselos en cuanto no fueran indispensables, el gobernador facilitó 250 hombres y un barco mercante.

Desde Santa Elena, Popham remitió otra carta al secretario del Almirantazgo, con duplicado para Lord Castlereagh, ministro de Guerra y Colonias: "Este proyecto — decía — no ha surgido de un impulso inmediato ni por espíritu aventurero, y para dar satisfacción de ello me permito enviarle copia de un papel que escribí por indicación de Lord Melville... después de haber conversado al respecto con él

UN INculpado DE ALTA TRAICION ~ I

LA FUGA DE BERESFORD

Por CARLOS A. PUEYRREDON



Dr. SATURNINO RODRIGUEZ PEÑA

(Reproducción del retrato existente en el Museo Histórico Nacional)

"suyo. Home Popham". (M. S. S., Arch. de Miranda). (1).

CONTESTACION DE MIRANDA

El precursor, después del fracaso de su expedición a Ve-

la carta del Comodoro, a la que contestó el 7 de abril de 1807:

"Mi querido Sir Home: Ha-ce tiempo que tuve el placer de recibir su carta... del 20 de julio de 1806. Estoy encantado de saber por usted que las disposiciones de los habitantes del país a vuestro arribo eran tan favorables como se lo predije en Wimbledon, cuando nosotros combinamos estos planes en presencia del respetable Lord Melville. Pero jamás he creído que se pudiera establecer nada sólido en ese país, ni mucho menos sostenerse largo tiempo entre los habitantes sin declarar su independencia absoluta".

"En efecto, cómo quiere usted que 18.000.000 de habitantes, establecidos sobre el continente más vasto y más inexpugnable de la tierra, situados a la distancia de cuatro a seis mil millas de Europa y poseyendo tesoros y recursos inmensos, sean conquistados y subyugados hoy por un puñado de gente que vienen a mandarles como a mos? No, mi querido amigo; la cosa no es natural, ni practicable, ni posible; y hoy tenemos la prueba de esta afirmación con el resultado de vuestra empresa".

"Espero, mientras tanto, que librándose pronto de las inculpaciones que le hacen en este momento, se encuentre en condiciones de venir a reunirse con nosotros y de cooperar a los planes sabios y liberales que nosotros habíamos combinado maduramente en Inglaterra, para la felicidad, libertad e independencia de mi país natal; así como también para la prosperidad, gloria y seguridad del vuestro..." (M. S. S., del Arch. de Miranda).

BUENOS AIRES, PUEBLO DE VALIENTES

No fué culpable el vecindario de la vergüenza de haberse rendido sus autoridades casi sin combatir; la responsabilidad exclusiva fué de Sobremonte, mal que pese a sus tardíos defensores; en su época se documentó en forma indubitable: que el Virrey huyó, que fué inepto en materia militar, que a pesar de estar prevenido del peligro inminente de una invasión, nada había preparado para la defensa; todo ello está fuera de discusión. Hay hechos en la historia que no se excusan con habilidad de argumentaciones. Parecería estar de moda defender lo indefendible.

Rosas es otro ejemplo: ahora se pretende demostrar que no era un tirano sanguinario y que fundó la unidad nacional...! En uno y otro caso prevalece la literatura sobre la verdad histórica; para hacer fantasía, valiera más tomar personajes ficticios, en vez de pretender atenuar faltas o delitos de gobernantes que costaron vergüenza y sangre.

Veamos la foja de servicios del pueblo de Buenos Aires después de su fundación hasta la fecha en que unos pocos invasores entraron sin mayor resistencia, al son de gaitas escocesas, a tambor batiente y banderas desplegadas, para instalarse como dueños y señores en la Real Fortaleza, residencia habitual de los virreyes:

El corsario Fontano, con patente inglesa, fué derrotado en Martín García en 1582; cinco años más tarde, otro corsario, el temible Tomás Cavendish, intentó sin éxito un asalto a la ciudad; en 1629 fracasaron también los holandeses; en 1658, el general Osmat, caballero de la Fontaine, se presentó, en nombre de Luis XIV, y a pesar de su gran prestigio y valor, fué derrotado, perdiendo la vida y su nave capitana.

En 1680, tropas de Buenos Aires recuperaron la Colonia del Sacramento, expulsando a los portugueses; en 1698 fué rechazado el asalto de Pontis; un año más tarde sufrieron igual suerte los dinamarqueses; en 1705 se produjo un nuevo asalto con éxito a la Colonia del Sacramento; en 1714 ocurrió análogo suceso en el lugar donde hoy está Montevideo, ciudad que fué fundada dos años después con gente de Buenos Aires. En fin, los rechazos a los ataques del pirata Moreau, la victoria de Cevallos en 1762 sobre los portugueses, el desalojo de los británicos del puerto Egmont en las islas Malvinas, y por último, la participación de las tropas de Buenos Aires en la campaña brillante llevada a cabo por el mismo Cevallos en 1777, que no fué detenida en su avance por tropas enemigas, sino por la diplomacia europea al firmarse el tratado de San Ildefonso entre España y Portugal; todo ello demuestra que había un pueblo que sólo necesitaba jefes, como lo probó 46 días más tarde, y también al año siguiente, cuando rechazó fuerzas varias veces superiores.

(1) La copia de esta carta, así como las demás que se transcriben en el curso del presente trabajo (inéditas en su mayoría) han sido obtenidas del Archivo del General Miranda, en Caracas, debido a la gentileza de los Dres. Vicente Lecuna y Vicente Dávila. Las del Ministerio de Guerra británico nos fueron facilitadas por el señor C. H. Roberts, quien personalmente las copió. (N. del A.).

Calmando el dolor estomacal

Siendo infinito el número de los que sufren del estómago una de los más serios problemas científicos era obtener un remedio que calmase al instante los dolores de la digestión irregular. Y esto finalmente se ha conseguido con el bicarbonato católico, que es un producto concentrado y muy agradable, bastando sólo media cucharadita disuelta en un poco de agua para neutralizar la acidez, calmar el dolor, ardor, etc., y disfrutar de una digestión perfecta.

Las propiedades del bicarbonato católico han sido ampliamente descritas en el valioso folleto editado por los señores Laich & Rey, calle Belgrano 2544, Buenos Aires, quienes lo enviarán gratis a cualquiera de nuestros lectores que lo solicite.

Romance

*¡Qué soledad la del campo,
cuando la noche se acerca!
Como si viera fantasmas
de su dolor, se atormenta.
La brisa pasa diciéndole
que descanse y que no tema,
y el agua de una vertiente
la carta para que duerma;
pero él que está ensimismado
con sus recuerdos se queda.
Se escucha una voz que llama,
se siente que alguien espera.
¡Qué soledad la del campo,
cuando la noche se acerca!*

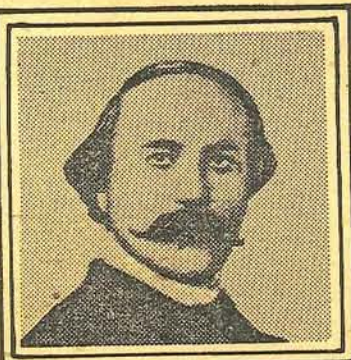
*Parece que en el reposo,
como una persona, piensa,
y que retiene palabras,
vencido por su tristeza.
Gotea un grillo, y salpica
de sonoridad, la tierra.
Es como un timbre que insiste
sobre una invisible puerta,
como la humilde pregunta
de alguien que busca y espera...
¡Qué soledad la del campo
cuando la noche se acerca!*

*Para luchar con las sombras,
no tiene más que una estrella:
una linterna del mástil
de la tarde que se aleja;
quizá, el farol del camino
por donde la noche llega.
¡Sólo esa chispa del cielo
le da el grillo, una respuesta!...
La obscuridad se va alzando
como el cuerpo de una pena,
y aun se oye una voz que llama,
y a la que nadie contesta...
¡Qué soledad la del campo
cuando la noche se acerca!*

Pedro Miguel Obligado

nezuela, esperaba en Trinidad el resultado de las gestiones del Conde de Rouvray, su emisario ante el Gabinete británico, y le llegó desde Londres

fuera de discusión. Hay hechos en la historia que no se excusan con habilidad de argumentaciones. Parecería estar de moda defender lo indefendible.



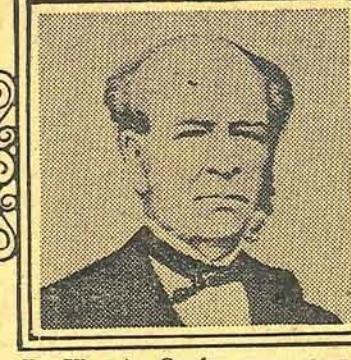
Dr. Diego de Alvear, primer presidente e iniciador del Club del Progreso



Don Manuel José de Guerrero, que contribuyó a la colecta de muebles y enseres para el Club



D. Santiago Calzadilla, que se encargó de aprovisionar el tocador del Club



D. Vicente Cazón, que compró muebles nuevos y llevó otros de su casa



El día 20 de febrero de 1852, hizo su entrada triunfal en Buenos Aires, el ejército vencedor en Caseros. Esa misma noche, se repartió en las principales casas de la ciudad, una hoja impresa, que reproducía sin comentarios, este parágrafo del "Dogma de Mayo": "La fraternidad — dice Echeverría — es la cadena de oro que debe ligar todos los corazones puros y verdaderamente patriotas; sin esto no hay fuerza, ni unión, ni patria. El egoísmo se diviniza y hace de su corazón el centro del universo. El egoísmo encarnado, son todos los tiranos. Echemos un velo de olvido sobre los errores de nuestros antepasados; el hombre es fallible. Pongamos en balanza justa sus obras, y veamos lo que hubiéramos hecho en circunstancias idénticas. Lo que somos y lo que seremos en el porvenir a ellos se lo debemos. Abramos el santuario de nuestros corazones a los que merecieron bien de la patria y se sacrificaron por ella. Los egoístas y malvados, tendrán su merecido; el juicio de la posteridad los espera. La divisa de la nueva generación es: "Fraternidad". Esa divisa, hace prosélitos y el diario "El Progreso" que funda el doctor Diego de Alvear, dice desde su primer número que la discordia disuelve y no amalgama, que excita las malas pasiones, debilita la acción del gobierno y rompe el lazo que debe unir a los pueblos, cuando más se necesita estrecharlos. "Es preciso salir de ese aislamiento en que hemos quedado sumidos tantos años" — predica de casa en casa el doctor Alvear — "abrir las comunicaciones fáciles entre los miembros de una misma familia; poner en contacto las ideas y los hombres, hacer desaparecer el egoísmo y acordar la más decidida protección al trabajo". Los brazos inútilmente cargados de instrumento de muerte han sido ya devueltos a la industria después del 3 de febrero. En los campos de Morón acabó para siempre el poder que detenía su progreso. Allí la victoria realzó los colores que había abatido el más brutal de los despotismos, porque un guerrero ilustre, coronado de laureles, levantó la voz para llamar a los argentinos a reconstruir su nacionalidad y a afianzar sus derechos.

Era necesario instituir un hogar común para los vencidos y los vencedores, de acuerdo con tan nobles propósitos, y el mismo doctor Diego de Alvear concreta su anhelo convocando en su salón a cincuenta y seis amigos para fundar el Club del Progreso, que tendría por objetos primordiales: "desenvolver el espíritu de asociación (completamente extinguido entonces), con la reunión diaria de los caballeros más respetables tanto nacionales como extranjeros; borrar prevenciones infundadas, creadas por el aislamiento y la desconfianza, uniformando en lo posible las opiniones políticas por medio de discusión deliberada; y mancomunar los esfuerzos de todos hacia el progreso moral y material del país". Y la primera convocatoria tuvo tanto éxito, que el 25 de mayo de 1852 se labró a las 7 de la tarde el acta de fundación, siendo elegido presidente don Diego de Alvear, vicepresidente don Felipe Llavallol, secretario don Delfín B. Huergo y vocales los señores Francisco Chas, Mariano Casares, Santiago Calzadilla, Juan Martín Estrada, Félix S. de Zelis, Ambrosio del Molino, Francisco Moreno, José F. Martínez, Rufino de Elizalde y Gervasio A. de Posadas. Inmediatamente arriendan una casa en la calle Perú entre Victoria y Potosí (luego Alsina) y con la contribución de casi todos los adherentes se logra adornar rápidamente los salones, con muebles ya usados en los hogares de los socios fundadores. Una carta muy interesante de Delfín B. Huergo, nos relata la mezcolanza de estilos y calidades de esos sillones contorneados, las

mesas de caoba y de urunday, los bargeños y cornucopias, velones y lámparas, y anota este detalle pintoresco: en 1828 entraron en la goleta Rosario, procedente de Baltimore, consignadas al comerciante Daniel Gowland, de la calle Defensa — donde hoy se levanta el magnífico "rascacielo" de la Unión Telefónica —, 38 docenas de sillas de lujo y 162 docenas de desarme ordinario. Fué una peste que invadió infinidad de casas porteñas, pues las sillas se vendieron en cinco días. No quedó familia de rango sin su correspondientes docenas de sillas de Baltimore. Pues bien: 27 años después, gran número de esas sillas fueron a parar al flamante club. Las primeras cortinas las regaló don Felipe Llavallol, quien las adquirió en el negocio del famoso tendero Infesta y en el del no menos famoso Lezama; el tripe de la escalera y las carpetas de la sala de conversación, los ofreció Juan Martín Estrada, esas carpetas que tan deliciosamente describe en "La gran aldea" Lucio Vicente López y que representaban "todo un jardín zoológico de perros estampados, tigres, panteras, gatos monteses y leones rubicundos, reposados majestuosamente sobre paisajes historiados de selvas de lana con que las fábricas de Manchester reemplazaban en nuestras mansiones aristocráticas la ausencia absoluta de Aubusson y de Gobelinos".

Don Manuel José Guerrero adquirió por su cuenta en el bazar "El as de bastos" situado en lo de Crisol — Bolívar y Victoria — las primeras copas y las primeras tazas y cucharillas para la frugal cantina, amén de un juego de mates de plata y sus correspondientes trebejos de cobar. Santiago Calzadilla se encargó del tocador, surtiéndolo de frascos de agua de Colonia y de aceite de almendras, de Monpelas... para lubricar cabelleras todavía románticas... Consta en el inventario que tengo a la vista, que los cacharros de plata para el zahumerio y los dos braseros de cobre repujado con sus correspondientes camillas de madera, alambriadas y tenacillas de hierro forjado, los regaló D. Cayetano M. Cazón, y que el reloj de pared con pesas de bronce se lo compró la junta directiva al joyero Favre. Los minutos de ese reloj marcaban a los jugadores de malilla y de ajedrez la hora de retirarse a casa, nunca después de las siete de la tarde... Las esposas agradecidas por esa regularidad inocente que no perturbaba el régimen familiar...

El primer acto público que tuvo efecto en el club fué el banquete en celebración del primer 25 de Mayo, que reunía a los argentinos de tendencias políticas más encontradas en la mesa fraternal de mantel largo.

La mesa fué tendida y servida por Migone, el dueño del café Catalanes, con la colaboración de los expertos elementos del café Malcos, que por estar situado frente a San Ignacio, a una cuadra del club, podía enviar los manjares calientes. Se sirvió el siguiente menú:

"Mayonesas de pejerrey, de Montevideo, y dorado, del Plata. — Qui-bebe de gallina y fideos finos. — Pastel de fuente con recodo de pichones. — Churrasco y pavo con ensalada. — Natillas, arroz con leche, Cidra Cayota y batata grande en dulce, yema quemada y frutas de la estación. — Vinos: Jerez, Priorato, Oporto. — Café, aguardiente anisado, coñac".

Rodearon la mesa setenta comensales. Ocupaban la cabecera el general

Pintos, presidente de la Sala de Representantes y gobernador delegado de la provincia, con sus ministros; don Diego de Alvear y el general don Tomás Guido. No quedó uno solo de los setenta comensales sin pronunciar a su turno, copa de oporto en mano, un brindis, después que ofreció el banquete don Diego de Alvear. Cuando don Juan María Gutiérrez, profundamente pálido, se puso de pie, resonó una fragorosa ovación, y con voz conmovida, casi sollozando, dijo en medio de un silencio imponente:

"Al capitán feliz Entre-Riano, Al guerrero que nos dió una Patria Salud y bendición!! Gule su mano Desvendados sus ojos, la Fortuna, Y de seda y de luz fórmale el cielo De su existencia el hilo: de la cuna, De la simple y vivaz adolescencia, Del lecho del anciano en el desvelo, Alee la gratitud un himno al "Justo", Y al pronunciar de Urquiza el apellido, El egoísta, el esclavo y el bandido La frente escondan de vergüenza y susto".

Astillé de nuevo el aire un largo aplauso, y cuando había vuelto a hacerse el silencio, el poeta Mármol, que estaba sentado a la derecha de Gutiérrez, se irguió y con aquel gesto ceñudo tan suyo y aquella su voz abaritonada, tan parecida a la del general don Tomás Guido, poniendo la copa de oporto en alto, dijo:

"Recojo de tus labios la inspiración y brindo Por los amargos días de nuestra juventud; Aquellos que perdidos en plazas extranjeras, Pasaban en nosotros sin porvenir ni luz. Los dos hemos llorado su bárbara opresión; Los mares, el desierto y el llano y las montañas Conocen de nosotros la noble inspiración. Los dos hemos rondado las puertas de la Patria, Besando los umbrales del suspirado Edén; Los dos al fin nos vemos, donde nos ver quisimos En el sagrado templo de nuestra ardiente fe. En brazos de la Patria, y en medio de la vida Gutiérrez, aun tenemos un voto hecho ante Dios: Tenemos que ser siempre para la Tiranía Proscriptos y poetas — tal es nuestra misión!"

Tras los aplausos, fué realmente conmovedor el instante en que Gutiérrez volvió a ponerse de pie para abrazar a Mármol. Creíase que ya no iba a superarse aquella emoción, pero subió aún a más alto grado cuando se levantó el general Galán y dijo: "Mis votos son, señores, porque los lazos que tan felizmente existen entre los miembros todos de esta asociación del Progreso, se extiendan hasta los últimos confines de la República y hagan cada día más íntimos e indisolubles los vínculos fraternales que deben unir a la gran familia argentina!"

El general Manuel Guillermo Pintos se levantó para extender ese voto de unión de la gran familia argentina, con los extranjeros y brindó por los reyes cuyos representantes honraban la mesa. El ministro José B. Gorostiaga, que estaba a la izquierda, exclamó: "Por la fraternidad de los dos grandes partidos políticos que han dividido la República Argentina — por su reunión para trabajar, ayudados por los extranjeros, al mayor bien y prosperidad de la Patria". Acto continuo, alzó su copa Guido para decir: "En este día de grandes y bellos recuerdos; en este día en que a nuestra fiesta nacional se asocia el contento de ver a la República restituirse a la senda en que la extravió la discordia, bebamos a la unión sincera y perpetua de todos los argentinos". Y refiriéndose a su turno, en la alusión de fraternidad con los extranjeros, dijo don Daniel

Gowland: "Largos años han pasado sin que los argentinos pudieran reunirse para expresar libremente sus ideas y su amor por los extranjeros, pero hoy un suceso remarcable les permite hacerlo. Con este motivo, brindo como lo hice el año 1841 cuando inauguramos a la manera de los clubs de Londres y París, el de Residentes Extranjeros: porque nada nos separe y que jamás nadie nos llame despectivamente "gringos" como nos llamaba el tirano Rosas"... Don Gervasio A. de Posadas, por pedido del general Pintos, contestó en inglés a don Daniel Gowland, lo que dió motivo para que el criollo que había hablado en inglés y el inglés en "cham-purreado de argentino" y sajón — y no digo en castellano, porque según las mismas crónicas, la prosodia de Gowland era bastante pintoresca — se abrazaran, provocando una serie de vivas a Francia, Inglaterra, Italia y el Brasil. Comentando después la vinculación de los argentinos con los extranjeros por la que tan sinceramente había trabajado el Club del Progreso, le decía don Diego de Alvear en una carta a don Mariano Varela, director de "La Tribuna": "Rozas, con sus guerras y odiosos anatemas contra los extranjeros, había llegado a formar una completa demarcación entre ellos y nosotros. Exigía de ellos que nos excluyesen de sus empresas y sociedades públicas, mientras que nos obligaba a nosotros a desviarnos de los extranjeros con la rigurosa mascarada de colorines con que nos vestía para "diferenciarnos de los gringos". Era, pues, urgentemente preciso el destruir cuanto antes tal desvío. Para ese objeto, amigo mío, no hay leyes ni decretos que hubieran podido igualar en sus efectos prácticos a esa reunión social y permanente del club, de nacionales y extranjeros.

Gowland, Latham, Bornefeld, Caumartin y casi todos los que tan cordialmente han confraternizado con la causa del Pueblo, forman una prueba incontestable de lo que dejo expuesto. Todos ellos son miembros de nuestra sociedad del Progreso, y es allí en el contacto diario con los argentinos, donde se han creado o cultivado esas simpatías y comunidad de ideas que tanto han influido después en el espíritu de la población extranjera durante los últimos acontecimientos.

Si había empleado Rozas medios inícuos para crear entre nacionales y extranjeros ese odio desconocido hasta entonces, no habían sido menos multiplicados, aunque bien más sangrientos, aquellos de que hizo uso para crear la discordia y la desconfianza entre los mismos argentinos.

El recordarlo aquí, mi querido Varela, sería manchar con sangre este papel y enlutarlo con larguísima necrologías.

Sólo quiero consignar el resultado de esa política tan atroz, y era la división y desconfianza recíproca en que vivíamos.

Era, pues, necesario destruir los efectos de ese gobierno maquiavélico, y nada podría mejor llenar ese objeto importante, que la creación de una sociedad donde todos pudiésemos, libre y recíprocamente, cambiar nuestras ideas y sentimientos.

Allí se han reanudado, mi querido amigo, relaciones de partido, de amistad y aun de parentesco, que se habían hecho casi extrañas durante la dictadura.

Allí empezó a verificarse la única fusión honorable y útil que reclamaba nuestro país; no la fusión de los caracteres honrados con los perversos, no la fusión de los hombres de opiniones erróneas con los famosos criminales, sino la fusión de los que sirviendo a la dictadura, no envilecieron su nombre con la exageración de pasiones innobles, con los que habían tenido la fortuna de salvar sus convicciones y su fama fuera del látigo abrumador de la tiranía".



UESTRA experiencia histórica en materia electoral contiene ejemplos singulares que denotan cómo se ha vivido el endemocracia.

La provincia de Buenos Aires, mediante la ley de elecciones de agosto de 1821, instituyó el sufragio universal, y bajo su régimen se eligieron los diputados de las Juntas de Representantes hasta que se dictó la Constitución de 1854. En los primeros años la ciudad estuvo representada por un mayor número que la campaña: 24 correspondieron a la primera y 23 a la última. Pero a fines de 1832, la campaña cuenta ya con 25 diputados, y en 1836, al erigirse un nuevo distrito en Bahía Blanca, su número se eleva a 26, el que se mantendrá aun después de la caída de Rosas al renovarse de inmediato la legislatura. Interesa, como información y para guía de este trabajo, conocer cuáles fueron las 14 secciones rurales con las localidades asignadas a cada una. San José de Flores, Morón y Matanza formaban la primera; San Isidro, San Fernando y Conchas, la segunda; Quilmes, San Vicente y Cañuelas, la tercera; Ensenada y Magdalena, la cuarta; Villa de Luján y su Guardia, la quinta; Pilar y Capilla del Señor, la sexta; San Antonio de Areco, Fortín de Areco y San Andrés de Giles, la séptima; Chascomús y Ranchos, la octava; Lobos, Monte y Navarro, la novena; Baradero, San Pedro y San Nicolás, la décima; Arrecifes, Salto, Pergamino y Rojas, la undécima; Dolores y Monsalvo, la duodécima; Patagones, la décima tercera y Bahía Blanca la décima cuarta. Cada una elegía dos diputados, con excepción de Patagones y Bahía Blanca, que sólo se representaban con uno.

Después que la Junta, en 1835, concede la Suma del poder público, con el consiguiente sometimiento al Gobernador, será casi inoficioso argüir que para ser miembro de la misma debe contarse con el beneplácito de éste. Ello no quita, sin embargo, utilidad a que exhibamos las pruebas reales de la manera como Rosas manejaba una elección, para que cada cual tenga motivo de reflexiones en torno a episodios pretéritos de la vida argentina.

Por nuestra parte, interesa revelar el hecho patentizado en elementos documentales que duermen en los legajos de la secretaría de Rosas, que se guardan en el valioso Archivo General de la Nación. Los hechos que narraremos corresponden a las elecciones de 1842 y 1843, destinadas a la renovación parcial de las legislaturas de 1843 y 1844. Son los momentos de mayores triunfos del Restaurador contra los unitarios, quien, mientras con su infatigable actividad produce día a día centenares de carillas de borradores de todo orden, argentinos y uruguayos entremezclados, en diciembre de 1842, cruzarán una vez más sus lanzas y verterán generosamente su sangre en aras del odio estéril en los campos de Arroyo Grande; Oribe hará morder el polvo de la derrota a su rival execrado, Rivera, y dará cima, así, a la brava campaña emprendida años atrás contra Lavalle, como jefe

Facsimil de las boletas distribuidas a los jueces de paz de la campaña, impresas en rojo sobre fondo blanco, en papel añiligranado, teniendo la composición un formato de 11 y 1/2 por 7 y 1/2 centímetros

COMO MANEJABA EL DICTADOR JUAN MANUEL DE ROSAS SUS PARODIAS ELECTORALES Por EMILIO RAVIGNANI

del ejército de la Confederación.

Volvamos al asunto. Conforme a la ley, debía renovarse la mitad de la diputación urbana y de la campaña. El gobernador fijó como fecha de los comicios el domingo 27 de diciembre de 1842; uno de sus edecanes, en 3 de noviembre—es decir, con suficiente anticipación—le hizo notar que las vacantes se elevaban a 13, en lugar de 12, en atención al fallecimiento de Juan Correa Morales, y que uno de los salientes, Manuel Pereda, también había muerto, de manera que debía pensarse en un reemplazante más. A continuación le propuso la reelección de los once siguientes: Roque Sáenz Peña, Jacinto Cárdenas, Bernardo Pereda, Lorenzo Torres, Romualdo Gaete, Miguel Estanislao Soler, Agustín Pinedo, Lucio Mansilla, Celestino Vidal, Francisco Piñeiro y Juan N. Dolz. Para llenar las dos vacantes formuló un elenco de personas con sus calificaciones o datos ilustrativos, según se desprende de algunos pasajes, a saber: Saturnino Pineda, "Admor. de Vacuna de la casa del Norte Federal exaltado que se ha pronunciado con decisión en actos públicos"; Eustaquio Torres, juez del Crimen; Tiburcio Cárcova, agente fiscal; Pedro Lezica, "Federal antiguo, enemigo de los Salvajes, y altamente reconocido a bondades, que V. E. le ha dispensado. Tiene capacidad para negocios de hacienda"; Pedro de Angelis, segundo archivero; Nicolás Mariño, edecán del gobernador; José Ma. Velasquez, juez de paz de la Catedral al Sud, de quien ya había hecho la clasificación al "proponerle para juez de Paz. Es hombre de buena razón, pero no será orador, como cualquiera de los otros". En medio de tantas virtudes, positivas o negativas, según el punto desde el cual se las contemple, Rosas selecciona al juez de Crimen, Eustaquio José Torres y al "federal antiguo, enemigo de los Salvajes", Pedro Lezica.

En la campaña, sólo elegirán las doce primeras secciones. Rosas determinó inspirar, por sí y ante sí, a la opinión pública, obrando a manera de convención, como diríamos ahora, y con la certeza de que la reelección de todos le aseguraba la solidaridad de la Junta de Representantes. Dispuso que volvieran los salientes, sin exclusión de ninguno, vale decir,

los que siguen: Justo Villegas (1°), Inocencio Escalada (2°), Saturnino Unzué (3°), Prudencio de Rosas (4°), Antonio Ramírez (5°), José Fuentes de Argübel (6°), Baldomero García (7°), Julián Barón (8°), Agustín Garrigos (9°), Angel Pacheco (10°), Manuel de Arrotea (11°) y Manuel Corvalán (12°). Pero estamos al comienzo de su intromisión, desde que no descuidará un solo detalle, según lo prueban las anotaciones que revelamos aquí.

Hecha la nómina, ordenó al director de la imprenta, Pedro de Angelis, la composición tipográfica de las boletas, que en la ciudad se reducirían a una sola, pero que en la campaña deberían fraccionarse conforme al número de secciones. Urgió, en 18 de noviembre, las de la última, recomendando que se guiara de los modelos del año precedente, como así también en el número de ejemplares, advirtiéndole que si no daba con los datos que le expresaba, se lo participara en seguida, valiéndose, para los mandados, de un vigilante que debía pedir al edecán Corvalán. Para transmitir estas órdenes Rosas utilizó un empleado, quien le informaba, en 20 de noviembre, que el día anterior, a las 9 de la mañana, había encontrado a de Angelis en la casa y transmitiéndole todo lo dispuesto, más la recomendación de que activara el trabajo. De Angelis prometió que lo haría para el día siguiente, a la misma hora. Y así accedió: llegaron las pruebas de las listas de la campaña conforme al compromiso, y en cuanto a las de la ciudad, "me remite el modelo—agrega el empleado—del año anterior, que paso a manos de V. E., junto con la relación de lo que se imprimió el año anterior, a fin de que V. E. se digne prevenirme, si el mismo número ha de imprimirse ahora. También espero que V. E. se digne prevenirme si le he de remitir las pruebas de las listas de la ciudad, o si gusta que yo las corrija, toda vez que sean iguales al del modelo adjunto del año pasado". Pero Rosas no renuncia a la más mínima intervención, revisa las pruebas y substituye el nombre de Monsalvo, en la 12° sección, por el de Tuyú, porque no hay Juzgado de Paz que se llame así, y en cuanto al proyecto relativo a la ciudad nada observa, aunque recomienda la colocación de los nombres "elegidos ("sic") para la próxima 12° Legislatura". Dispone, al mismo tiempo, la impresión de las cantidades en la proporción de 20.000 para la ciudad y 2000 para cada una de las secciones, menos la 6°, que fija en 1500 y la 12°, que eleva a 6000. Para regularizar los envíos a destino, escalonando las salidas, manda que se las vayan entregando en el siguiente orden: primero, las secciones 10°, 11° y 12°, "después, y sin pérdida de tiempo, la 9°, 8°, y 5°", y por último, "luego que estén, me mandará V. [a Angelis] lo mismo, sin pérdida de tiempo" la 4°, 6°, 3°, 2° y 1°. Las de la ciudad quedarán para el final "porque son las últimas que se necesitan"; y "así que las tenga listas—prosigue—las entregará V. al General Edecán, D. Manuel Corvalán, y me lo avisará V., mandándome directamente su comunicación con un vigilan-

(Continúa en la pág. 39)



La copla de la parda Balcarce

Abuelita Dominga, reina de los candombes,
Enséñame la copla de la parda Balcarce,
Que el Carnaval de Rosas esta noche se acaba
Y mi guitarra quiere cantarla como nadie.

Abuelita Dominga, que tenía cien años
Y había sido esclava del padre de mi padre,
En el antiguo patio, detrás de San Francisco,
Me cantaba esta copla de pasión y de sangre:

"Fué la flor de los Banguelas
En el barrio del Tambor,
Pero nadie la quería
Como Lázaro el cantor.

"Cerraba ella la ventana
Al escuchar su canción,
Porque Martina Balcarce
No tenía corazón.

"Por andar con unitarios
Lo mandaron fusilar.
Fué en un Carnaval de Rosas
Cuando ella lo vió pasar

"Rubio y pálido, entre cuatro
Negros del Restaurador.
Y recién supo Martina
Que era Lázaro su amor.

"Quiero darle un beso a solas",
Dijo al jefe del cuartel;
Y hasta que tocaron diana
Estuvo sola con él.

"A las diez de la mañana
Murió Lázaro el cantor;
Negras y blancas lloraban
En el barrio del Tambor.

"Pobre Martina Balcarce,
Qué linda estaba después...
Iba a rezar por el muerto
Los lunes de cada mes.

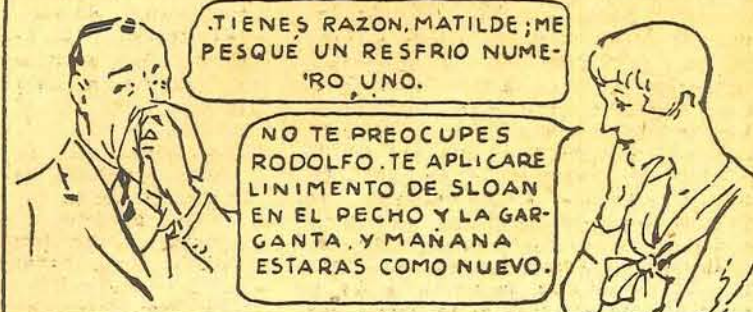
"Pasaron varios. Un día
Cayó al barrio del Tambor
Un pardito de ojos claros
Que era el hijo del cantor.

"Y otro Carnaval de Rosas
—El último Carnaval—
Besó al pardito de Lázaro
Y se ensartó en un puñal.

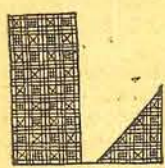
"Cuando murió la Martina
Dejó al hijo de su amor:
Negras y blancas lloraban
En el barrio del Tambor."

Abuelita Dominga, reina de los candombes,
Que había sido esclava del padre de mi padre,
Suspiraba en el patio detrás de San Francisco
Al cantarme la copla de la parda Balcarce.

Héctor Pedro Blomberg



RESFRIOS ? Linimento de Sloan
MATA DOLORES



Las palabras inútiles, precisamente por serlo, al alinearse en la sugestionante imponentia de la letra de molde, como predisponen al paladar, tal un aderezo, al sabor del "cocktail" literario, se ofrecen tal cual los manises y las papas fritas de los aperitivos.

Ellas "standarizan" el concepto multitudinario según el cual un "cocktail" no está bien servido, no tiene "cachet" si no viene precedido por los platillos consagrados.

Las palabras inútiles aderezan y crean la voluptuosidad de gustar el sabor indefinible, obtenido por una mezcolanza malabarista de dulces y amargos para satisfacer la predilección del momento.

Estas palabras aderezos de mi título, en cuanto a intención, van en dos pequeños platillos.

Mis nudos son simples ataduras de dos procesos situados en la subconciencia y cuya urdimbre realiza el milagro imaginativo de prolongar con un trozo de hilo brillante del presente, la madeja hecha ovillo en cualquier rincón del pasado.

En un segundo el extremo del nuevo hilo alcanza el cabo del viejo ovillo, se entrelaza, y alguien, el recuerdo devoto quizá, tironea, lo desenvuelve y reaparecen las vueltas de aquella madeja del pasado cuyos colores brillan cuanto más se desarrolla su hilo...

Vayan tres de esos nudos...

EL DE LA LLUVIA CON "EL NENE"

LUEVE. Cuales sean el día, la estación, la hora, mi estado de ánimo o el lugar donde me halle, apenas advierto la lluvia traigo a mi presente a través de treinta y tres años aquella página de "El Nene" con una viñeta ilustrativa, y en cuyo texto don Andrés Ferreyra, el amado maestro sabio en el lenguaje de la niñez, relata un episodio ejemplificador del escolar Domingo Faustino Sarmiento.

Para mí, en significado la lluvia se concreta en esa evocación. No traigo a mentas la explicación científica del fenómeno meteorológico, ni califico el episodio con la condición presidencial de Sarmiento.

Ya sé que cualquier sociólogo o analista extraerían de tal relacionamiento o paralelismo consecuencias aleccionadoras, estableciendo la influencia indudable de la vocación en el destino del hombre, por no ser difícil demostrar cómo desde la niñez aquel preclaro argentino formuló el lema de su fecunda vida, según el cual para cumplir con nuestro deber, cualquier día es bueno y no hay obstáculo insalvable...

A mí, en cambio, no me domina el vértigo de velocidad voluptuosa característica de ese deporte espiritual de las carreras en circuitos de abstracción.

Yo documento mi vida de espectador y con documentos humanos aprendo a construir el presente, primera posibilidad de orientarme hacia el porvenir.

Anudo, pues, los cabos de esos dos procesos. La primera vuelta es un amplio lazo urdido con sonrisas de recuerdo. Vuelvo a ver la viñeta ilustrativa del episodio. Sobre los hombros del escolar Domingo Faustino, el dibujante había colocado la cabeza de singulares rasgos fisonómicos del Sarmiento viejo cónsul. Anñadida, claro está, pero sin lograr reverdecir su ancianidad.

El nuevo entrelazamiento aprieta de consistencia al primero, con tensores de reconstrucción. ¿Cómo serían, en aquella lejana época de la niñez del prohombre, las callejas de la ciudad (?) de San Juan, obligado recorrido del escolar?

En el escenario de mi imaginación van escalonándose los trastos del decorado. Cae el telón de fondo. Así eran las calles. Para ser completo el cuadro será menester la lluvia. Hago llover con la intensidad de esta lluvia de hoy. Cuanto más copiosa la lluvia del presente, más barrial invade el pasado. Entra Dominguito a escena; lleva sobre los hombros la cabeza de la viñeta, sus labios abultados de imprecaciones llenan de denuestos la niñez del futuro prohombre.

Me río a carcajadas, en tanto Dominguito bajo el amplio paraguas rojo chapalea empeñosamente el lodazal, pero avanzando hacia el objetivo.

Lo veo arribar a la escuela; entro tras él, mientras una maldición de grueso calibre cierra el paraguas chorreante y se le adelanta por el zaguán. Llega por fin al aula, se detiene en el vano de la puerta. Su mirada encapotada recorre el recinto. Allí sólo está el maestro. La voz de Dominguito resuena ahora con una firme pero endulza-



da entonación, enunciando el respetuoso buen día.

Me enternece el sincero asombro del maestro, conmovido por esa demostración ejemplar de puntualidad. El maestro habla tembloroso de elogios.

Pero yo no oigo ya. Sin saber cómo, obedeciendo a no sé cuál influencia interior, doy la tercera vuelta del nudo apenas, sueltos las puntas ya unidas y desvío mi inquietud bajo la lluvia hacia la divagación reflexiva.

Al comprobar Domingo Faustino su condición circunstancial de asistente único llegó en efecto a sentirse campeón de la puntualidad?

La hazaña de su asistencia ¿era realmente la consecuencia de una disciplina de su voluntad?

¿El concepto o el culto del deber cumplido tenía tal arraigo en el espíritu incipiente de Domingo Faustino como para sobreponerse al criterio elemental del niño?

¿Presentía el escolar la influencia ejemplificadora de su acto, en la vida del país, o tenía ya sus ideas respecto de la educación común?

¿Y si Domingo Faustino hubiese sido un muchacho como cualquier hijo de vecino, por otra parte suposición bastante fundada?

En tal caso Domingo Faustino Sarmiento, con la cabeza de sus retratos de presidente, el paraguas chorreando y las botas embarradas habría exclamado:

—¡Qué macana me ha hecho hacer mamá! ¡Tan linda como estará la cama!...

EL DE "LA NACION" CON FALUCHO

INVARIABLEMENTE, mi diario despertar se obtiene por la aplicación de un método casero concebido en razón del problema pavoroso que llegó a ser para mis familiares esa reacción simple de nuestra vida.

A la hora convenida, con interferencias en su sintonización, repercute en las profundidades de mi sueño la voz solista del primer llamado; a la sensación física de un leve zamarreo sucede un sacudimiento de terremoto. Por instinto de defensa se incorpora mi modorra.

En tal actitud de mi estado, siento nítidamente — y esta es mi primera sensación precisa — llenarse el hueco de mi mano con el volumen familiar del mate tibio de cordialidad como un corazón brindado.

Mi primer beso es para su generosidad, el segundo para las palabras del querer devoto y el tercero para el deleite de gustar el dulce amargo del cimarrón. Va y vuelve a mi mano el mate con nuevos jugos. Creando el ansia de mirar el paisaje familiar.

Apenas empiezo a llenar de luz mi retina, manos diligentes atraen mi atención poniendo bajo mi mirada una blanca plana ennegrecida de inquietudes, perfumada de aromas de tintas de imprimir. En la cabecera de esa plana gruesos caracteres familiares a mis treinta y ocho jornadas me saludan. La NACIÓN al darme el buen día me canta la fecha. Pero aun no he despertado. De pronto, un titular concretando cualquier acontecimiento producido quizá durante mi sueño, me toca el trigémino del interés; y así recobro la vida cada mañana.

Van y vuelven los mates y las platas. Millones de letras aderezadas con

jugos misioneros. Pero hay mañanas en las cuales mi despertar se caracteriza por mi ensañamiento de lector y ando enfrascado en los anuncios de remates cuando la voz del metodismo hogareño inquiera con un socarrón cascabeleo:

—¿Qué hacés, m'hijo?

—¡Leo LA NACION! — contesto yo, e inevitablemente anudo tal declaración con el negro Falucho. ¿Por qué? Veamos.

Era yo un chiquillo y todas las mañanas, una vez cumplidas las leyes higienistas dictadas por mi padre, corría a su cuarto a pedirle la bendición.

—¿Se puede entrar?

—Adelante, amigo.

—¡La bendición, tatita!

—Dios lo haga bueno...

Mis labios amontonaban un beso sobre su mejilla. Después de una revista prolija sentía su sonrisa entre benévola y titeadora ante la cual siempre se hizo más grave mi seria apostura. Sin descifrar el alcance de aquella sonrisa me preocupé hallar un recurso para disiparla.

Por fin una mañana llegué y luego del saludo ritual, anuncié a mi padre que "sabía un verso". Mi padre se aserrió y ello me llenó de gozo.

—Con que un verso... ¿No? Buen... ¡Hem! ¡A ver, dígalos!

En actitud de circunstancias, con gran solemnidad, recité "el verso" cuya enseñanza había constituido un desvelo de dos semanas para la negra Dominga.

Duerme el Callao, ronco son
Hace del mar la resaca
Y en la sombra se destaca
Del real Felipe el torreón
Y en el asta de "facción"

—Fac-ción, fac-ción, fac-ción, amigo... —gritó mi padre. Pobre negra; me había llevado el gozo al pozo por una ce. Valientemente rectifiqué:

Y en el asta de fac-ción
Porque alejarlo quisieron
Un negro de los que fueron
Con San Martín de los grandes
Que en las pampas y en los Andes
Batallaron y vencieron...

—Muy bien — sentenció mi padre desdoblado un diario. Yo, animado, acometí con la segunda estrofa:

Por la pequeña azotea
Falucho erguido y gentil...

En ese instante mi padre se enfrascó en la lectura de aquel diario. Mi recitado transcurrió a través de su absoluta ausencia. Cuando terminé, un tanto desencantado por no obtener la frase halagüeña del premio, inquietado por saber el motivo de tal desviación, interrogué a mi padre.

—¿Qué hacés, m'hijo?

—Leo LA NACION, amigo.

Sali abismado. Desde entonces, cuando jugaba a ser un doctor como mi padre, tomaba el diario, me sentaba, recitaba yo mismo hasta "Falucho erguido y gentil", y abría el diario con las grandes letras negras hacia la parte superior. Eso era jugar a leer LA NACION.

La voz familiar insiste en mi "so-brecama".

—¿Qué hacés, m'hijo?

—Leo LA NACION — respondo riendo, hecho ya el nudo. Salto del lecho

y a paso marcial voy hacia la ducha recitando:

"Falucho erguido y gentil"...

EL DEL INSPECTOR CON DON MARCELINO

YO odio al tranvía hoy, cuanto me lo hiciera amar D'Amicis en mi adolescencia y con tanta intensidad como al ómnibus o al colectivo.

No es un odio de ciudadano por los tales servicios públicos y sus deficiencias, sino rencor personal amasado en el feroz suplicio impuesto por la comunidad en esos vehículos. Manoseo, estrujón, roce con desconocidos, bocanadas de aliento, tufillos de perfumes y exudaciones...

Sin embargo, la necesidad con su cara y su ciencia de hereje, al imponerme la condición de pasajero cotidiano del número 9, me ha inventado una resignación tranviaria que yo trato de estilizar con cierta dignidad hecha de amor propio por ser, a conciencia, el más correcto pasajero de tranvía.

En uno de mis itinerarios suele sobrevenir la presencia del inspector. Su perforador en la diestra está libre de la presión del meñique, doblado en gracioso gancho en el aire como prueba refinada de buenos modales. Su mano izquierda se tiende en el requermiento de la voz engolada.

—¿Me permite el boleto?

Frente al inspector un nombre acude a mis labios para ser pronunciado en silencio devoto. D. Marcelino Ugarte... Anudo...

Tenía yo doce años y concurría al Colegio Nacional Norte la cantidad mínima de días necesaria para estar en condiciones de "regular" por asistencia.

Todos los días una moneda de veinte centavos aseguraba mi viaje al centro, aun cuando el de retorno fuera permutado por medio paquete de cigarrillos "Ideales", con cuyo humo aliviaba mi caminata de mediodía.

Esa mañana era, para mí, excepcional. Mi retardo computado como falta me transformaba en alumno "libre". Tomé la "cucaracha" de "La Gran Nacional", pagué el boleto con mis diez centavos de saldo y empecé a hacer fuerzas para transmitir energías a los desgastados caballos del tiro. A la altura de Centro América, hoy Pueyrredón, subió el inspector. Su perforador en la diestra estaba libre de la presión del meñique doblado en gracioso gancho en el aire. Su mano izquierda se tendió ante mí en el requermiento de la voz engolada.

—¿Me permite el boleto?

Lo busqué como un desesperado. El anciano de mi derecha aseguró haberme visto pagar boleto, la señora de enfrente también, el mismo guarda dió su testimonio abonándolo con el cotejo de su planilla en la cual los números establecían la exacta correspondencia entre los boletos vendidos y el total de los pasajeros a la vista. El inspector, no obstante, sentenció inflexible: —Debe pagar nuevamente el boleto o bajar.

Grande debió ser mi desolación cuando el anciano vecino, mientras le cantaba unas frescas al inspector, me pagó el boleto.

Al inspector tranviario debo pues mi primera humillación. Humillación inútil, además, pues llegué tarde al colegio, quedé libre y aumenté con esa "pilleria" mi fama de incorregible.

Desde entonces, cuando el inspector con su meñique en gancho y su melifluidad me reclama el boleto, finjo hallarme abstraído. Gozo alargando su insistencia. Siempre en actor, me recobro, lo observo, me hago repetir su requerimiento y me afano por responderlo. Reviso todos mis bolsillos nerviosamente, agrandando su impaciencia. Lo dejo marcharse y seguir su contralor. Ya el guarda está ante mí cumpliendo la orden de cobrarme nuevamente el pasaje; con un grito de triunfo exhibo entre mis dedos el boleto y cuando el inspector disimulando su ira bajo su afectada cortesía toma el papelito, yo interrogo.

—¿Es ese?

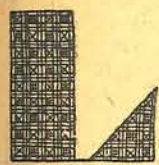
—Sí señor...

Y relaciono mi deleite por esa contestación con un dicho de aquel gran conocedor de hombres y de lados flacos que se llamó Marcelino Ugarte, el cual cierto día al recibirme notando mi contrariedad y al saberla originada en la impertinencia de un portero, me aconsejó:

—Cuando quieras achicar a un patán, no te enojés, muchacho. Al contrario; hacéle ver que te ponés a la par. Vas a ver cómo el tipo se asusta de empezar a subir en globo y te dice mansito: —Quisiera bajar, señor... Y ese "señor" sabe a gloria, muchacho...

"En cualquier parte del mundo donde hubiese existido un hombre como el acabamos de perder, el pueblo, agradecido a sus beneficios le levantaría estatuas..." — BARTOLOME MITRE.

Origen, en América, de la familia de Segurolo



A familia de Segurolo es originaria de la provincia de Guipúzcoa, España; y el primero de este apellido que arribó a nuestras playas, allá por el año 1770, fué D. Francisco de Segurolo, padre del deán.

La etimología del apellido que, a pesar de ser tan numeroso en Buenos Aires a principios del siglo XIX, actualmente se ha extinguido, es la siguiente, según el diccionario vascongado del presbítero doctor Azcúe: "Segur = segura; ola = tabla", o sea "tabla segura".

Don Francisco de Segurolo y Oliden, contrajo nupcias en Buenos Aires, el 24 de marzo de 1771, con doña María Bernarda de Lezica, hija del virtuoso caballero vizcaíno don Juan de Lezica y Torreizuri y de doña Elena de Alzuiza y Peñaranda, natural del Alto Perú (1).

De dicho matrimonio nacieron once hijos, recordando de entre ellos, a María de la Cruz, que casó con don Manuel Ortiz Basualdo, que fué cabildante, regidor de policía, etc.; María Dolores, casada con D. Francisco Antonio de Letamendi, que asistió al Cabildo abierto del 22 de mayo de 1810; María Eusebia, que casó con D. José Antonio de Irigoyen, y Romualdo José, cabildante, prior del Consulado de Comercio, diputado a varias legislaturas, defensor de menores, etc., casado con doña Romualda de Las Heras, hermana del ilustre general.

Saturnino, que vino al mundo el día 11 de febrero de 1776, demostró desde su infancia gran inclinación a la carrera de la iglesia, fomentada por sus piadosos padres y especialmente por la profunda fe de su virtuosa madre, doña María Bernarda de Lezica.

Cursa teología y hace estudios médicos en Chile

Llegada la edad de recibir educación superior, ingresó al Real Colegio de San Carlos, en cuyas aulas cursó filosofía, siendo sus compañeros Mariano Moreno, Victorio García, Martín Thompson, José León Benegas, Julián Navarro y otros ciudadanos que como éstos, tuvieron una actuación brillante en los días de mayo. Allí siguió los cursos que dictaba el doctor Medrano por los años de 1793 a 1795.

Luego, cumpliendo el trámite ordinario en los expedientes de la época colonial, para el ingreso a la carrera del clero o de la milicia, se solicitó la información de su origen y limpieza de sangre, declarando ante el señor notario los testigos Luis de Gardeazábal y Antonio de Pinedo, vizcaínos y vecinos de esta ciudad (2).

En vista del resultado favorable de la información, lo aceptan a Segurolo en el Seminario, recibiendo las órdenes menores a principios de enero de 1798.

En el mismo año se le despacharon las letras dimisorias para el obispado de Santiago de Chile, donde pasó a continuar sus estudios de teología, y en cuya Universidad de San Felipe se doctoró en esa ciencia.

Algunos suponen que durante su estadía en Chile, debió seguir algunos cursos de medicina, fundándose para ello, en los conocimientos que tenía so-

EL DEAN SEGUROLO

EL SACERDOTE FILANTROPO QUE INTRODUJO LA VACUNA EN EL PAIS

Por ARTURO F. GONZALES

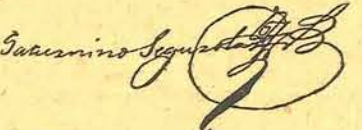
expresivas gracias el Real Protomedicato de esta ciudad.

Bibliotecario en 1810 y administrador de las escuelas Lancasterianas

Con fecha 13 de septiembre de 1810, la junta de gobierno de Buenos Aires decretó la fundación de una biblioteca, la cual se inició sobre la base de



Dibujo a lápiz del ingeniero Carlos Enrique Pellegrini, cuyo original se conserva en la Biblioteca Nacional



Firma y rúbrica del deán

la biblioteca del obispo de esta ciudad, doctor D. Manuel de Azamor y Ramírez, quien al fallecer donó sus libros para ese fin, ordenando al gobierno patrio que para arbitrar fondos se abriese una subscripción pública.

Fueron nombrados conjuntamente para desempeñar el cargo de bibliotecarios, el presbítero doctor Saturnino Segurolo y fray Cayetano José Rodríguez, discípulo y maestro respectivamente, del doctor Mariano Moreno, nombrado protector de dicho establecimiento, cuyo local era la antigua casa de las Temporalidades, situada en la esquina de las calles Villanueva y Unquera (hoy Perú 294 esquina Moreno).

Años después, el 7 de septiembre de 1821, se designa al doctor Segurolo, director de dicha institución, por decreto del gobernador de la provincia, general Martín Rodríguez, refrendado por su ministro Rivadavia, siendo una de sus primeras resoluciones la de honrar la memoria del doctor Eduardo Jenner, inventor de la vacuna, colocando el retrato del sabio médico inglés en el salón de lectura de la biblioteca.

Al mismo tiempo administraba la vacuna y atendía algunas escuelas, explicando el método de Lancaster o de enseñanza mutua, recién introducido de Inglaterra, y que se extendió rápidamente por Buenos Aires y su campaña, siendo Segurolo uno de los más entusiastas apóstoles del sistema, consiguiendo que en pocos meses se formaran cien escuelas a las que concurrían más de cinco mil niños, entre los cuales cursó las primeras letras D. Bartolomé Mitre, en la que regentó su padre en Patagones (5).

Por esta época, la Sociedad de Vacuna de Londres, haciendo una gran excepción por lo

limitado de sus miembros, acordó nombrarlo "Vacunador honorario del Instituto de Vacuna Real Jenneriano de Londres", enviándole una honrosa nota y diploma que lo acreditaban en tal carácter.

La tertulia del Pacará

En la antigua quinta de don Romualdo José de Segurolo, conocida actualmente por de Letamendi — propiedad de los herederos de la Srta. Adelaida Letamendi, nieta de D. Romualdo José — y situada entre la Avenida del Trabajo (antes Avenida Campana) y las calles Miró, Puan y Lobos, se conserva entre otros árboles centenarios, el hermoso pacará a cuya sombra se sentaban a conversar el dueño de casa y su hermano el canónigo Segurolo, después que éste había vacunado a los vecinos de esos parajes, agregándose otras veces a la "tertulia del pacará", el general Juan Gregorio de Las Heras, cuñado del propietario de la quinta, en compañía de otras visitas ilustres.

Este enorme árbol, llamado entre nosotros pacará u oreja de negro, por el parecido en tamaño, color y forma, que tiene la semilla a ese órgano de la gente de color, y en las provincias denominado timbó, fué plantado a fines del siglo XVIII, pues cuando Segurolo adquirió la propiedad en 1810, ya existía, conservándose hoy vigoroso y lozano, siendo de lamentar que la próxima prolongación de las calles Monte y Puan, quizá haga desaparecer esta reliquia histórica.

Formó la más rica colección de manuscritos que existen en el país

Su dedicación al trabajo y al estudio no reconocía límites, y a pesar de llenar con celo los deberes de su ministerio, atender a la conservación y propagación de la vacuna y desempeñar su cargo de bibliotecario, reunía en sus ratos de ocio los documentos más importantes de la historia colonial, libros raros, mapas, láminas y objetos.

Escribió también algunas obras, entre otras: Apuntes para la historia del Río de la Plata; efemérides y diversos trabajos históricos y sobre educación; artículos sobre la vacuna y sus beneficios, publicados en la "Gaceta" del 5 de agosto de 1815; reglamento sobre la misma, etc.

Todo ello pasó después al archivo de la Biblioteca Nacional, entre cuyos manuscritos existe un libro inédito con los retratos de todos los obispos de Buenos Aires, dibujados toscamente e iluminados, acompañados

dos de breves noticias biográficas.

Hacen merecidos elogios de su colección de manuscritos, el talentoso deán doctor Funes, el erudito publicista napolitano Pedro de Angelis, los doctores Luis L. Domínguez, Vicente G. Quesada, el bibliófilo uruguayo don Andrés Lamas e innumerables hombres de letras.

El gran maestro de nuestra historia, general Bartolomé Mitre, utilizó en vida del deán muchos documentos y obras raras, lo mismo que referencias verbales para sus estudios históricos, y a la muerte de éste adquirió gran parte de sus obras y documentos, que hoy se conservan en el Museo Mitre.

Siendo canónigo, es designado inspector de escuelas

Gran entusiasta por la educación pública, más de una vez hizo gastos de su peculio para evitar que fueran cerradas las puertas de una escuela; y en cierta ocasión, vemos que se presenta el gobierno solicitando la entrega de las maderas que habían servido de tarimas en la plaza de la Victoria, durante las fiestas patrias de mayo de 1830, para utilizarlas como bancos en las escuelas que carecían de ellos.

Con motivo de la separación de la Universidad del Departamento General de Escuelas, el gobernador Dorrego expidió un decreto el 7 de enero de 1828, nombrando inspector general de escuelas al canónigo doctor Segurolo, quien se ocupó de separar en la ciudad las escuelas mixtas, facilitando por todos los medios a su alcance la concurrencia de los niños pobres.

Donó una casa para ampliar la iglesia catedral

Como la obra de la catedral, iniciada el año 1752, aun se hallaba inconclusa por falta de recursos, el canónigo Segurolo da una nueva prueba de su generosidad adquiriendo una casa del Estado, situada en la calle La Piedad, lindera al templo, para la prosecución de la obra.

Durante su administración las obras de dicha iglesia recobraron gran impulso; se ensancho la parte del presbiterio y las naves, se refaccionaron algunos altares y se construyó el piso de mármol donado por Rosas.

El 16 de septiembre de 1817, por renuncia de don José Martínez de Hoz, fué nombrado administrador de la Casa de Niños Expósitos, a cuyo frente permaneció hasta el año 1838, en que cesó el establecimiento por falta de fondos del gobierno para mantenerlo.

Sufre las persecuciones del tirano

Después de la clausura de la Casa de Expósitos, Segurolo se retiró a la vida privada, ejerciendo la caridad en la misma forma, convencido de la inutilidad.

(Continúa en la pág. 32)

¿ESTA USTED HERNIADO?



Si Ud. está herniado es seguro que habrá usado bragueros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe Ud. desear esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puedo darle inmejorable referencias de personas respetables y bien conocidas que han sanado con su aplicación sin sufrir ninguna molestia.

No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

Escribame sin demora, y a vuelta de correo, recibirá gratis mi precioso ALBUM-FOLLETO que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Pídale ahora mismo a **S. MORASSUT** (ESPECIALISTA) SARMIENTO 1584 ROSARIO (Argentina)



RA el jugador absoluto. Ganaba, perdía, ganaba, a trasmano del mundo y sus horas furtivas, y también de sus ganancias y pérdidas. Porque éstas son escorias del juego, como el arte es

escoria del ensueño.

¡La tentación y el vértigo del juego! ¡La fría lujuria del jugador perfecto!

¿Cómo no estaba aherrojado entre los siete pecados capitales aquél que acaso los refundía a todos? ¿O es que se lo rebajaba hasta la avaricia? Bien podía reírse de eso su generosidad de vena rota.

Era, pues, el jugador absoluto. Su alma en eclipse ante lo que no fuera su pasión. Vivía por ella y para ella, sonámbulo en la vida. Un ascetismo riguroso, en el más alto olvido del amor, del poder, de las blandicias. Sólo la religión y el culto del Azar, dios bifronte.

Podían voltear los días; el sólo espiaba el voltear de los dados. Podía florecer la tierra, ¡qué!, mientras las cartas pintaran para él el edén mágico. ¿Giraba el mundo? No, la ruleta.

Un día, una noche, ¡quién sabe!, al cabo de las más pobladas horas de fortuna, en el tapete no quedó más que un contrincante. Era un personaje de sonrisa niña, pero la mirada de sus ojos, impenetrables como los de un ciego, parecía fatigada de siglos, y "tal vez algo más".

El jugador, receloso sin saber por qué, trató de calarlo. Su alma se arrolló como una víbora para la defensa y el ataque; su mirada se arqueó en ganza. Inútil. El desconocido seguía jugando con calma inrayable. (Y no podía decirse si aquello duraba ya minutos o años).

Hasta que el viejo jugador pudo advertir que lo que el otro manejaba no eran cartas de baraja, sino hojas de calendario. Y de su fabulosa ganancia de antes no quedaba más que un insolvente déficit final: el de su vida entera...

¿Porqué su contrincante era el Tiempo?

EL TERRIBLE SECRETO

EL jardín acababa de nacer cada día. La inocencia inconsútil del aire ceñía todas las cosas. No había lo viejo ni lo nuevo, lo puro ni lo



impuro. No se distinguía la línea recta de la línea curva, ni el mirar del contemplar. Ortografía de todas las formas, sintaxis de todas las esencias. La luz no era más que la aureola de la gracia de cada cosa.

Y la primera mujer paseaba entre ellas su ingenuidad de dientes de leche. Sonreía, y brotaba un lirio; levantaba un brazo y nacía un vuelo de paloma.

Con todo, y sin pasar del tercer día, la primera mujer empezó a echar algo de menos. Y no se lo confesaba porque no lo sabía siquiera, pero sentía la nostalgia de algo... ¿Era por el desabrimiento de su ingenuidad? Oh, nada de eso sabía ella, ni siquiera que estaba desnuda.

Entonces fría, sinuosa, magnética como la sabiduría, vino la vieja trotera, vino la serpiente. Y le reveló el misterio del pudor y de la hoja de parra. Le enseñó el secreto de la coquetería.

Y la serpiente desapareció en el cuerpo de la mujer.

Entonces la primera mujer fué la tentación del jardín. Los pájaros timbraban su voz en la suya; los arroyos y las panteras ondulaban según su andar; las frondas aprendían a temblar en sus párpados; la luz quería acunarse en sus ojos...

¿Qué mucho, pues, que por seguirla el primer marido se expatriase para siempre de su jardín de juventud?

EL PAYASO

EL pobre payaso, que había sido la pascua de los niños, acababa de ser entregado al verdugo.

Los niños no podían saber nada de esto, pero aquel hombre, a causa de su mujer, a la que amaba con el fuego y el viento del amor grande, había matado a otro hombre por una terrible sospecha falsa.

Su mujer, aquella que despertaba tantas codicias, pero que le amaba, sin duda, a él solo y tanto, aunque herida demasiado por tamaña sospecha, se resolvió a mostrarse como culpable para salvarla... ¡Oh, nunca! Manchar aquel amor aunque sólo fuese ante los ojos de los otros, ¡nunca! E inhumó su alma en el silencio.

Y fué convicto de la culpa enorme. Sin palabras y sin gestos había permanecido ante los jueces, náufrago, adentro, en un golfo de vergüenza y de llanto.

Sin palabras y sin gestos subió después al patíbulo. La palidez de la muerte le echó el sudario a la cara. Sus ojos, que miraban ya desde la ausencia, no vieron siquiera al verdugo que le desgarró un trozo del vestido para vendarle los ojos.

Pero de nuevo el recuerdo de su mujer se le colgó al cuello, ahogándole, y el fuego y el viento del amor grande lo empujaron desesperadamente hacia la vida.

Se le oyó entonces tiritar no se qué palabras.

—¡Estás muerto y hablas! — se burló con la risa sin ruido de las calaveras el verdugo.

El condenado pedía la concesión de una última voluntad como era de uso. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Estaba ya aninado por el terror? Quería despedirse de la vida con un salto mortal...

—¡Genio y figura!... — lo ponderó con otra risa el verdugo. — ¿O es que quieres saltar sobre la muerte?

La concesión le fué hecha, con todo. Y entonces fué cuando sucedió aquello que llevó a la apostasía de su oficio al verdugo y que muchos años después las madres y las ayas cantaban a los niños.

Rebotando sobre el trampolín, el saltimbanqui se proyectó con brinco tan ávido en el espacio, que traspuso el horizonte y nunca se supo más de él...

Porque, en efecto, había ido a caer en el lomo de una nube que viajaba hacia la comarca ingenua en que esa cosa cobarde, necia, hipócrita, maloliente que es la justicia de los hombres no asfixia el aire ni mancha la blancura del sol.

LA NUEVA DIVINIDAD

UN hombre del clan había dado con la aparición misteriosa que todos vinieron a adorar después. Y el terror, y la duda y el encanto habían rodeado entonces y más tarde a la divinidad. Y eso exaltó y nutrió la devoción.

Era de la tierra y se alimentaba de la tierra, pero se alzaba al cielo y era como el cielo. Parecía poseída de una avidez infinita. ¿De qué? Su lenguaje profundo era discutidísimo y llegaron a venerables los que se dieron a interpretarlo: unos creían que revelaba los secretos del bosque, del viento o de las grandes aguas; otros que era una canción de guerra ese rumor; otros una plegaria. Quienes decían: Es cosa de alegría; otros: No, sino de gran enojo o sufrimiento. Asimismo medraron alta autoridad los que aseguraban penetrar el sentido de su danza. (Porque era aquella una deidad danzarina y aun comunicaba su ritmo a todas las cosas en torno suyo: y lo que era pesado se volvía sutil). Y en ella se sacramentaban todas las formas: nubes y pájaros, la culebra y el monte, el cuerpo de la mujer y tal vez la forma de los sueños. ¿Compendiaba el universo o era el umbral de su misterio? Y después de todo, ¿era o no era? Porque apenas llegaba a ser una cosa cuando ya dejaba de ser y comenzaba a ser otra, en un enigma desgarrador como una despedida, victorioso como una albricia de la sangre, pues en presencia suya, la sangre, enloqueciendo, semiahogada, buscaba una herida para salir, como queriendo volver a su fuente.

De aquella diosa unos decían que se llamaba el fuego. Otros la vida. Y muchos aseguraban que su nombre era el amor.

La naturaleza (eso en qué se gastaba sin mermarse la admiración tradicional de la gente) le había siempre parecido al joven lord grosero, churri-guereca, adocena-

EL JUGADOR Y OTRAS PESADILLAS

POR

LUIS FRANCO

ILUSTRACIONES DE ERNESTO ARANCIBIA

que, sin excepción acaso, la naturaleza sólo balbuceaba o tartamudeaba sus intenciones. Necesitaba que el hombre se las tradujera. Y las traducciones resultaban vuelta a vuelta admirables, sobre todo las más inexactas. Ahí estaba, por ejemplo, esa distinguidísima glorieta. ¿Podía arrimarse cualquier chusma de árboles silvestres? Entre las flores sólo eran dignas de pleitesía, esas criaturas re-creadas por magos pacientes, esas orquídeas de invierno más alucinantes que ciertas metáforas o ciertos pecados. ¿Y qué había cotejable a un lecho Luis XV, contorneado según las líneas más claras de la mujer, tallado según las parábolas y elípticas del espasmo? ¿Y qué claro de luna, qué aurícula de bosque hospedaba más misterio y poesía que el secreto de una moderna alcoba? Y era una pobre cosa provinciana, de veras, el más mundano de los "pour sang" junto a la seguridad, el ímpetu, el aguante, la soberbia de un seis cilindros!

Definitivamente la Naturaleza había pasado de moda. Mejor dicho, anquilosada de rutina y de prejuicios, no comprendía la moda, esa ciencia y arte superiores de la mujer, la Moda, maestra de la Filosofía y de la Estética a quienes lograba mostrar recién lo huero de los sistemas ingastables y de los dogmas intangibles.

Por eso la mujer era la mejor muestra de la Naturaleza —¡no!, del artificio. (La clausura de las habitaciones y de las ropas ha hecho el milagro de su piel, de sus cabellos y de sus ojos;



la galantería ha inventado la gracia de su alma).

Y sucedió que un día, en una estancia de sus viajes, visitando una exposición universal de ciencias llegó al pabellón en que un mago de la física azoraba las más difíciles curiosidades con la exhibición privada de una "andride", de una criatura femenina creada por la ciencia, hermosa como las vemos en la dicha, viva como las sentimos en la pena. Y un acólito del sabio explicaba a algunos técnicos ciertos secretos de aquella minerva salida del cerebro de su padre, junto a la cual había mujeres que parecían simples muñecas.

—Pero ese nácar flúido, ese brillo carnal, esta vida intensa... ¿Cómo habéis?... —

—Con la ayuda del sol, sencillamente.

—¡Del sol!

—Sí. El sol nos ha dejado sorprender en parte el secreto de sus vibraciones. Una vez cogido el matiz de la blanca dérmica, he aquí cómo la he reproducido por una disposición de objetivos. Esta ligera albúmina solidificada cuya elasticidad es debida a la presión hidráulica, es sensible a una acción fotográfica muy sutil. Tenía el mago una excelente modelo y además el número de marfil contiene una médula galvánica en conexión constante con un sistema de alambres de inducción, enmarcados al modo de los nervios y de las venas, lo que entretiene la producción perenne de calórico que os ha dado la impresión de la vida.

—¿Y esas inflexiones soñadoras de la voz?

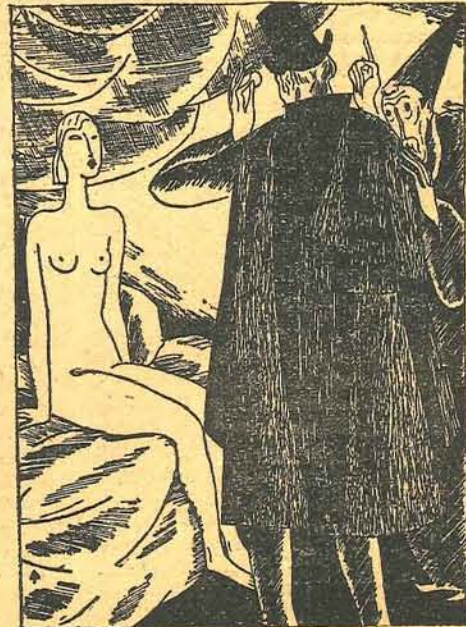
—¿Y esa mirada de apasionada melancolía?

El acólito se evadió discretísimamente.

Y sucedió que el joven lord, intrigado primero, inquietado hasta el insomnio después, fué exaltándose cada vez más, y remató por enamorarse idólicamente de aquel ídolo. ¿Comprendéis? Apasionado hasta donde llegaron pocos corazones de hombre de aquello que él sabía un puro simulacro.

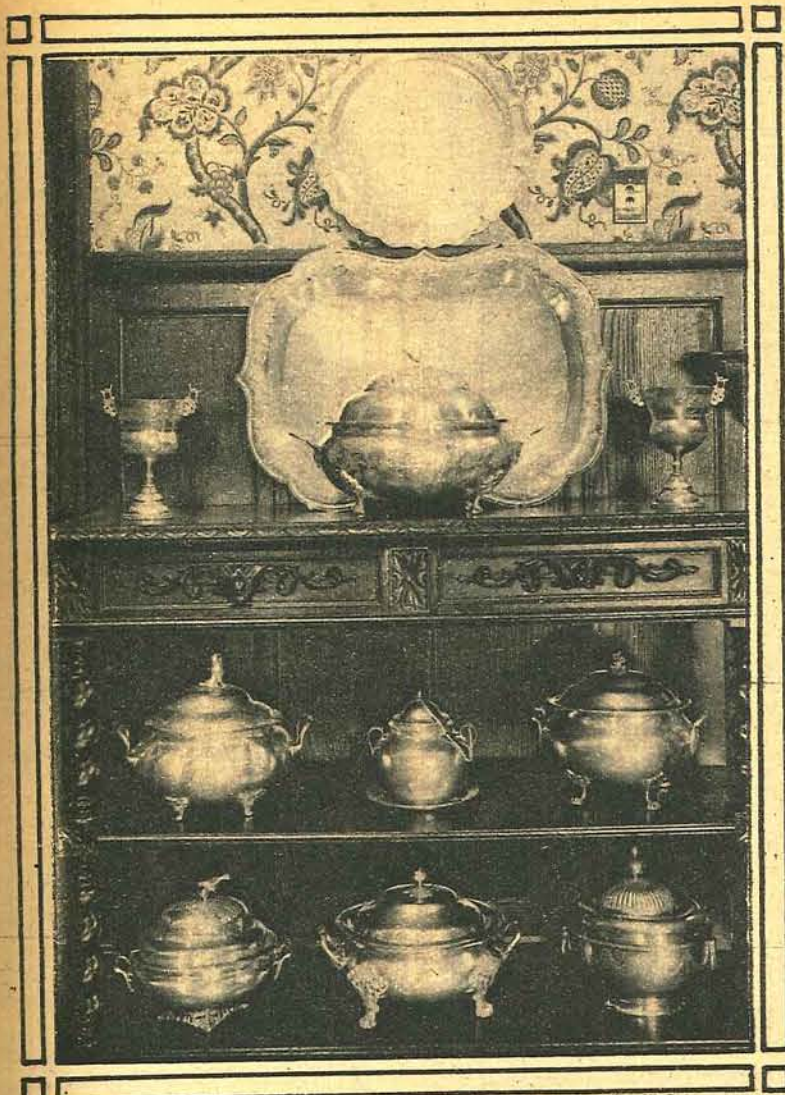
Ahora suponed su desencanto sin nombre cuando un portero sin imaginación descubrió que el sedicente mago era sólo un farsante y que la humanísima esfinge era simplemente su hija, maravillosa de veras, sin ayuda de la ciencia.

Y el pobre lord se pegó un tiro.

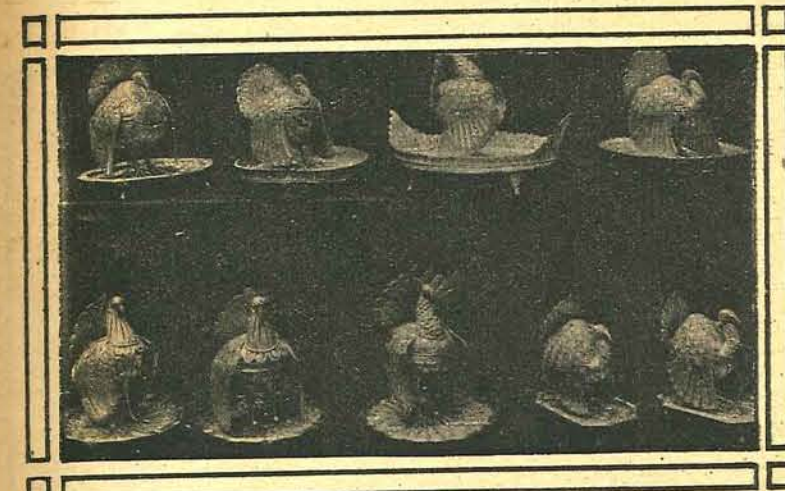


ORO Y PLATA DE AMERICA

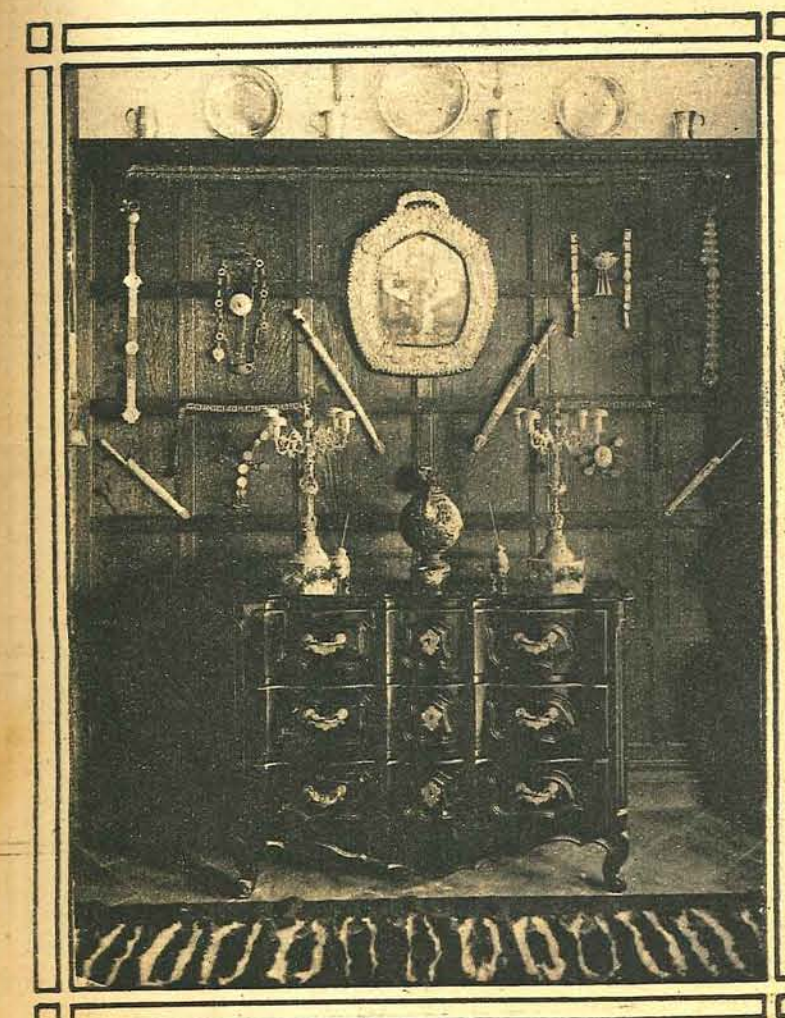
VEASE EN ESTE MISMO
NUMERO EL ARTICULO QUE
FIRMA ANTONIO PEREZ-
VALIENTE DE MOCTEZUMA



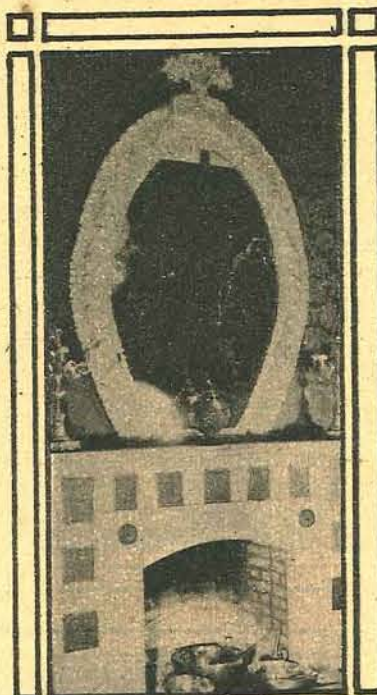
Sopras, fuentes y otros objetos del Virreinato de Buenos Aires



Sahumadores de filigrana de plata. Buenos Aires, Córdoba y Alto Perú



Otro conjunto de las colecciones de D. Gustavo y D. Antonio M. Barreto



Suntuoso espejo repujado y candelabros con figuras de indios. Siglo XVIII



Altar de cámara con imagen de influencia indígena. Norte argentino



Vinajera de oro cincelado. Región de Santa Cruz de la Sierra, siglo XVIII



Conjunto de platería indígena, colonial y gauchesca. Río de la Plata

Mucosas blandas... encías descarnadas... son los primeros síntomas de la piorrea...

Hay un nuevo método. Aconsejado por 2 de cada 3 dentistas de Buenos Aires, la previene y la alivia

MEJORE su dentadura... si sus encías sangran, atiéndalas en seguida... es el primer indicio de la piorrea, la destrucción de los dientes, la pérdida de la salud y de la belleza.

Desinflama y fortalece las encías.

El empleo diario de Pyorrhocide es lo que hoy recomiendan 2 de cada 3 dentistas en Buenos Aires.

La acción del Pyorrhocide se debe al Dentinol, medicamento que calma la inflamación y afirma las encías blandas, esponjosas, que sangran y se descarnan.

Ponga un poquito en su cepillo de dientes por la mañana y por la noche... ¡qué alivio en la boca! ¡qué limpieza en las encías y en los dientes! ¡qué sensación de salud! Un tarrito dura varios meses.



¿Por qué no lo ensaya hoy mismo? Envíenos el cupón con una estampilla de 5 ctvs. y le mandaremos una muestra por correo.

Visite a su dentista cada seis meses.



POLVO PYORRHOCIDE
Dep. PYORRHOCIDE
Rivadavia 1244 Bs. Aires

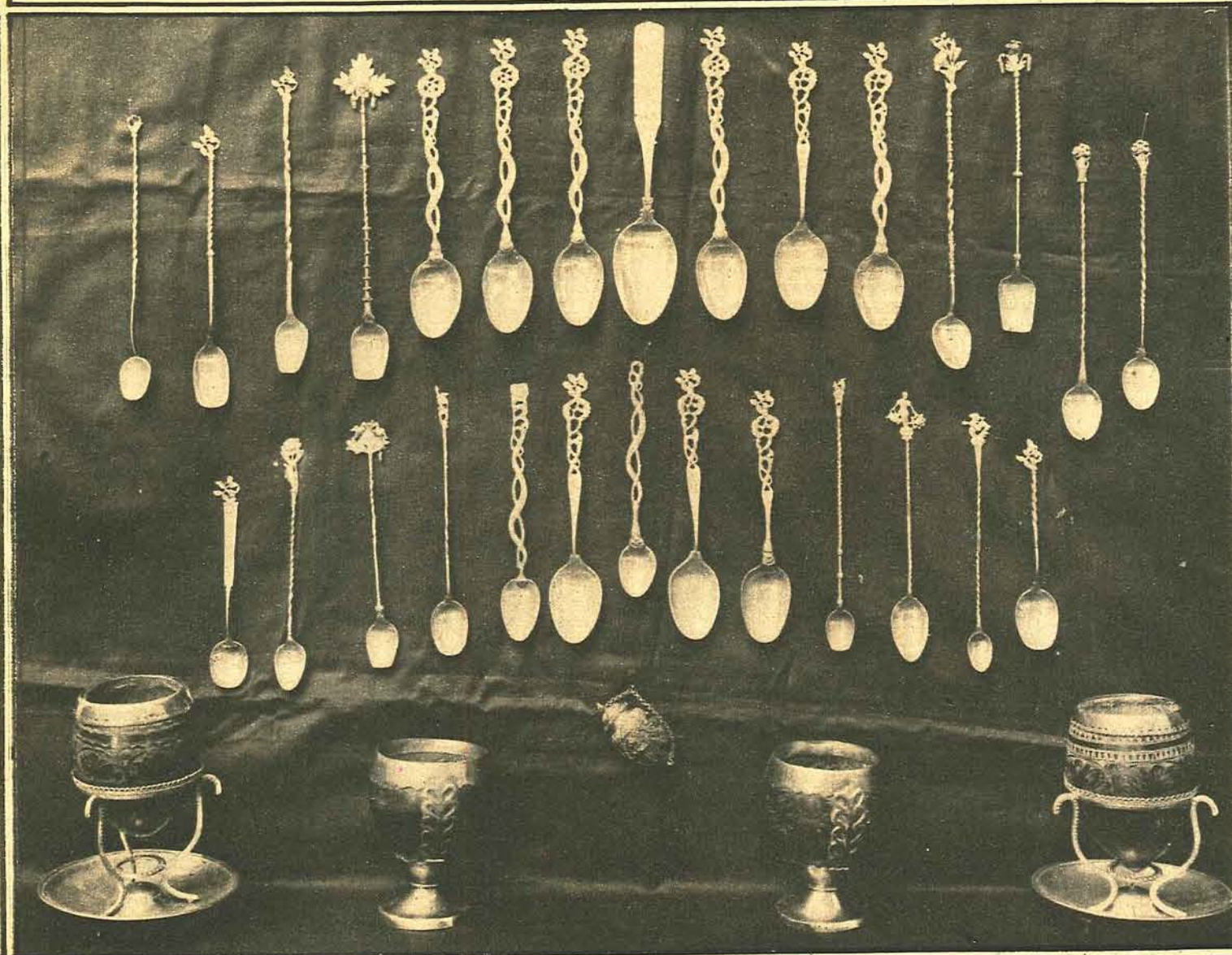
Sírvase mandarme una muestra del polvo Pyorrhocide. Incluye estampilla de 5 centavos.

Nombre

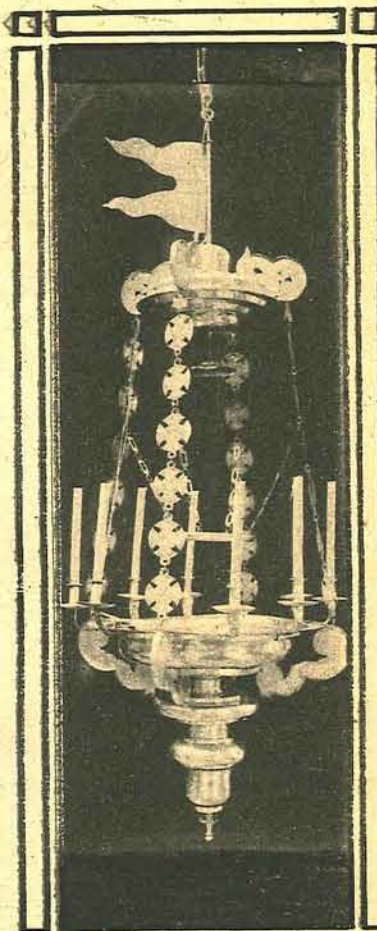
Dirección

Ciudad

612-LN-6/7/30



Modelos de cucharas de plata y oro y recipientes de coco labrado. Epoca colonial



Modelo de araña colonial en plata cincelada y bruñida. Siglo XVII



Yerbero de plata y oro con preciosas labores. Epoca virreinal



El noventa por ciento de los indigentes se ven en la miseria por culpa de su desobediencia o por ignorancia de las leyes de la vida, sobre templanza y ahorro.

GUARDE

algo cada mes! Sea previsor. La riqueza es consecuencia de la práctica del ahorro. ¡Abra usted una cuenta! El Banco "El Ahorro" le abona el 8 % de interés anual y coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento.

Opera desde hace veinte años a completa satisfacción de sus clientes.

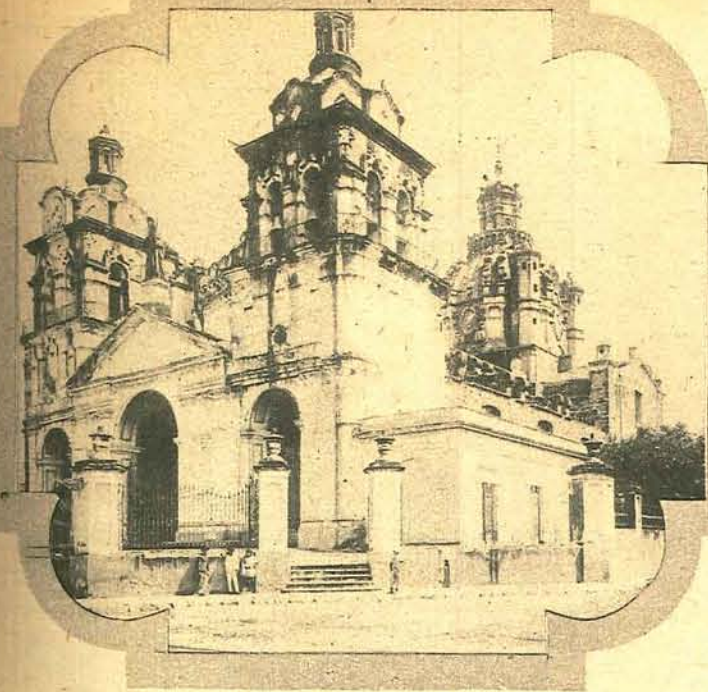
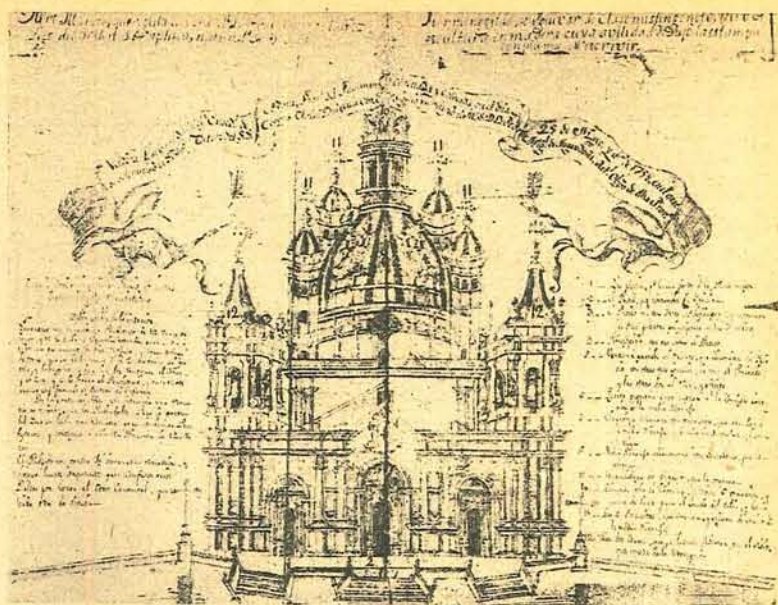


Vitrina con artísticas piezas de plata y oro, incaicas y coloniales

EL ARTE DE AMERICA LA VIEJA CATEDRAL DE CORDOBA

VEASE EN ESTE MISMO
NUMERO EL ARTICULO QUE
FIRMA CARLOS F. ANCELL

El plano primitivo que sirvió, con sensibles modificaciones, para la erección de la obra. Fué transformado por el maestro alarife González Merquete, oriundo del Alto Perú, quien lo interpretó en sus detalles con visible acierto



La Catedral de Córdoba antes de ser reparada



Consejos para evitar que

de Invierno el cutis envejezca

Las inclemencias del tiempo en-
vejecen el cutis en forma cruel



Conservar el cutis blanco, terso y juvenil no es obra de la casualidad ni de la buena suerte. Es solamente cuestión de cuidado y nada hay para ello que iguale a la Crema Hinds.



Naturalmente que durante el día se lava usted las manos con frecuencia. Para conservarlas blancas y tersas póngase un poco de Crema Hinds siempre que se las moje.



Ahora que están tan de moda los vestidos escotados, los hombros, el cuello y los brazos necesitan especial cuidado. Dése todas las noches un masaje empleando toda la Crema Hinds que la piel absorba. En esta forma se conservarán siempre suaves, tersos, flexibles, juveniles.

El uso diario de la Crema Hinds le devuelve su juvenil tersura



Cuando se prepare para alguna reunión, mójese la punta de los dedos en Crema Hinds y póngasela suavemente en la cara, el cuello, y los brazos, hasta que desaparezca. Así sus polvos predilectos permanecerán adheridos durante horas.



Al arreglarse para salir use usted la Crema Hinds como base para



que los polvos adhieran parejo y bien durante horas y la tez se vea con la aterciopelada suavidad del durazno. De esta manera el cutis no se vé grasoso ni la nariz brillante. La Crema Hinds, además, al proteger el cutis contra las inclemencias del tiempo, evita que se agriete y envejezca.

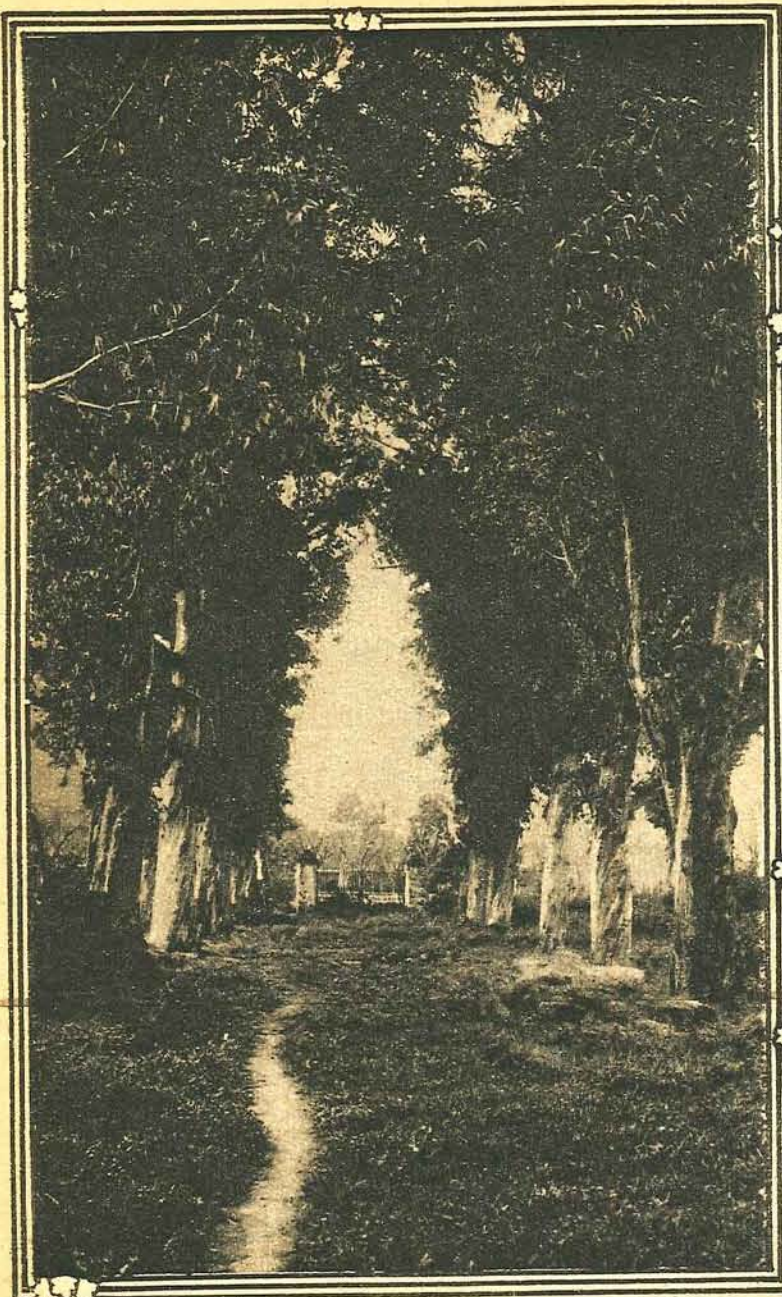
Los vestidos cortos, las medias delgadas y el frío del invierno se juntan para tornar ásperas y rojas las rodillas. La Crema Hinds contrarresta el daño. Póngase una poca todas las noches y siempre que salga del baño.



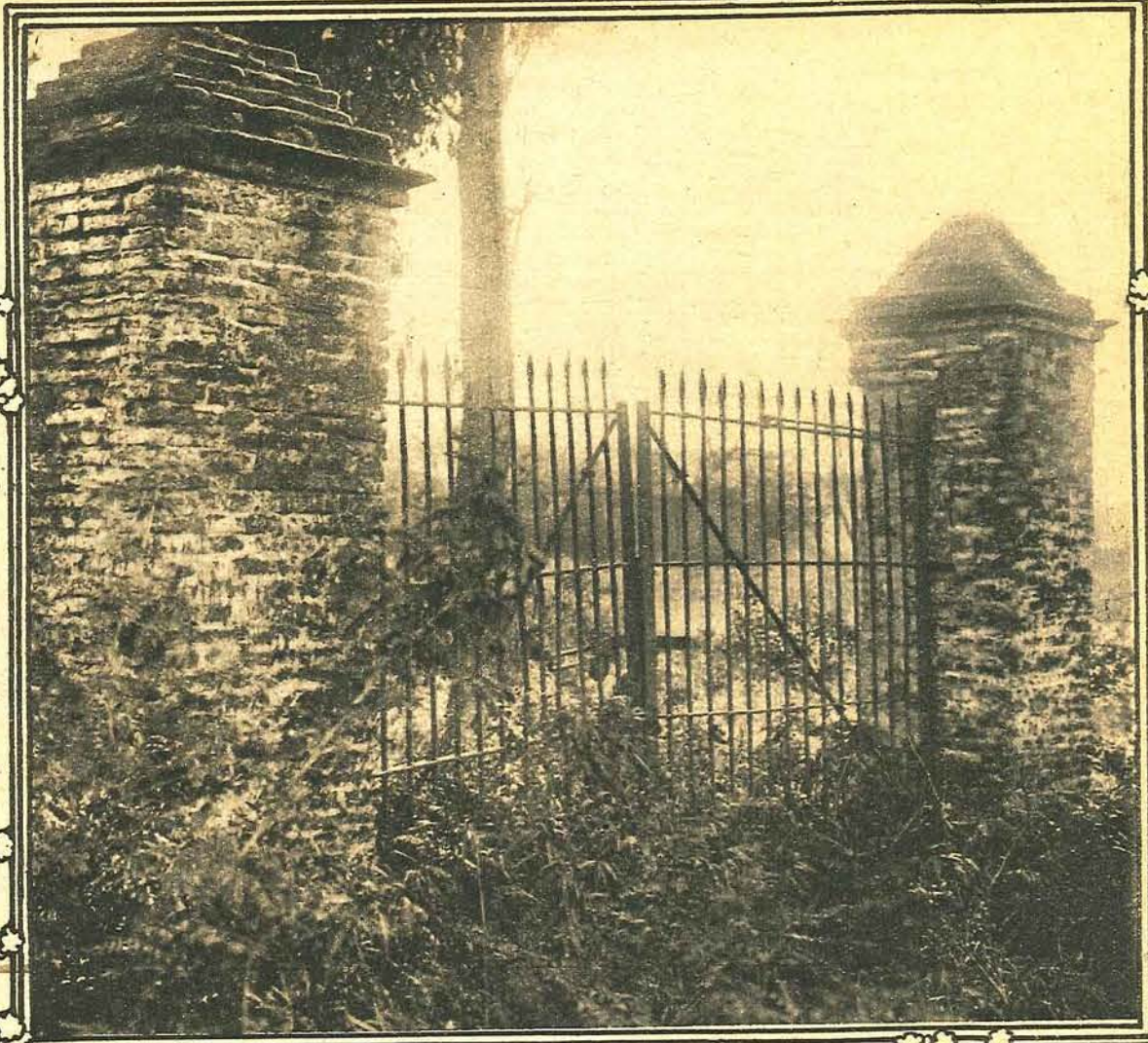
CREMA HINDS

Y, al acostarse, póngase toda la Crema Hinds que absorba la piel. Así, mientras duerme, su cutis recobrará la frescura que le roban el aire, el frío, la humedad.

Vista de la cúpula, con sus contrafuertes y esquineros y con el cimborio que la corona



Entrada principal de la antigua quinta de don Romualdo José Seguro, hermano del deán



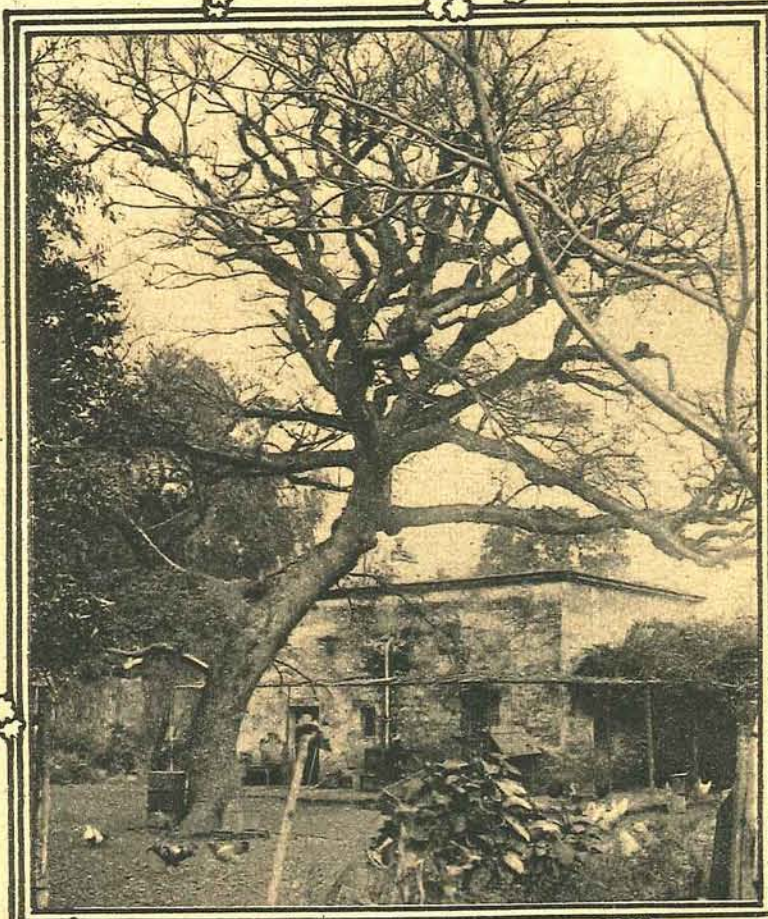
Portón de entrada a la quinta de Seguro

EL DEAN SEGURO

EL PRIMERO
QUE APLICÓ
LA VACUNA
EN EL PAÍS

VEASE EN ESTE MISMO
NUMERO EL ARTICULO
QUE FIRMA ARTURO S.
GONZALES

El parará centenario, a cuya
sombra vacunaba el canónigo
Seguro

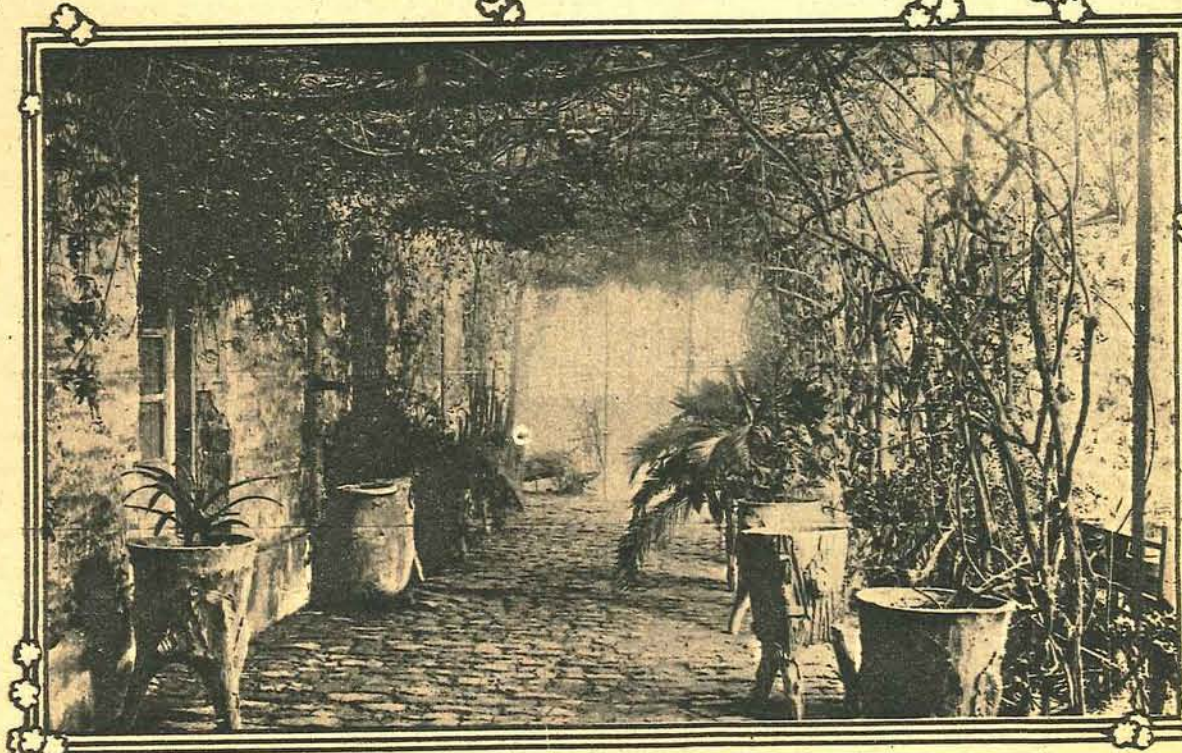


Calcetines Holeproof
pronúnciese "Jolpruf"



ELEGANTES y bien ajustados al tobillo, los Calcetines Holeproof dan la nota chic en el hombre bien vestido. El refuerzo "Ex" añade meses a su duración. Este refuerzo "Ex", exclusivo de Holeproof, triplica la resistencia del calcetín en la puntera y hace que dure 3 a 4 veces más que otros.

Representante: J. FERNÁNDEZ, Alsina 1328,
Buenos Aires; Cuareim 1236, Montevideo
Al por mayor: En Bs. As. I. BENGOCHEA,
Rivadavia 1255 En Montevideo: PIZ-
ZORNO CASTRO Y CIA., Rincón 734

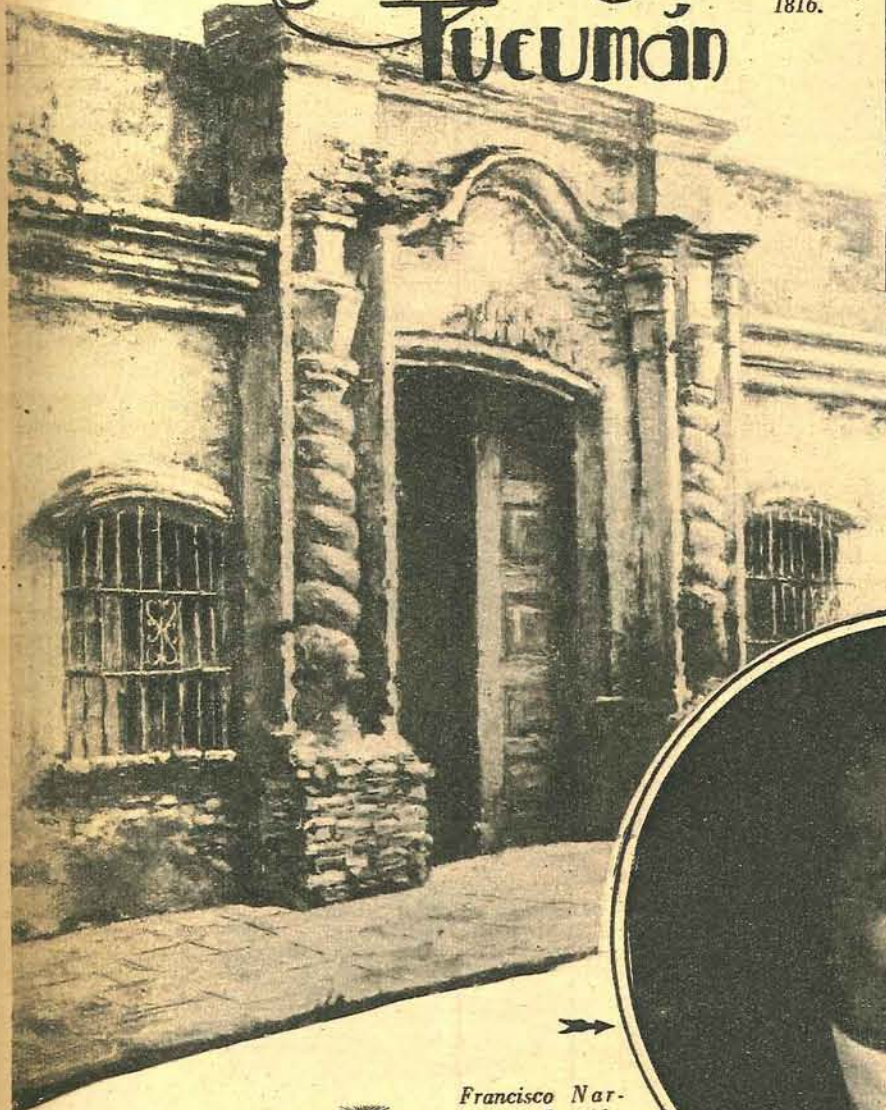


Corredor de la casa, cubierto por una tupida enredadera de jazmín del país



Del Congreso de Tucumán

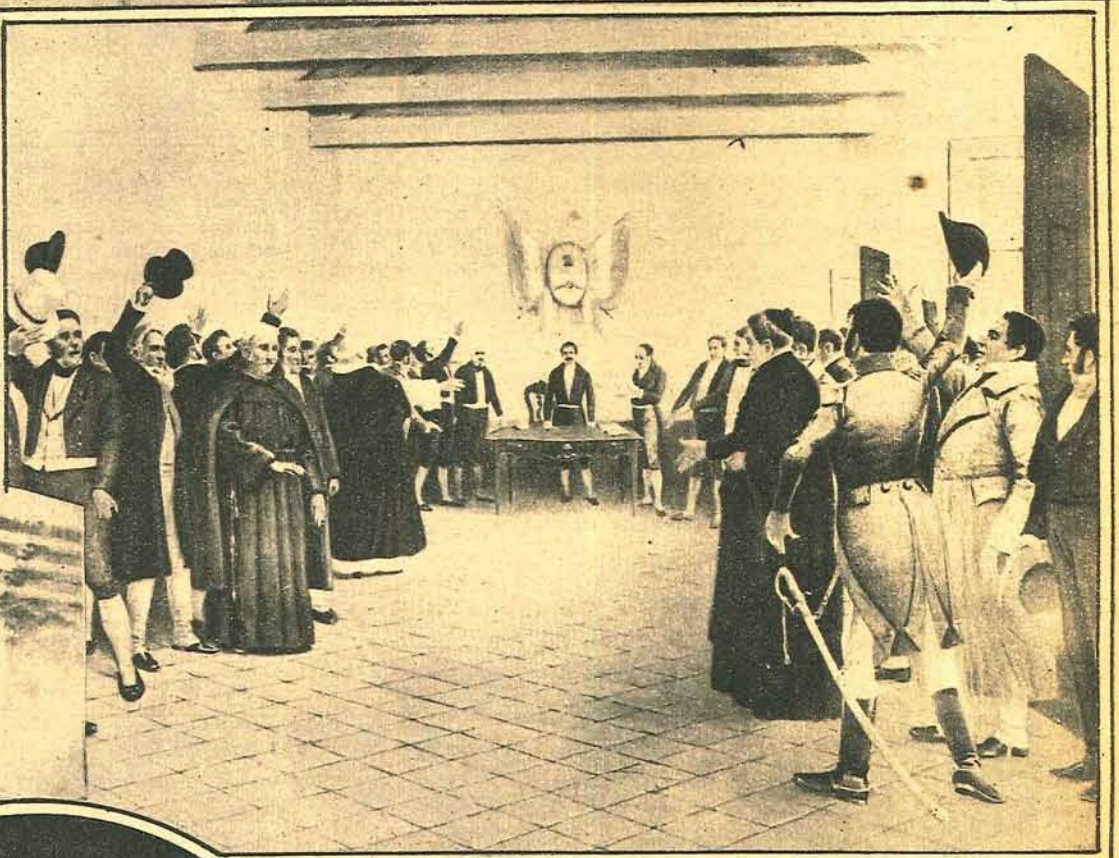
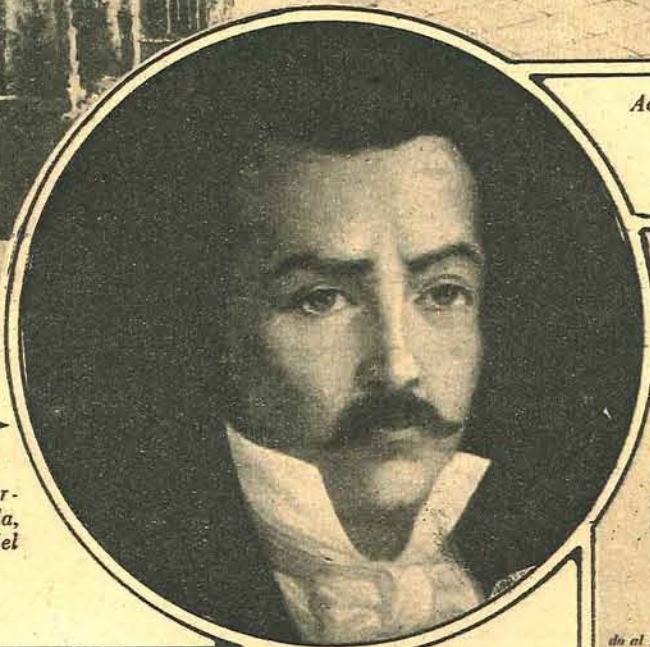
"El altar de la patria". Casa donde se juró la independencia por el Congreso de 1816.



Exterior de la histórica casa.



Francisco Narciso de Laprida, presidente del Congreso.



Acto de la Jura de la independencia, según una composición pictórica del artista Francisco Fortuny.

ACTA DE LA INDEPENDENCIA DE LOS PUEBLOS CONFEDERADOS DE LA REPUBLICA ARGENTINA.

Nos los Representantes de las Provincias Unidas en Sud América reunidos en Congreso General, invocando al Eterno que preside al universo, en el nombre y por la autoridad de los Pueblos que representamos, protestando al Cielo, a las naciones y hombres todos del globo la justicia que regula nuestros votos: declaramos solemnemente a la faz de la tierra, que es voluntad unánime e indubitable de estas Provincias romper los violentos yacidos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas, e investirse del alto carácter de una nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli. Quedan en consecuencia de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse las formas que exija la justicia, e inspire el espíritu de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas así lo publican, declaran y ratifican, comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sosten de esta su voluntad, bajo del seguro y garantía de sus vidas, honores y fama. — Comuníquese a quienes corresponda para su publicación, y en obsequio del respeto que se debe a las naciones, detállense en un Manifiesto los gravísimos fundamentos impulsivos de esta solemne declaración. — Dado en la Sala de sesiones, firmada de nuestra mano, sellada con el sello del Congreso, y refrendada por nuestros Diputados Secretarios.

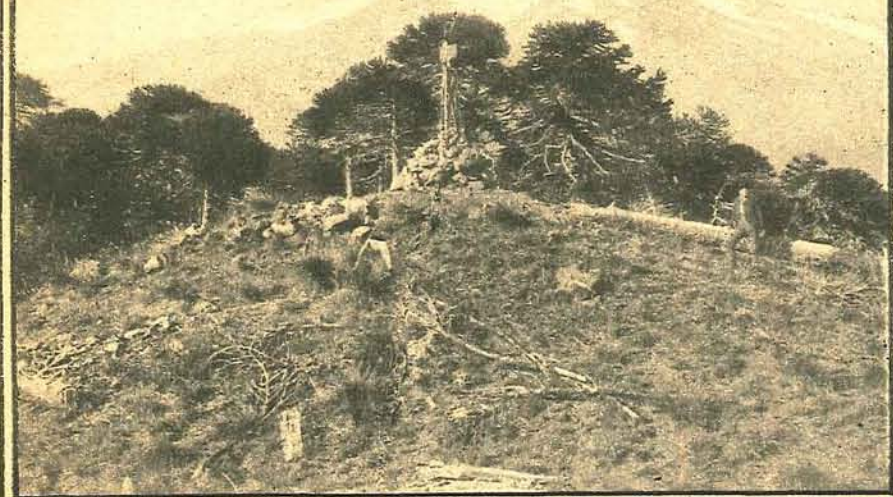
[Handwritten signatures and text from the original Act of Independence document]



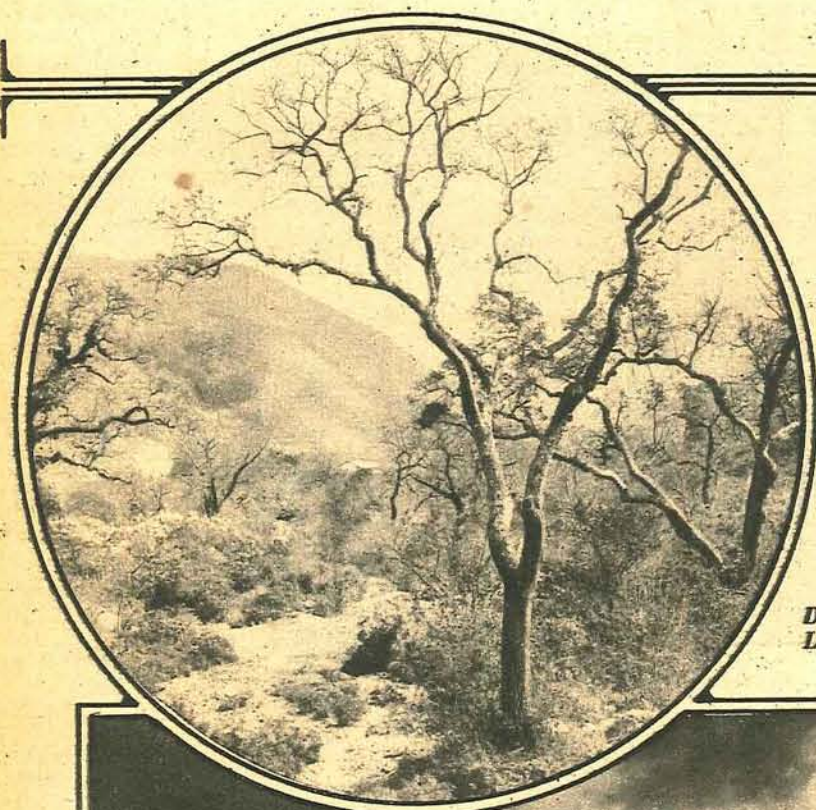
Sillones usados en la magna asamblea, que se conservan en el Museo Histórico Nacional.

Copia fotográfica del acta de la independencia.

Rincones argentinos



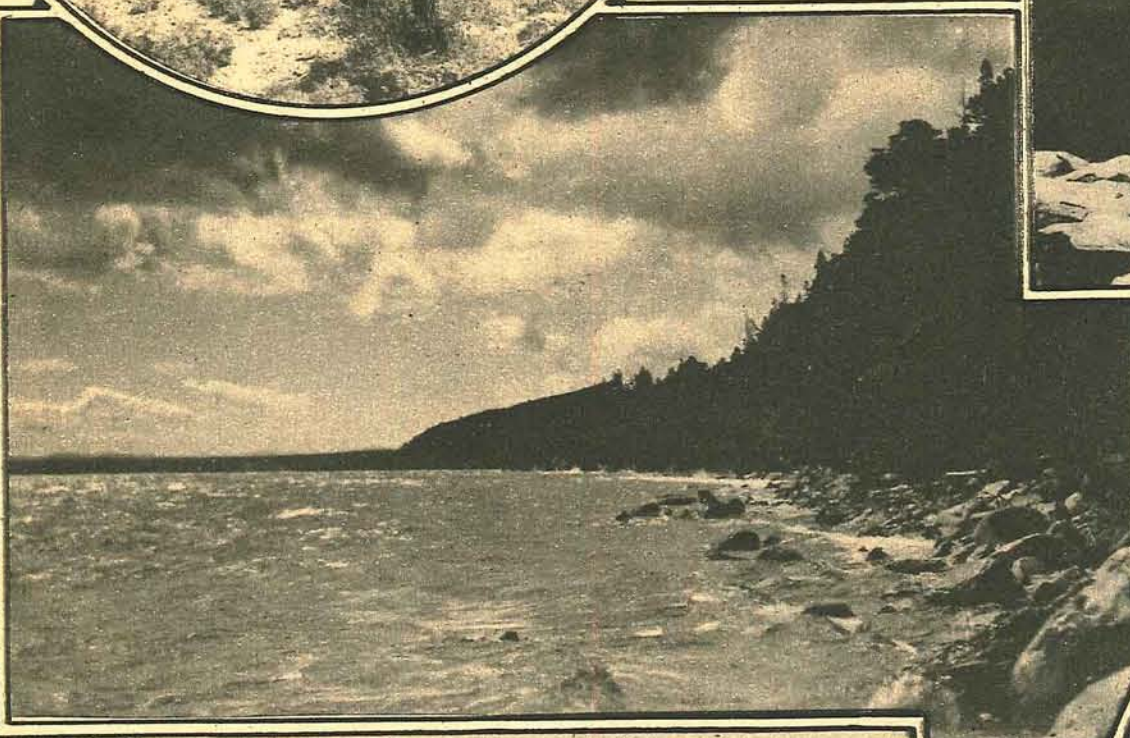
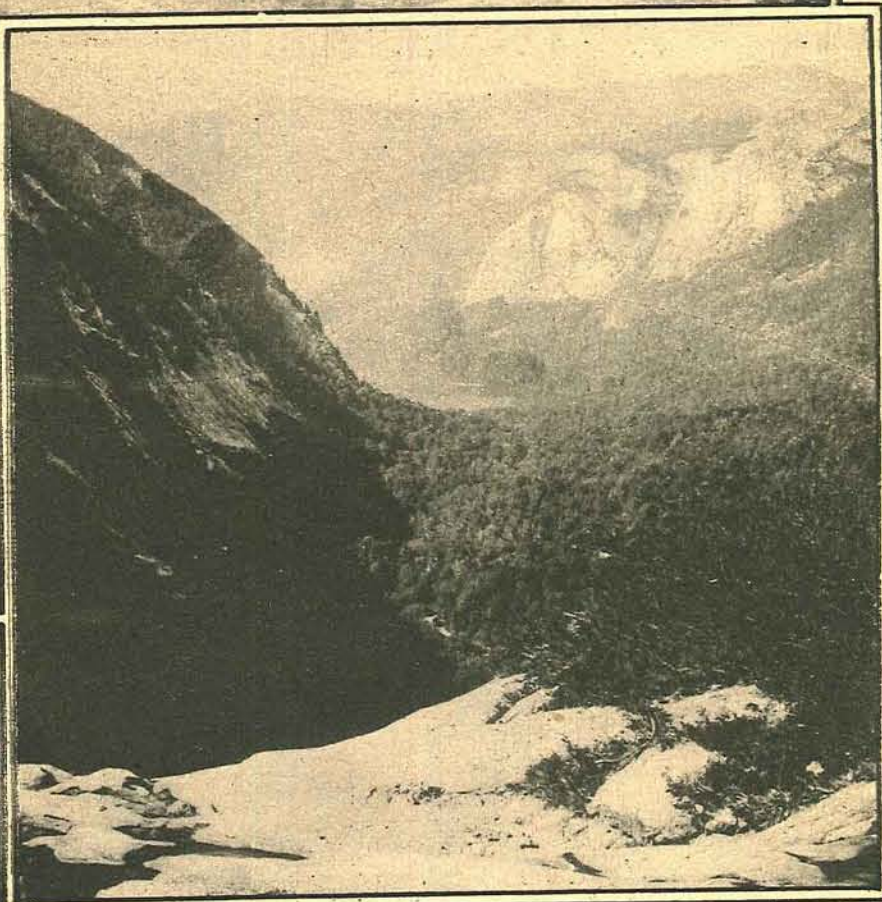
En el territorio de Los Andes. Hito cerca de Lacar.



Los característicos bañados que se encuentran en las proximidades de Resistencia. (Fotografía aérea, exclusiva de LA NACION.)



Detalle pintoresco en San Lorenzo, provincia de Salta.



El lago Frey, en el Neuquén.

Un atardecer en el lago Nahuel Huapi.



Paisaje de nieve sobre el río Grande, frente a la ciudad de Jujuy.



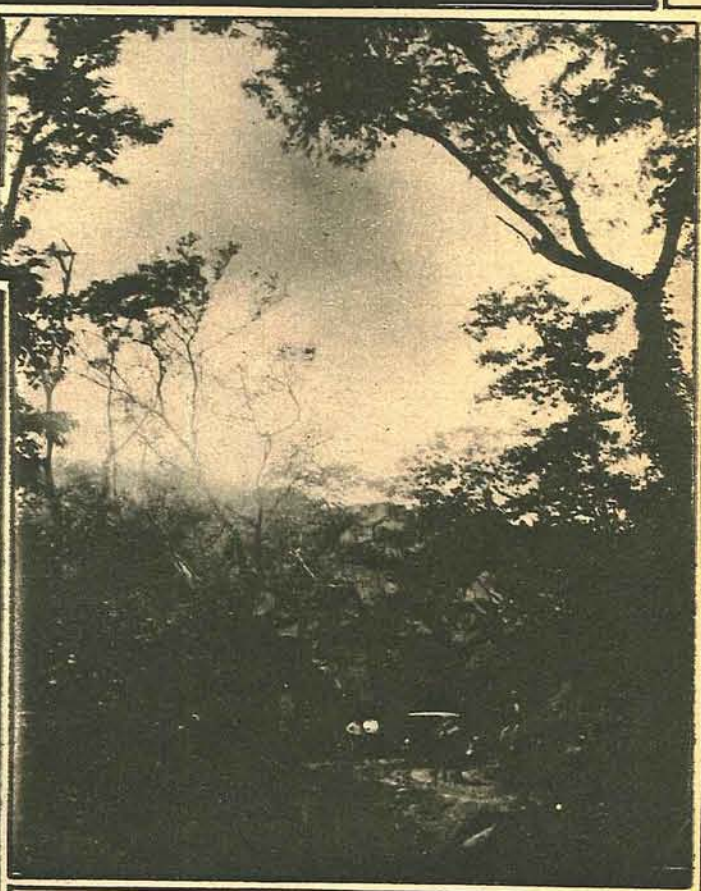
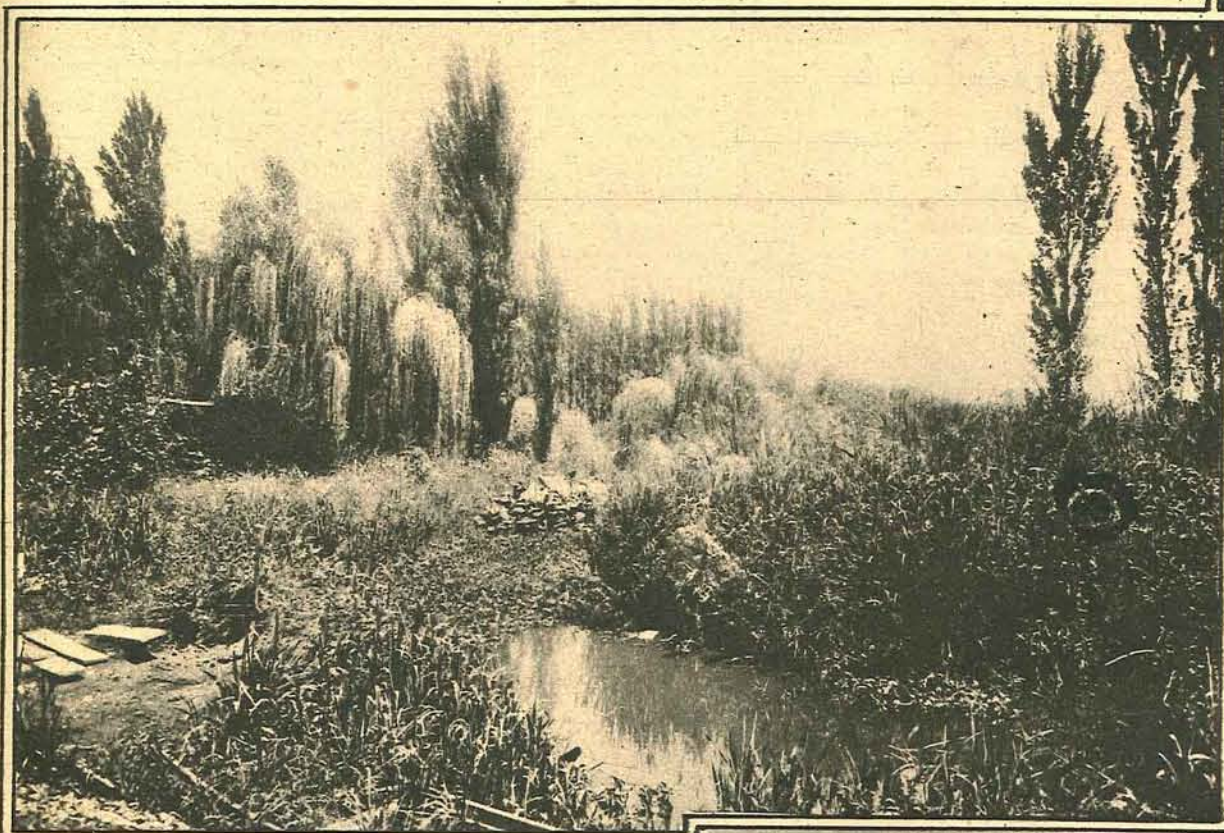
En Mina Clavero, Córdoba.



A Través del país

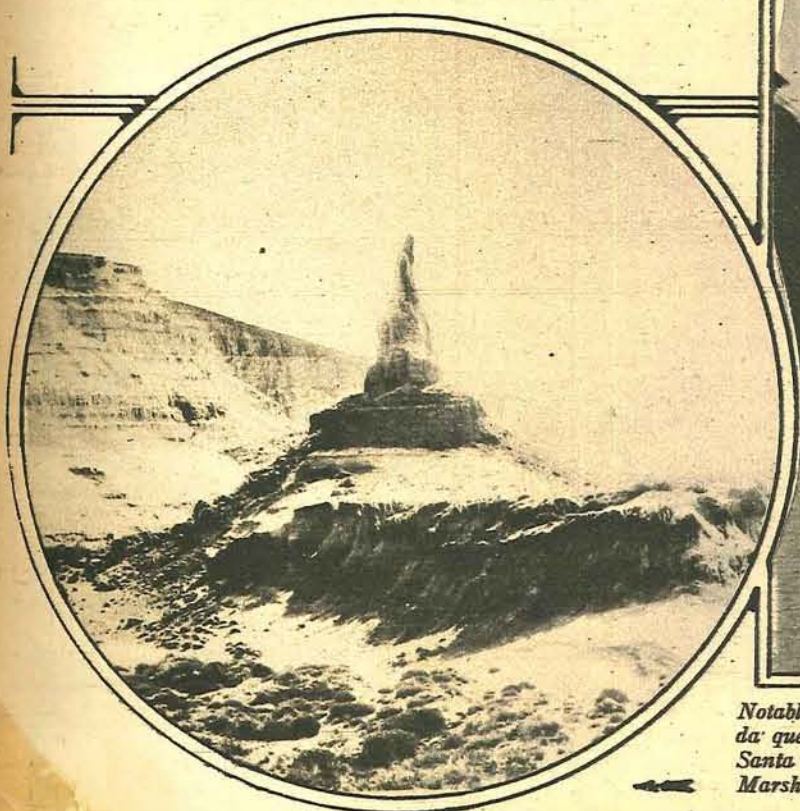


Las famosas cataratas del Iguazú. (Fotografía aérea especialmente obtenida para LA NACION por la Aeroposta Argentina.)

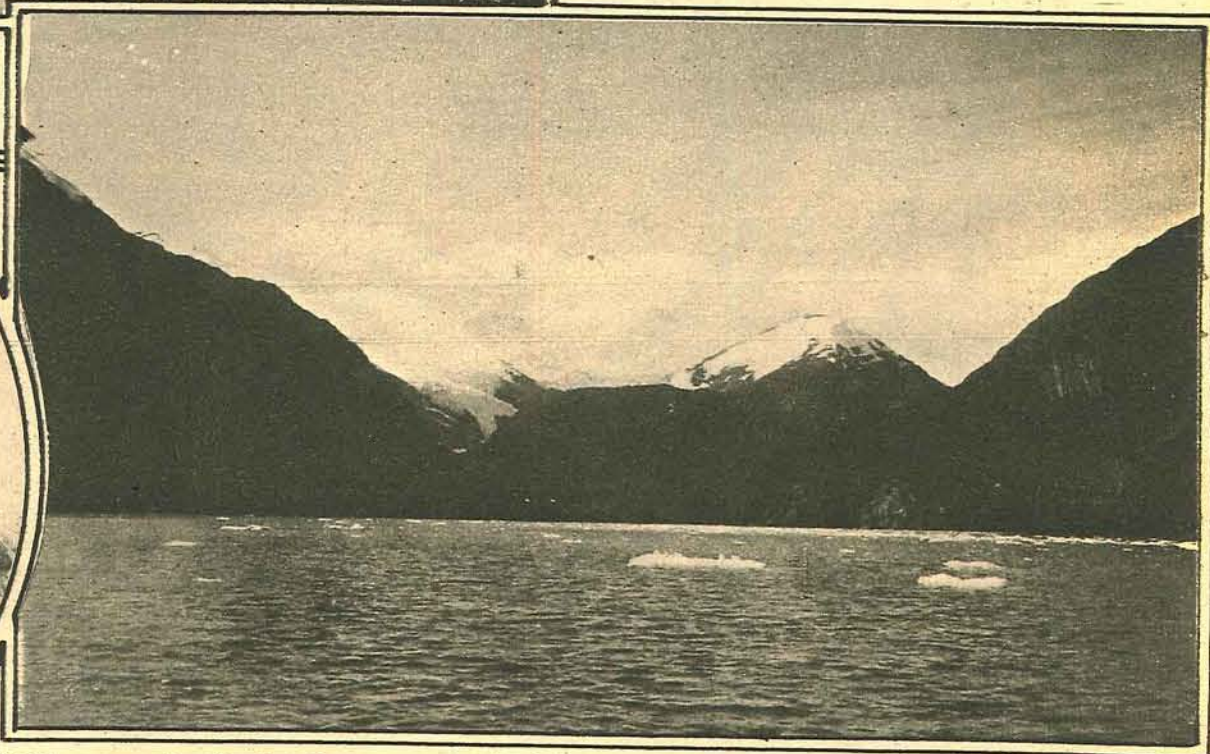


Vegetación "islera", característica de la región entrerriana.

Aspecto del camino que va desde Tartagal a las explotaciones petroleras de Zanja Honda, Santa Fe.



Notable monumento natural en la costa acantilada que hace frente al Atlántico, en Río Coyle, Santa Cruz. Fué descubierto por el capitán Marshall en una expedición científica realizada en 1925.



Bahía Garibaldi, Tierra del Fuego.

Tucumán, cuna de la Independencia



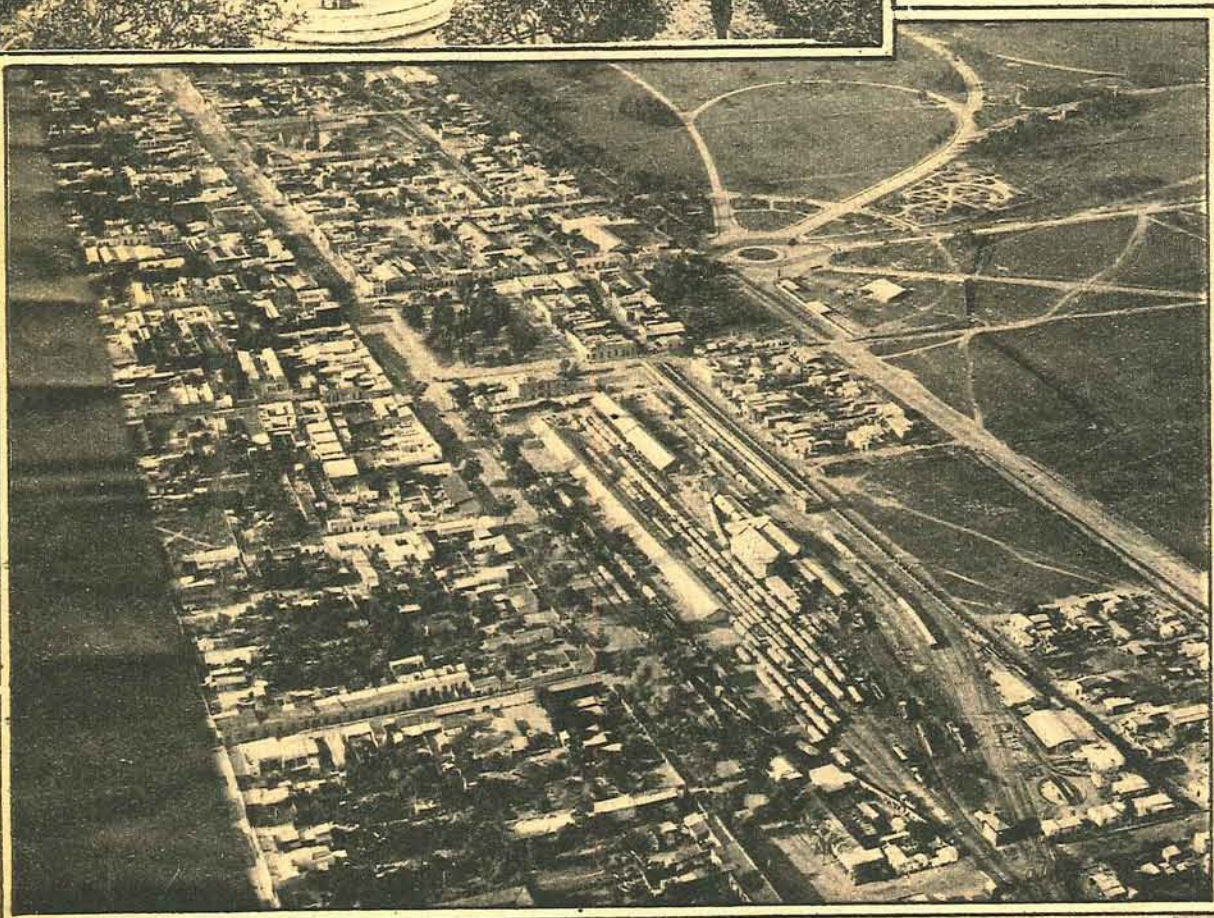
A pocos minutos de automóvil de Tucumán: Villa Nogués, situada sobre la montaña. Es uno de los sitios realmente pintorescos de la provincia. En el centro, estatua del gobernador Luis Nogués; a la izquierda, la casa de D. Juan Carlos Nogués; hacia el fondo, la de D. Sixto Terán.



La plaza Independencia, en la capital.



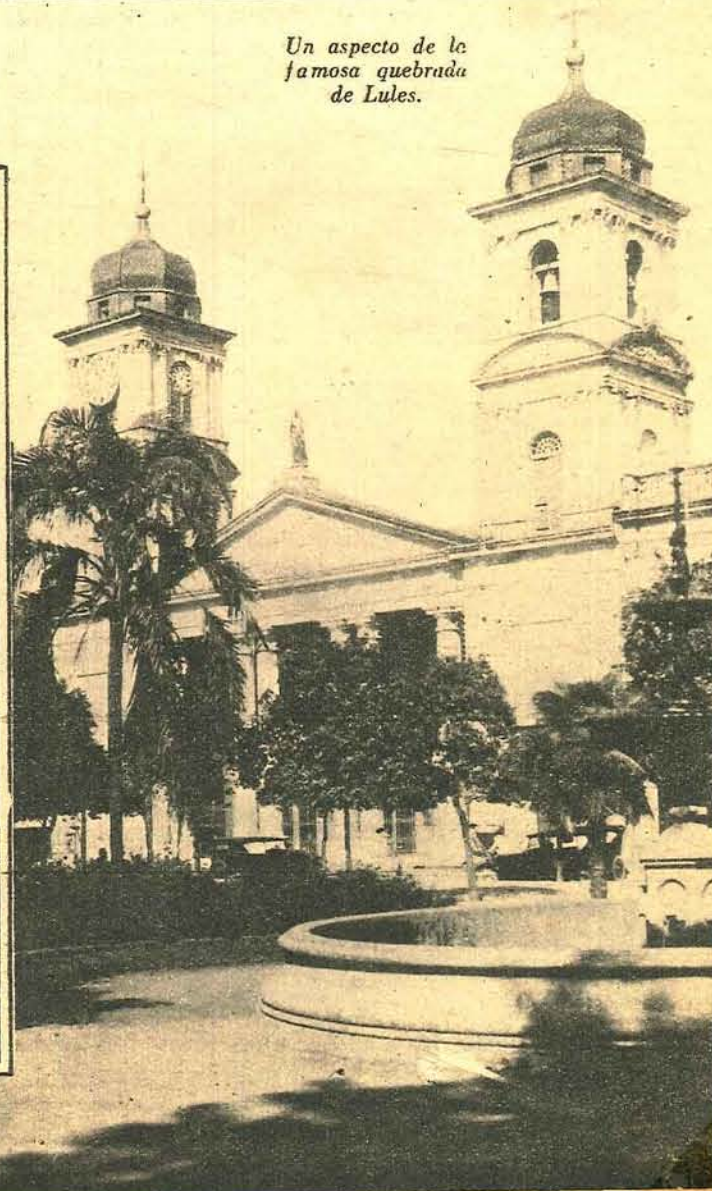
Un aspecto de la famosa quebrada de Lules.

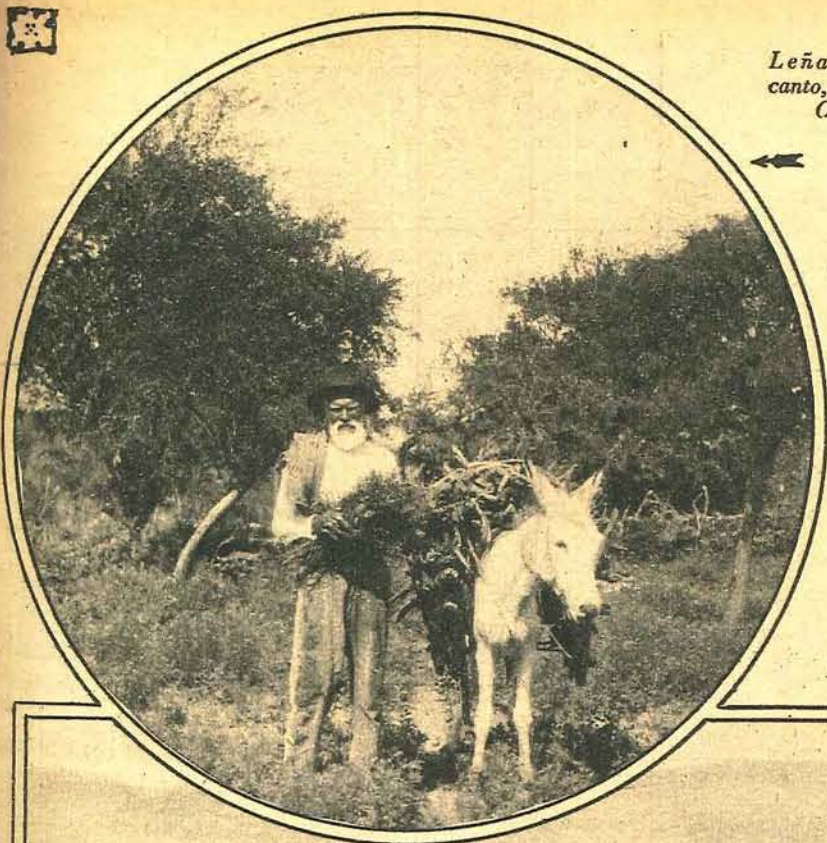


Vista aérea de una parte de la ciudad y del Parque 9 de Julio.



Catedral de Tucumán.

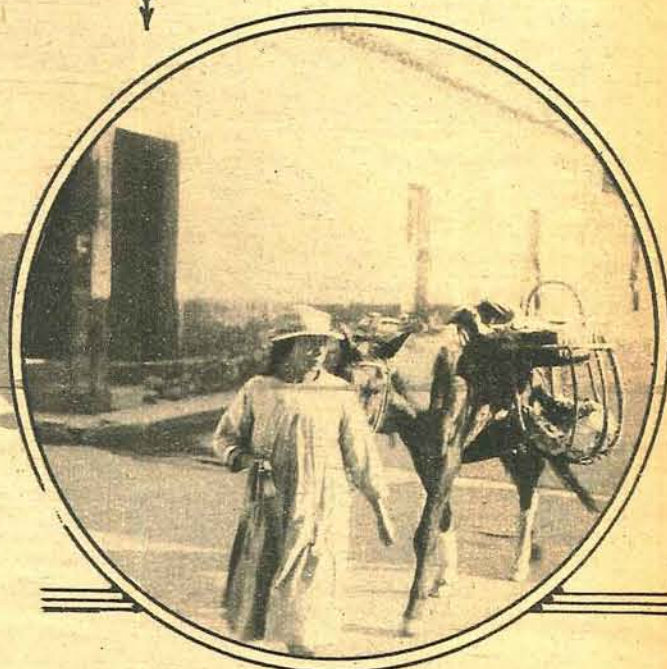




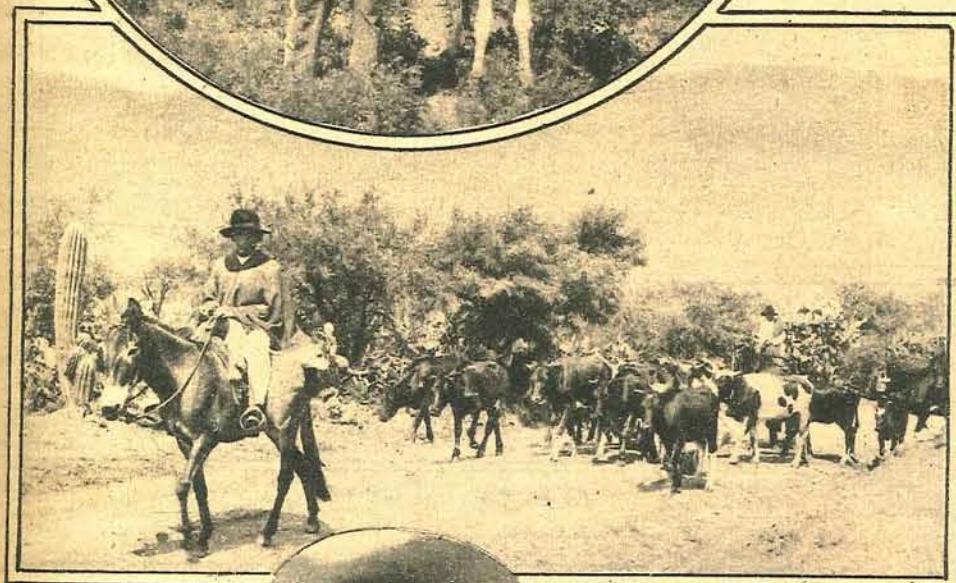
Leñador en Yacanto, Sierras de Córdoba.



De las calles de Jujuy: verdulera.



Vendedora de verdura, en Salta.



Arrieros en Portezuelo, Catamarca. Al fondo, la Sierra del Alto.



Tipo característico de Humahuaca, Jujuy.

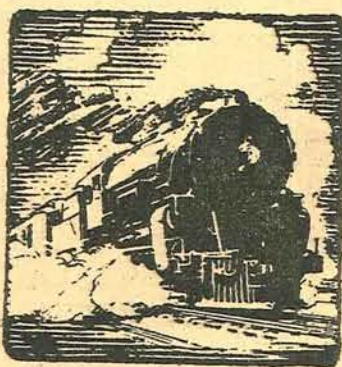


Personaje típico puntano: el correo a mula en las sierras.

AGUA MINERAL
DE MESA
PALAU
LA ÚNICA TERMAL



HOTEL - BALNEARIO - TERMAS
ROSARIO de la FRONTERA
Apertura de la temporada 1930



Las termas saluiferas por excelencia, donde hallará renovadas energias el organismo y descanso y distracción el espiritu. En el deseo de hacer mas comoda y doblemente agradable la estada en estos parajes de ensueño el edificio ha sido totalmente reconstruido aumentándolo con éllo su confort y suntuosidad.

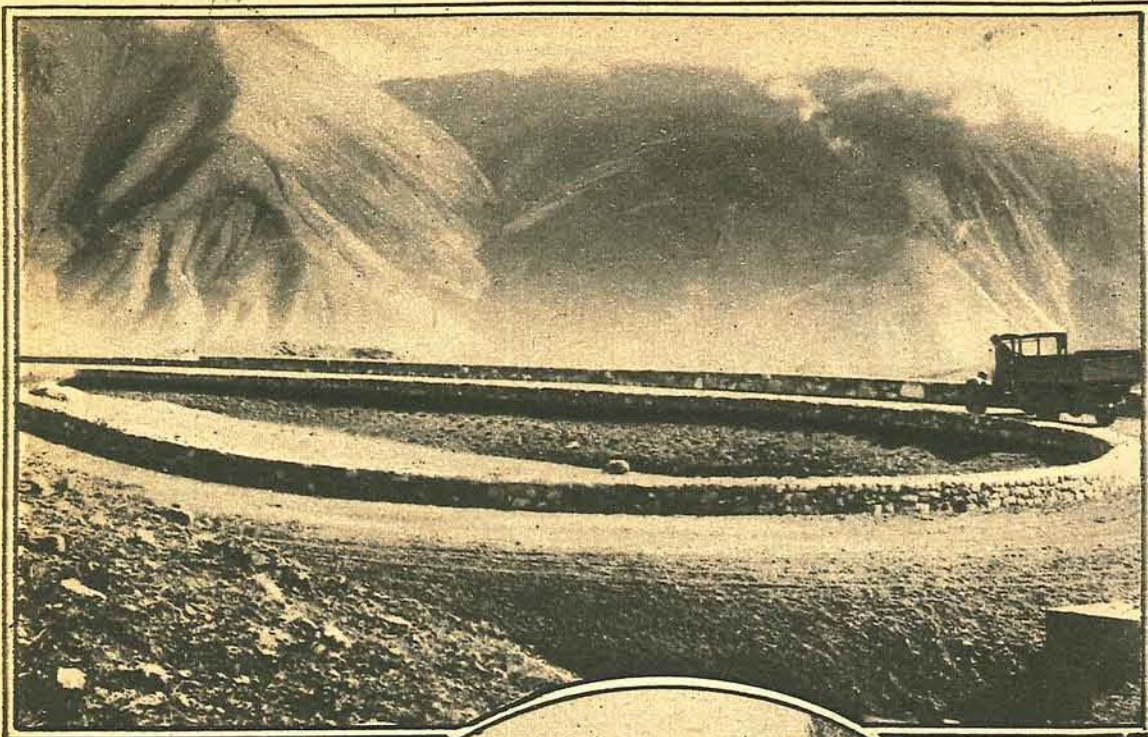
Cocina dietética especial. Agua caliente y fria en todas las habitaciones. Nuevos baños carbo-gaseosos y de vapor sulfuroso. Personal seleccionado.
Cinematógrafo · Golf · Tennis · Polo · Equitación
Natación en gran piscina de agua salada natural.

SERVICIO DE AEROPLANOS.

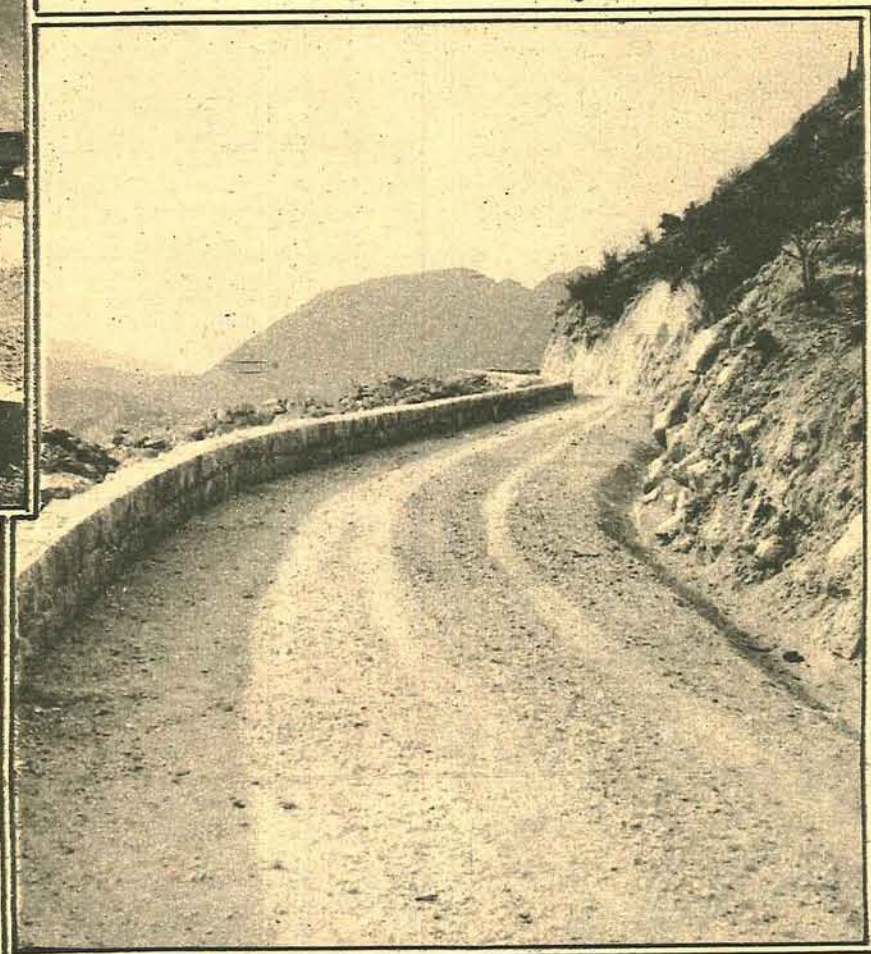
ADMINISTRACION

Florida 1001 U.T. Retiro 4137.
BUENOS AIRES

POD. ENTRE LA MONTAÑA Y EL LLANO



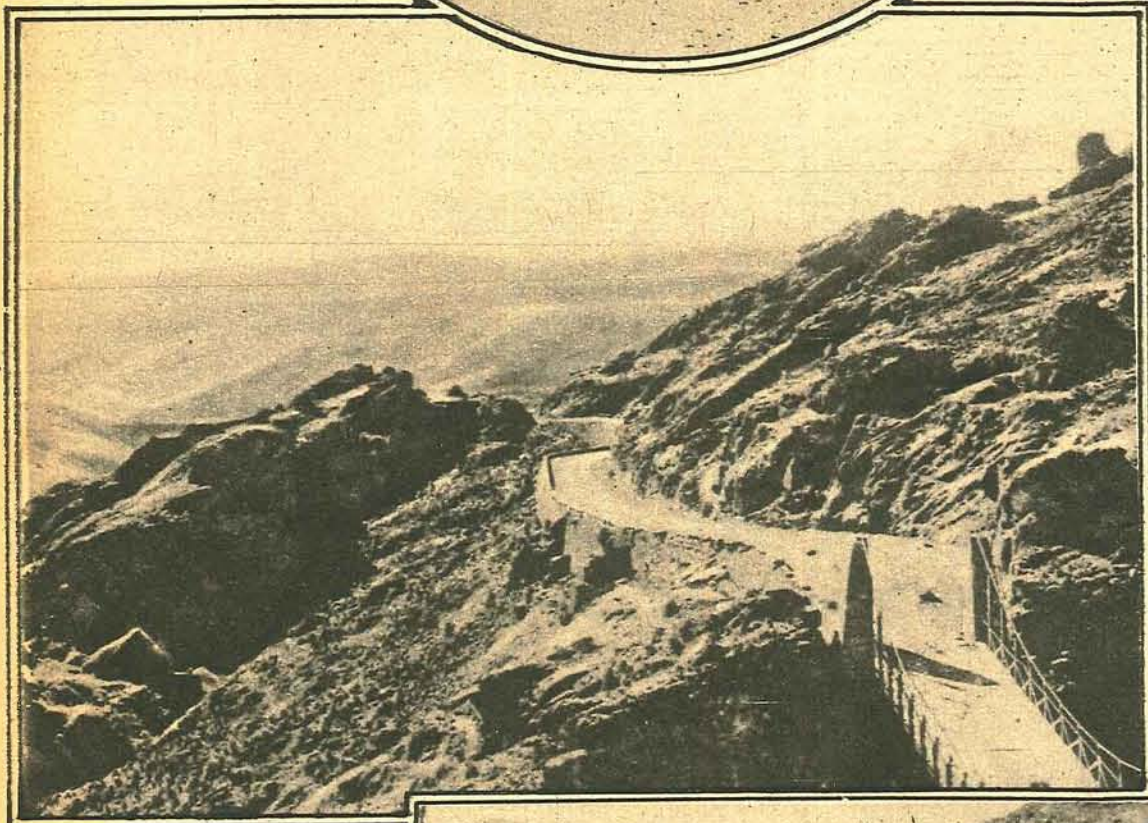
Camino en la Cuesta del Obispo, en Salta.



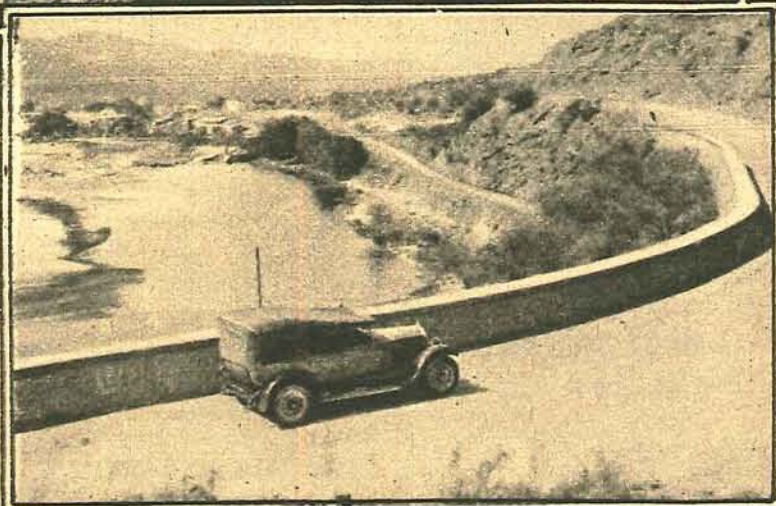
En La Rioja: camino a Pinchas.



Cerca de la Cordillera de los Andes. Carretera que lleva a la estancia de Uspallata.



Camino a La Cumbre, en las sierras de Córdoba.



De la región serrana cordobesa: Bialet Massé, cerca del dique San Roque.

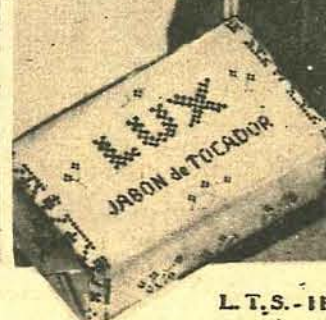
ESTE JABÓN TAN EXQUISITO ERA ANTES UN LUJO -



Un jabón tan delicado como una perla, tan fragante como una flor - el Jabón "LUX" de Tocador da a su cutis el cuidado esmerado y limpieza que solamente los más costosos jabones le han proporcionado hasta ahora. En todas partes del mundo las mujeres eligen este delicioso jabón marfil como su favorito - porque su sedosa espuma conserva su cutis tan maravillosamente suave. Pruebe una de estas exquisitas pastillas hoy.

50 centavos la pastilla

LEVER HERMANOS LIMITADA - ISHERALDA 70 - BUENOS AIRES

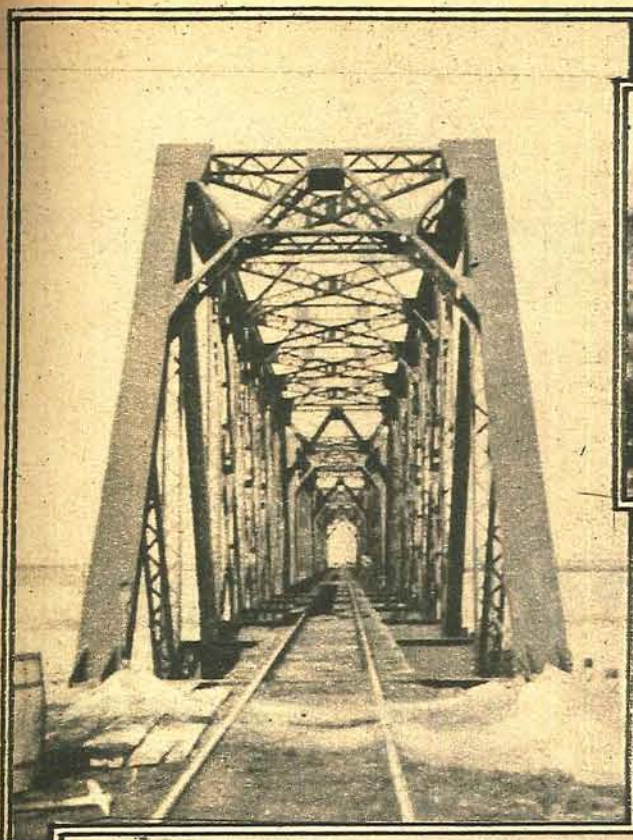


L. T. S. - II.

LUX JABÓN de TOCADOR

PASA LAS CANAS
COLORANTE ALSINA
Tonos perfectos y garantidos.
Preparación científica.
Dosificada prácticamente,
constituye una garantía sin
igual.
Para evitar falsificaciones,
exija la caja cerrada.
Caja \$ 7. Interior \$ 7.50
Aplicaciones y venta
MAIPÚ, 843
U. T. 31, Retiro, 0374

Para acortar las distancias



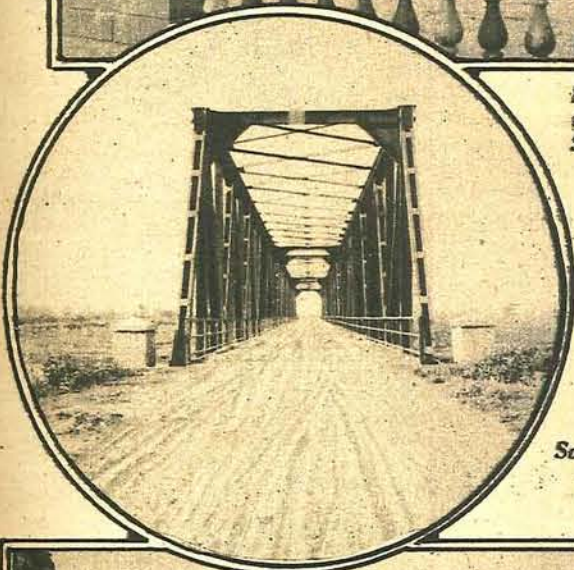
Puente sobre el arroyo Saladillo, provincia de Buenos Aires.



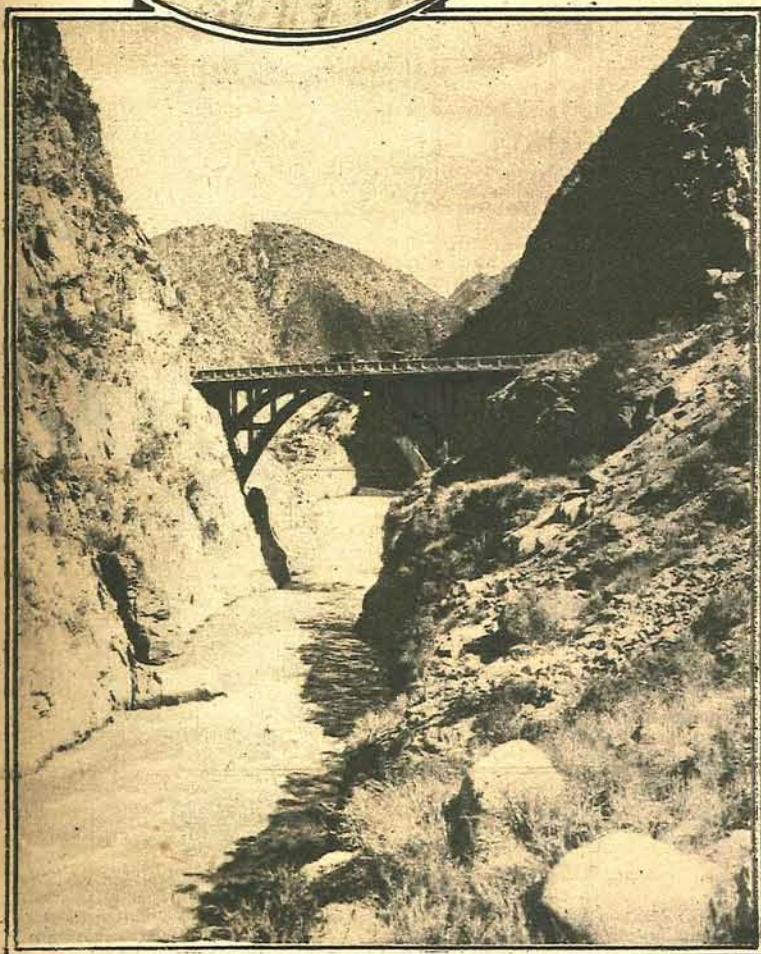
En Capilla del Monte, Córdoba.



El puente colgante sobre la laguna Setubal, Santa Fe.



Sobre el Romano, en Tucumán.



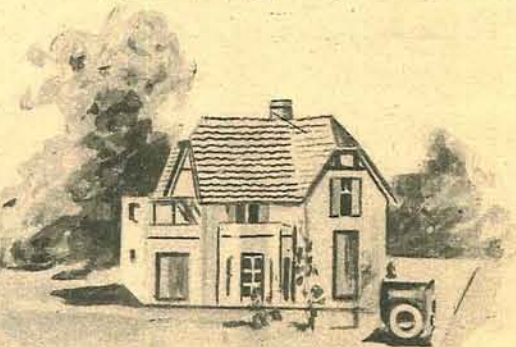
Puente Ingeniero Eduardo Devoto, en Cacheuta, provincia de Mendoza.



Todo hombre desea dejar a su esposa e hijos una entrada suficiente que los libre de sufrir penurias.

Lea lo que sigue. Le dirá cómo usted puede hacer eso, y otras cosas que usted desea.

Ud.
puede tener
las cosas que desea!



Tenemos un medio para proporcionarle cualquiera de estos anhelos

Lea la lista de algunas de las cosas que por Ud. podemos hacer. Es indudable que habrán de interesarle. Esta información se la haremos llegar a Ud. sin compromiso alguno de su parte.

Nosotros tenemos la convicción de que el seguro de vida significa encarar con optimismo la VIDA, en las circunstancias que hacen más agradable el vivir, en librarse de preocupaciones, en conseguir mayor éxito...

Llene el cupón agregado y tendrá la información necesaria, sin que ello signifique compromiso alguno para Ud. Envíelo HOY MISMO.

Ud. no tiene interés alguno en morir. A Ud. le desagrada pensar en ello. Ud. no desea que se le hable al respecto.

Su interés está en vivir. En el éxito. En conseguir lo que desea. En obtener el máximo de la vida, con las menores preocupaciones. Como la mayoría de nosotros, Ud. desea tranquilidad y felicidad para Ud. y su esposa y un buen porvenir para sus hijos.

La Continental

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

PARA CONSEGUIR CUALQUIERA DE ESTAS COSAS.....

MANDE ESTE CUPON

Aquí hay algunas de las cosas que le podemos proporcionar:
1.—Una capital a los 50, 55 ó 60 años.
2.—Ser realmente el propietario de su casa.
3.—Educar a sus hijos a su gusto.
4.—Tener reservas disponibles.
5.—Una renta mensual en caso de incapacidad.
6.—Dejar una renta garantida a su familia.
(Marque el punto o los puntos que más le interesen con una X).

Señor Jefe de Consultas:

Nombre

Dirección

Ciudad

Provincia

Fecha nacimiento.....

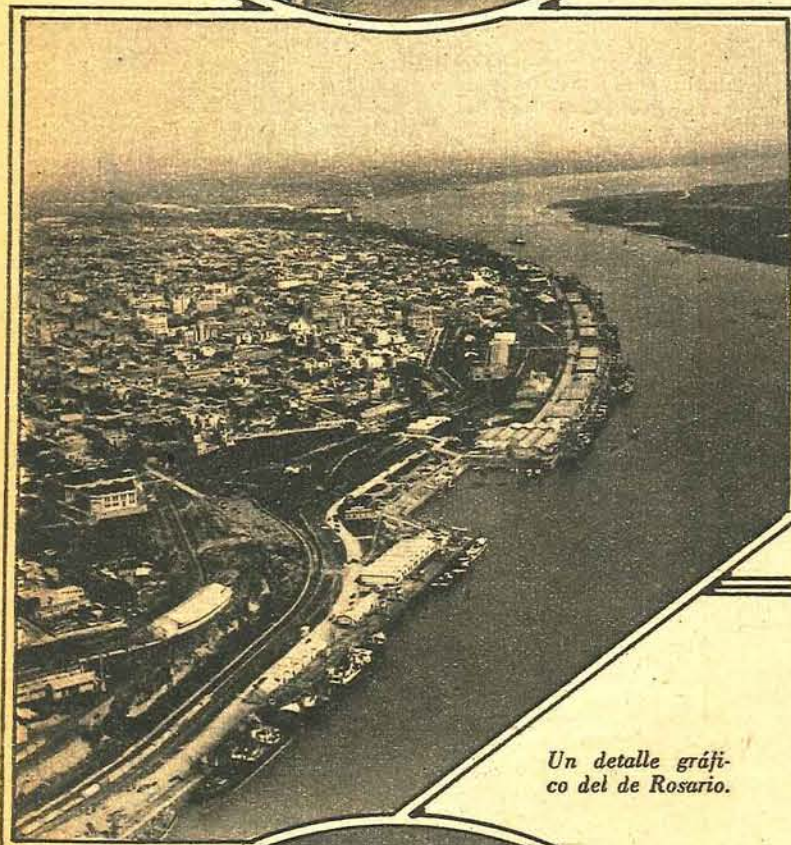
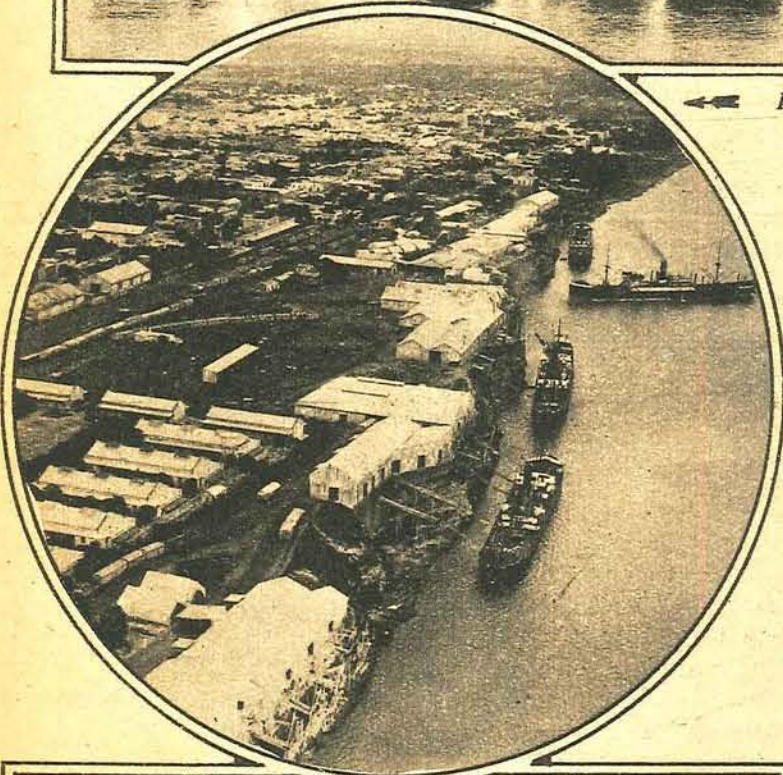
L. 6

Algunos de nuestros puertos



Fotografía aérea del puerto de San Nicolás.

Vista general del puerto de Corrientes.



Un detalle gráfico del de Rosario.

Comience hoy



No afectan el esmalte de las bañaderas ni la ropa.

Sus baños la refrescarán y harán que su cuerpo expulse toda grasa y toxinas. Su piel se reafirmará, se alisará, se librará de arrugas y se hará más suave. Usted dormirá mejor después de un baño Sarowal, y al despertarse se sentirá como si hubiera descansado una semana.

Resultados inmediatos

Pésese antes y después de su baño "Sarowal" y usted constatará que ha rebajado uno o dos kilos. Y pocas noches después cuando usted vuelva a agregar "Polvos para Baños Sarowal" al agua caliente de la bañadera, usted volverá a reducir su peso. Pronto tendrá usted el peso que corresponde a su estatura. Después bastará un baño por semana y usted conservará la línea sin guardar régimen en las comidas. No necesita hacer ejercicios. No necesita drogas ni medicinas. Nada más que un refrescante baño Sarowal en la intimidad de su hogar.

"Polvos para Baños Sarowal" y "Pomada Reductora Sarowal" se venden en las buenas farmacias. Si tiene alguna dificultad en conseguirlos, pídalos en:

Laboratorios Vindobona
Florida 8, piso 1º, Bs. As.
Farmacia Scanapico
Esmeralda y Tucumán
Gath y Chaves
Casa Central y Sucursales
S. A. G. A.
Perú y Avenida
En Montevideo:
Andes 1338, 2º piso

Perfumería Vislowna
Cabildo 1589
Farmacia Inglesa
Av. de Mayo 900
Casa Argentina Scherrer
Suipacha 171
Ciudad de México
Florida y Sarmiento
Farmacia Chialvo
Sarmiento y Talcahuano

Franco-Inglesa
Sarmiento y Florida
Perf. Oasis - Av. S. Martín 1717
y Cangallo 1180
En Rosario:
Farmacia R. J. Coll
San Luis 950
En Mendoza:
Lima 34
Tienda La Piedad
Cerrito y Cangallo

Farmacia Del Pueblo
Rivadavia 739
Farmacia González
Rivadavia y Centenera
Farm. Domínguez y Rosendo
C. Pellegrini y Lavalle
En La Plata:
Calle 7 esq. 47
En San Juan:
Casa Zárate - Laprida 619

Polvos
para
Baños y
Pomada
Reductora

SAROWAL

Elimine las

pecas, manchas y arrugas

con el tratamiento preferido por las actrices.

Usted puede, ahora, transformar su rostro. Crema de Oriente Vindobona le probará que debajo de la superficie marchita, pecosa o arrugada de su piel hay un cutis nuevo, blanco, claro y liso. Introduzca un poco de esa nueva clase de crema en su piel, todas las noches antes de acostarse. Ya a la mañana siguiente usted constatará en el espejo que la nueva belleza comienza a revelarse. Es vaso constructora. No levanta la piel. Sana las paspaduras y grietas en seguida de aplicada. Influyendo sobre las capas inferiores de la epidermis construye un nuevo cutis para usted. Un cutis blanco, transparente, suave y liso como el de una niña. Corrige las alteraciones pigmentarias de la piel. Por eso diluye las pecas y paños. Es de efectos tónicos y estimulantes. Por eso alisa las arrugas. Aclara la piel y elimina los barritos, la tez cetrina y la rojez. Es higiénica y la librará, por eso, de los granitos y acné. Es la más popular en el mundo teatral. La usan y la ponderan María Esther de Pomar, Amalia Senisterra, Evita Franco, Blanca Podestá y muchas actrices más. Médicos la recetan y miles de damas le deben la blancura y lozanía del cutis. Póngase usted también en tratamiento con Crema de Oriente Vindobona. Si no quedara usted conforme, le reembolsaremos íntegro el dinero gastado. Adquiera un pote hoy. Se vende en las buenas farmacias, tiendas y perfumerías, y en la sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida 8

Piso 1º

Buenos Aires



"Viendo con frecuencia los lindos potes de Crema de Oriente Vindobona en los camarines de mis más destacadas compañeras, me decidí a probarla. Desde entonces no uso otra crema, pues he constatado que quita rápidamente el efecto del sol de las playas y deja el cutis fino, liso y transparente."

Y. Murga



Un importante factor de bienestar para los ancianos.

Las personas de edad, cuyas funciones digestivo-asimilativas por lo general se realizan imperfectamente, encuentran en la Malta Palermo un elemento de positiva valía. Bebida natural de bondad debidamente apreciada a través de 1/4 de siglo de existencia, Malta Palermo es de inestimable mérito en la mesa del anciano; unas copas diarias entre comidas colaboran positivamente en la digestión y asimilación de los alimentos, a la vez de ser un vigorizante sin par, por sus notables propiedades estimulantes-tónicas naturales.



Malta
PALERMO

La ELEGANCIA FEMENINA

des cuellos importantes en piqué blanco; algunas, aunque muchas menos, en lencería; los tapados, largos y rectos; varios con capas. El modelo negro con capa de Paquin es uno de los más vistos. Los guantes para esa hora son blancos o negros; también marrón obscuro con medias en el mismo tono si el traje tiene algún toque de piel marrón.

Entre los trajes de noche que he visto últimamente he notado muchos en negro con joyas de brillantes: una cadena larga, pulseras, etc. Otros en crêpe azul celeste; el vestido en ese tono de Chanel se ha vendido mucho; varios en gris pálido con joyas en brillantes o brillantes y esmeraldas. Los detalles que más se señalan son: pocas flores, y éstas tipo camelia o gardenia, sobre los hombros. Con vestidos negros, muchas usan zapatos escotados en satén beige pálido, en vez de satén negro.

VESTIDOS SENCILLOS

Por ALICE D'ENNERY

PARIS, mayo de 1939.

El vestido de tweed se usa mucho para la mañana.

Con este vestido, sienta perfectamente la boina del mismo tejido. El uso del tweed-jersey, con guarniciones de piqué, es un capricho de la moda presente. Hemos visto modelos de tweed beige, castaño y azul; con adornos en el escote y en las bocamangas de piqué blanco, lo que resulta bonito y elegante.

Para uso diario es decisivo el triunfo del "sastre": nada más práctico que la falda, no larga, esto es cinco o seis centímetros por debajo de la rodilla. Ahora, dentro de esta categoría, claro está que existen modelos diferentes. Por esto parece equivocada la tendencia de algunas casas de costura a prolongar las faldas del "sastre" hasta confundirlas con las de vestir.

Ciertamente que en este asunto de las faldas largas hemos llegado ya a la exageración. Empeñadas en alargarlas, hay casas que ya han ideado y aun lanzado faldas con verdadera cola, arrastrante. Afortunadamente, esto sólo se arraiga en los trajes para la noche y de etiqueta. Para diario repetimos que no es concebible la admisión de la cola; cuando más habrá alguna excéntrica que para llamar la atención salga a la calle con falda hasta tocar el suelo.

Veamos el "sastre". Se usan con chaquetillas cortas: sobre todo suprimase el tres-cuartos. Nada de chaquetilla severa cuando se trata de jóvenes; tampoco chaquetilla ajustada, sino recta, apenas con insinuación de las caderas. Falda con pliegues, aunque, si se desea, también es admisible el corte con vuelo: en tal caso también se puede usar el tejido de paño o de reps. Para obtener efectos de vuelo sirven perfectamente los godets o las tablas pequeñas, estrechas, que se abren sólo en la parte baja de la falda.

Si queremos vestir algo más, siempre dentro de lo diario, podemos usar los tejidos de crêpe de Chine moteados o estampados con florecillas. Mejor que el fondo negro úsanse los de color castaño, azul o verde



DIBUJOS DE
PIERRE FOSSEY



obscurito; pero en tales casos conviene el escote mediante adornos blancos o de color claro que armonicen con el fondo de la tela. También pueden usarse en esta temporada los pliegados aplastados con plancha. De todas maneras, lo esencial es que el conjunto sea sobrio y sencillo, evitando todo lo que pueda sobrecargar o hacer pesada la silueta.

Generalmente ya no se emplean los crêpes de Chine pesados, ni de satén; se usan las muselinas, crêpe georgette y tul, y en algunas circunstancias (más serias) el muaré. Ha vuelto el uso de una flor en el pecho y un lacito en el hombro.

VESTIDOS Y TAPADOS DE NOCHE

SEGUN las últimas noticias que nos llegan de París, los vestidos de noche que más se usan son en encaje y "chiffon", como ellos están en plena primavera, casi todo el "chiffon" es "imprimé". Los encajes son en tipo Chantilly, como el modelo de Lanvin, o en clases más cubiertas. Los colores preferidos son el blanco y el negro, luego azul, rosa o verde, muy claros los tres. He visto algunos modelos en "taffetas" floreado; tuvo mucho éxito uno de Lelong tableado, en "taffetas" blanco. Los tules son más abiertos y más tiesos. Todos los vestidos de noche de Chanel tienen echarpes haciendo juego. Un modelo de Patou en "georgette" en tul verde "degradé", se usa con guantes largos verdes claros.

Se ve bastante satén y mucho "georgette" y "crêpe de Chine". Para las grandes ocasiones algunos trajes "pailleté". Chanel tiene un modelo en ese estilo, en verde alfalfa.

Muchas cabezas tienen melenas muy largas que pretenden ser rodetes y se peinan con bucles o grupos de rulos. La Marquesa de San Carlos llevaba un vestido en tul negro de Chanel y capa muy corta en terciopelo rojo, un gran collar en cubos de cristal resplandeciente en diferentes colores que era también de Chanel.

Los tapados de noche son muy cortos, como conviene a los vestidos largos, aunque no son muy prácticos con las noches frías. Lelong ha compuesto preciosos saquitos y capas en armiño. Quedan excepcionalmente bien con vestidos en "taffetas" negro, que están a la última moda, siendo muy sensatores.

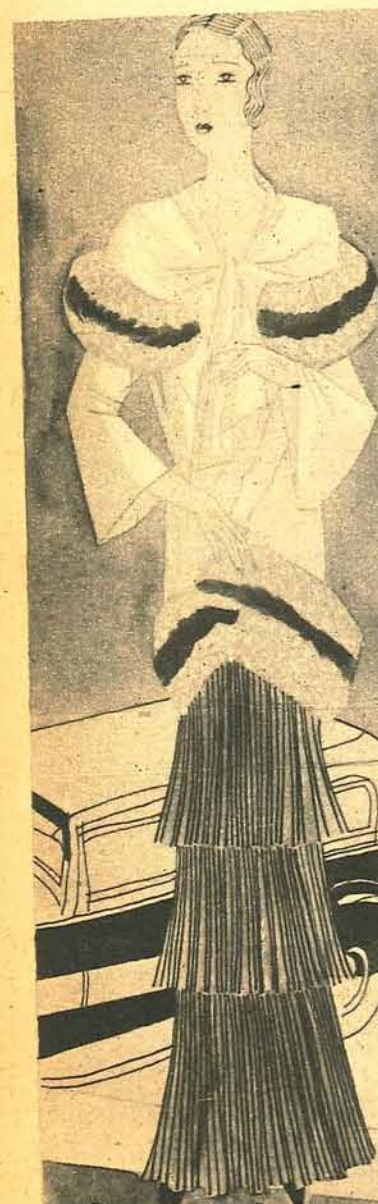
Modelo de dos piezas de Lanvin, en crêpe verde con godets en la falda y pespunte en el cuerpo del vestido. Conjunto de Chanel con tapado negro y vestido con cuello y puños en piqué

Tapado de Louise Boulanger, en muaré azul real. Vestido en tul blanco



Vestido de Louise Boulanger, en crêpe marrón pointillé blanco. Cuello drapé griego. Conjunto de Vionnet, en crêpe azul; saco negro con capa y reverso azul

Conjunto de Louise Boulanger: tapado en satén rosa té con zorro azul. Vestido en tul negro con tres volados



LA ULTIMA COLECCIÓN DE PATOU

LA nueva colección de Patou sigue las líneas generales a las cuales ya nos vamos acostumbrando. Anunció que sería una colección para viaje; trajes sencillos, de precios más moderados; "que estaban al alcance de un presupuesto de niña".

Madeleine Vionnet ha tomado igualmente en cuenta la mala situación financiera por la cual atraviesa el mundo, pues anuncia en su programa que los precios comienzan en una cifra muy baja.

Después de pasar los trajes de playa, siguieron los modelos tailleur en dos tipos: sacos semiajustados y con tabloncillos. Anchos de hombros, se llevaban con sombreros cloche con ala y adorno sencillo. Las faldas no tenían tablas, sino alforzas anchas verticales, que abrían a algunos centímetros del ruedo. Las blusas, encantadoras: en lencería o en crêpe de Chine blanca o en colores pálidos. Las telas de los trajes eran lanas finas. Los zapatos forma oxford, en color marrón rojizo obscuro.

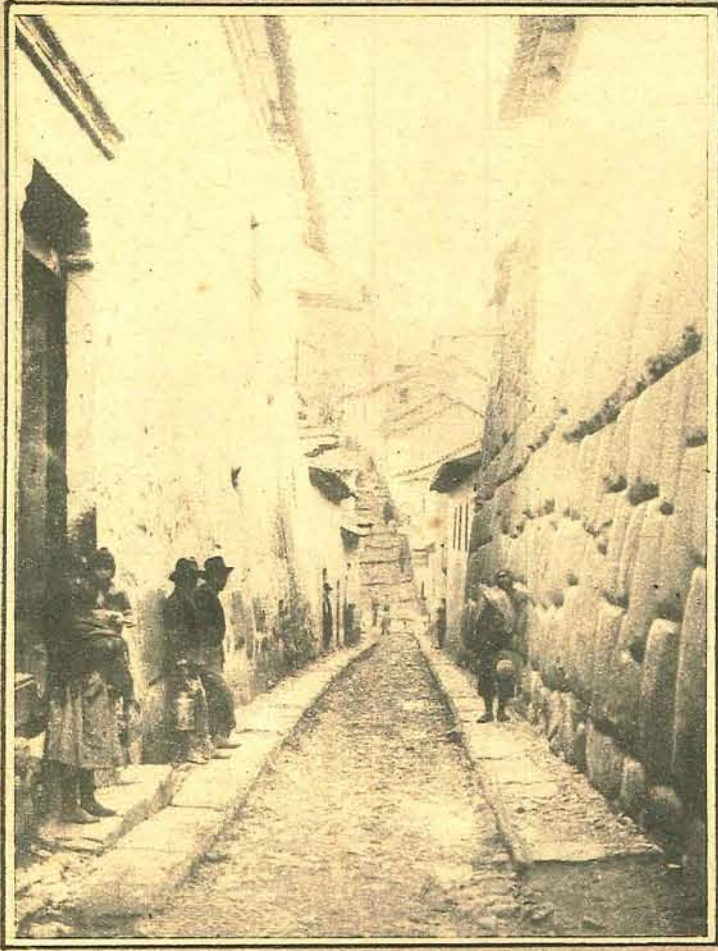
Los tapados, tres cuartos y largos. Los tapados largos tenían en la espalda tabloncillos hondos pespunteados. Algunos eran sin piel. Muchos conjuntos en dos tonos; el tapado negro o azul. Un modelo en crêpe verde pálido tenía una blusa túnica larga sobre una falda negra, que dejaba ver unos centímetros de ruedo, debajo de un saco negro con capa. Los vestidos con tapados tres cuartos son ablusados en la espalda, con cinturón en el talle, cadera lisa y tabloncillos chatos y anchos en la falda, con cuellos y puños en lencería o en piqué.

Los sweaters, que no se abandonan aunque se usen para sport casi exclusivamente, tienen rayas angostas en colores alrededor de las caderas. Había mangas de todos tamaños: largas, tres cuartos, medias mangas y un cuarto.

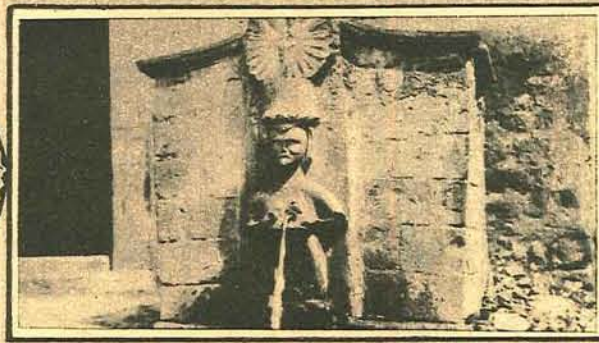
Un vestido de noche en chiffon rosa nacarado llamó la atención por su belleza sencilla, lo mismo que otro en tul negro con saquito cortado estilo sastre y falda en piezas, plissé en abanico, cayendo todo alrededor.

Los colores que predominaban eran: azul marino, azul bluet y claro; los tonos pastel: rosa, verde y amarillo, beige, agrisado y mastic, un verde fuerte y el negro.

El negro no da señales de perder su favor. En los almuerzos en el Ritz, muchas elegantes vestían en ese color con gran



Cuzco: Típica cuesta de San Blas



Cuzco: Fuente de piedra



Cuzco: Una india garbosa

ESTAMPAS DEL CUZCO

LAS CALLES—

EMPINADAS y estrechas como un anhelo, las calles del Cuzco tienen también la rugosidad de las ansias largo tiempo insatisfechas. Tocando ambas paredes con la punta de los dedos, pulsando las cuerdas de los siglos tensas en la eternidad de las piedras incásicas, puede caminar el Futuro al compás de gloriosas tradiciones. San Blas, Miracalcetas, Huaynapata, Atocsaycuchi presentan sus caminos ascendentes como brillantes sables desnudos en honor de los tiempos.

El viajero allí, bajo los aleros que avanzan sus cejas protectoras, camina envuelto en recuerdos y esperanzas, devanando abstraído la emoción de sentirse hombre de dos épocas fabulosas, del Mañana y el Ayer.

LA MARIA ANGOLA—

LA ciudad milenaria tiene voz de soprano. De soprano dramática, que al viento serrano la cabellera en llamas, lanza su himno rotundo y prodigioso. La María Angola — campana de oro — saluda desde su torre a la mañana, al día y a la noche con la fidelidad y la jocundia de una eterna adolescente. Cual las púberes canéforas del verso de Rubén, brinda al viajero la leche y la miel de su sonido e infiltra el ambiente, desde Sacsayhuamán hasta Puquín, del frescor de su canción prístina.

LA FUENTE—

NO hace muchos años, en un típico rincón propicio a la belleza, dentro de una perspectiva de términos suaves y precisos, una fuente de piedra pegada al muro lanzaba un doble hilillo de agua hacia la ciudad. Era una mujer que se exprimía maternal los senos ubérrimos ofrendando su linfa clara y ligera. Hoy esa mujer, que era un símbolo de honradez y generosidad, se ha echado por la calle del medio. Allí la hemos visto, tras la puerta de la Universidad deshabitada, ofreciendo procaz sus senos ya flácidos y estériles, como una clandestina que se

oculta en los zaguanes. ¿Qué hacen las sociedades de moralidad que no regeneran a esa pobre extraviada?

EL PULPITO DE SAN BLAS—

EL pulpito famoso de San Blas, con su filigrana de madera, es como la gola de encaje de una época intermedia. Churriguerismo, Góngora, odores y encomenderos. Todo endeble y recargado, sin la grandiosidad granítica de lo incaico, sin la castellana severidad de línea de la Catedral. Obra paciente de florentinos anagógicos, cien capítulos de libros tallados en un tronco. Letra menuda, con la perfección del detalle minúsculo y el descuido consciente de lo grande. Reflejo y muestra única de una época que felizmente no ha mancillado la página gloriosa y apergaminada de la tradición genuina.

EL BARRIO NUEVO—

COMO una planta parásita en el tronco rugoso y legendario, ha crecido el barrio nuevo de la Avenida Pardo. Es también como un ramillete de florecillas azules puesto en el noble ojal del Arco de Andrés. La vieja ciudad tiene la coquetería de una dama empolvada, que no desdeña el adorno moderno y brillante que contrasta con la austeridad de su traje cortesano.

UNA MUCHACHA—

LEVA el nombre de Mercedes. No tiene la arrogancia, en verdad un poco tosca, de Teresa la Bien Plantada que creó Eugenio d'Ors para símbolo de Cataluña. Pero también es ella un símbolo. El símbolo del Cuzco. Las crenchas endrinadas, peinadas hacia atrás, el perfil aguileño, los ojos negros y buidos, el cuerpo esbelto y alto el pecho, es la encarnación del espíritu valiente y ático de la ciudad. Con la seguridad de su valer, camina firmemente como caminarían las estatuas griegas. En reposo, se cubre con el manto de la admiración que inspira. Y cuando pone las manos sobre su traje oscuro, remeda con sus dedos afilados diez versos luminosos escritos en la noche.



PERLAS EVAX

Las damas que conocen el secreto de alhajarse bien, buscan en Creaciones Montseny el modelo que ha de darles individualidad a su tocado. Finas... Elegantes... Nuevas... Las más delicadas joyas que el artista crea y el artífice realiza.

B. 8, \$ 50.—. El collar es de oriente delicado. El broche es fino; platino, oro 18 kilates, diamantes y zafiros.

Somos
Concesionarios
ÚNICOS
de las
PERLAS
EVAX.

Solicite Catálogo,
que enviamos
Gratis al interior.



O. 230, \$ 25.—. Aros gancho de oro, con rica perla EVAX "oeuf", con atrayente filigrana de brillantes EVAX.



A. 346, \$ 35.—. Fino modelo de anillo oro 18 kilates, con perla, zafiros y brillantitos EVAX.



E. 436, \$ 29.—. Prendedor "Plaque", novedoso estilo. Con brillantes, zafiros y perla EVAX.

Creaciones
Montseny

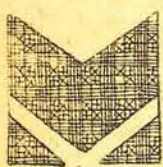
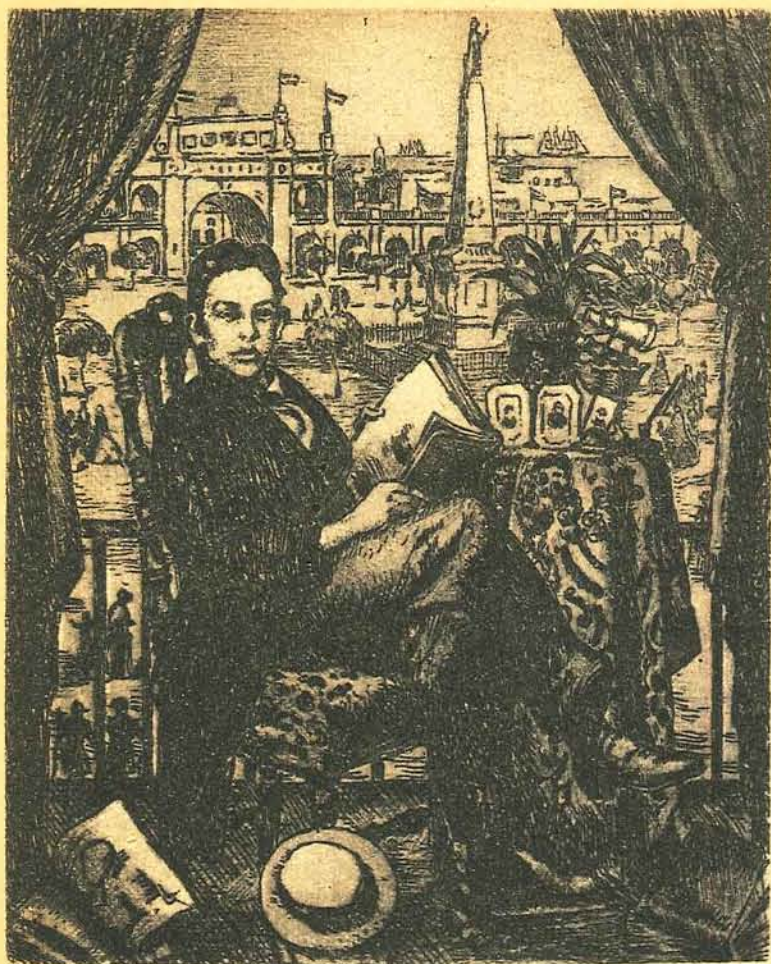
ANEXO
GALERIA GUENES

CENTRAL
CORRIENTES 789

LUIS DE LA JARA

REVISION DE VALORES MIGUEL CANE

Por
AGUSTIN
RIVERO
ASTENGO



MIGUEL CANE, que en la turbia hora argentina que le tocó vivir fué un claro designio, no ha escapado, por ello, al olvido.

Si los hombres de su edad y de su medio apreciaron las grandes prendas de su carácter y de su inteligencia, no advirtieron, empero—cada época tiene sus pupilas—, todo el valor de su personalidad compleja y refinada.

Impopular en razón de la misma aristocracia de su producción, fué fruto exótico; un espíritu un tanto inverosímil en estas latitudes de América.

Han bastado, felizmente, los veinticinco años transcurridos desde su muerte, para que con la natural mudanza de la conciencia argentina—enriquecida desde principios de siglo por aportes del espíritu universal—la figura del ático maestro se destaque, con nueva elegancia, en nuestro pequeño teatro intelectual.

Después del olvido en que cayó—baño de prueba al que a veces apela la posteridad para aquilatar valores—nos es dable apreciar, decimos, su prosa sabrosa y cáustica, llena de sugerencias y matices; percibir los contornos de su obra, los itinerarios de su alma ardiente y contenida y la errabundez de su espíritu, perdido en los laberintos de la conciencia de su tiempo. Conciencia caótica, con los fuegos de la fe apagados, aturrida por el análisis.

Poeta viajero, lector voraz, haciendo periodismo se mantuvo escritor, porque al comentario superficial supo añadir un fondo severo de meditación. Su cultura enciclopédica en un principio, hácese escéptica y resignada después.

Creía en Voltaire, en el positivismo, pero desde el fondo de su corazón se alzaba para inquietarlo como un ángel, la tradición religiosa.

Escribió preferentemente ensayos de múltiple tema, en los cuales se distingue el paso y entrecruce de corrientes de pensamiento contradictorias entre sí. Vivió fluctuando, perdiendo la huella a cada paso, como casi todos los hombres de su generación.

Con José María Gutiérrez y otros espíritus avanzados de entonces funda en Buenos Aires el Club Liberal. Pronto comprende que no ha de recoger allí los frutos suspirados; que los sistemas filosóficos sue-

"Miguel Cané adolescente", uno de los grabados originales de Alfredo Guido, que figuran en la reciente edición artística de "Juvenilia"

mente al trasladárseles de lo abstracto a la práctica.

El materialismo en Cané era, en el fondo, puramente nominal. Artista ante todo, propiciaba la cultura estética desde los bancos de la escuela primaria. Bregó por el retorno al estudio de clásicos griegos y romanos y, en su afán humanista, llegó a afirmar que era en estas disciplinas donde radicaba la enseñanza de las libertades públicas, el sentimiento de civilidad y el progreso de las clases trabajadoras.

Amigo de los principales hombres argentinos de su época, fué dilecto compañero de Avellaneda, otro esteta y otro elegante como él.

"Su cultura es más de viajes que de biblioteca", apuntó alguien. Si exacta la definición, no menoscaba, sin embargo, la capacidad crítica del escritor.

Además, la verdadera cultura, la cultura viva, no se forma entre libros. Ya conocemos la quiebra del intelectualismo puro. A la manera socrática, es necesario que el hombre, sin abandonar el trato de los grandes libros, se dedique a la observación directa de la naturaleza y al estudio del aun más mudable paisaje humano. Así lo comprendió Rodó al afirmar que la mejor biblioteca es la calle y que cada transeúnte resulta un volumen para el investigador.

CULTURA DESINTERESADA

Amortiguada la llamada revolución, extinguidos los fervores bélicos, sin iluminación de heroísmos ejemplares que templan el corazón, el país yace en tinieblas. En medio de la obscuridad óyese solamente el trágico galopar de las monteras...

Había que crear el alma nacional. Había que poner en circulación nuevos motivos, nuevos valores. Vencido el vasallaje, era única tarea echar los cimientos de la nación, afianzando la libertad y la justicia. Había que dar realidad moral y práctica a los postulados generosos de las constituciones y de las proclamas congresales. En definitiva, había que crear esos agentes que contribuyen a la formación de la cultura particular de cada pueblo.

Rivadavia, Alberdi, Echeverría, Sarmiento, entre otros, es-

ma europeo. Ansian transplantar al nuevo suelo los módulos culturales del viejo mundo.

El apremio de las circunstancias hizo que repararan exclusivamente en los aspectos prácticos del problema. Constitucionalidad de los Estados, servicios públicos, técnica, enseñanza, cuestiones de gobierno, de profilaxis social.

Sobre este ancho camino discurren nuestros mejores hombres. Cané está entre ellos. Pero, sensible y nervioso, le apasionan y aguijonean de preferencia las formas de la cultura desinteresada. En cierto modo, cala más hondo. Piensa más en lo interno que en lo externo. Es así como trazó esquemas del vivir europeo, aportando alto acervo de enseñanzas psicológicas. No olvidó por eso revelarnos el resto de América, describiéndola en su prometedora labor de organizarse en medio de la anarquía y la barbarie.

FALTA DE REPOSO

El agua turbia tórnase clara tan pronto reposa. Se dijera que al detenerse tornara a su origen.

Semejante fenómeno acaece con la labor del pensamiento. Una suerte de filtro, de esclarecimiento, es el reposo.

Frente a la obra del autor de "Prosa ligera" tiénese la sensación de que toda ella fué escrita apresuradamente, sin tregua alguna.

Quizá la vida pública, tan agitada, de este artista fué la culpable.

Fáltole a Cané el "otium" de que nos habla la sabiduría antigua y que es algo así como la mayor actividad en el mayor silencio.

Su condición de artista no le inhibió jamás de las abrumadoras tareas de gobierno. Tenía un concepto democrático de las funciones públicas y rechazó, por egoísta, el criterio wildeano.

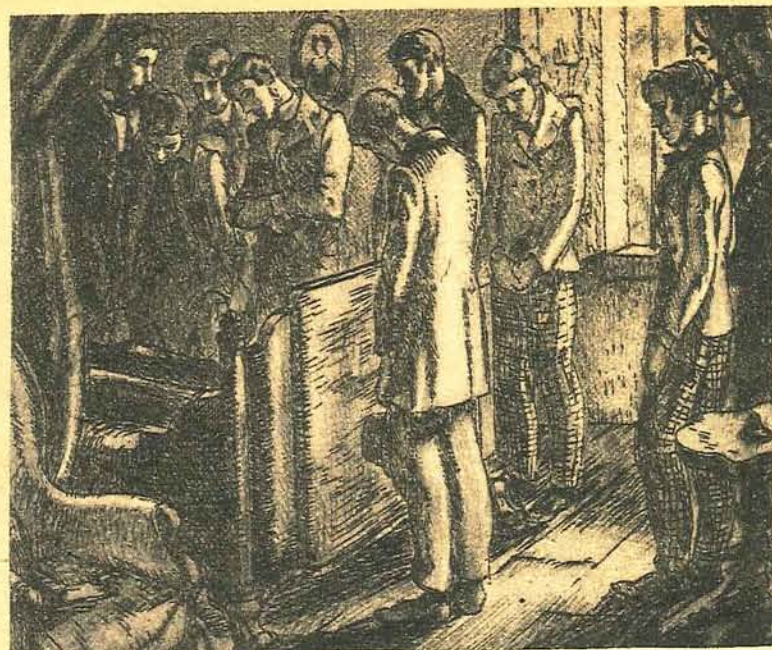
Intendente de Buenos Aires, ministro del Interior, de Relaciones Exteriores, director de Correos y Telégrafos, primer decano de la Facultad de Filosofía y Letras (a cuya fundación dedicó nobles empeños), ministro plenipotenciario de nuestro país en América y en Europa, fué siempre un gran amante de su patria, que no la circunscribió a la heroica tierra uruguaya, sino que unió en un solo afecto ambas orillas

SU IMPOPULARIDAD

Gran señor, temió el torrente limoso de la multitud. Su espíritu, acostumbrado al acento del libro, no toleraba el clamoreo de las asambleas. Por eso no fué político ni popular.

La demagogia es arte de gestos descompuestos. La invectiva y el libelo su elocuencia. El platónico que había en Cané rechazaba el desmán.

Hablando de una entrevista tenida con el general venezolano Guzmán Blanco, a quien la pasión partidaria levantó una estatua en vida, escribió un día: "Me sentí pequeño; comprendí que no estaba predesti-



nado, que no se fundiría el bronce que había de dar forma a la estatua que me inmortalizaría, ni aun en la plaza de un pueblo de campo de las pampas argentinas."

Se cumple en parte su profecía. No existe en la Capital ninguna calle ni plaza que lleve su nombre. Y siendo el autor de "Juvenilia" uno de los fundadores de nuestra cultura superior, ¿no merece acaso, de parte del gobierno y del pueblo, un acto de consagración especial?

Murió apenas iniciado el atardecer. En la época en que "comenzaba la gran actividad sintética de su existencia, como dice muy bien Belisario Montero.

Si no dejó una obra de definida arquitectura, nos ha legado, en vez, un montón de páginas henchidas de fresca savia. Un refrigerio, una clara enseñanza para la juventud.

Son notas fugaces de un talento fértil, de un hombre alegre madurado en la tristeza.

Irónico, afectivo, burlón o displicente, siempre es humano,

"Muerte de Amadeo Jacques", otra de las ilustraciones de Guido para la obra maestra de Miguel Cané

profundamente humano. Se nos aparece como dando la pauta de elegancia mental de su tiempo.

Y cuando un artista consigue tal cosa, alcanza, a nuestro entender (claro está que en el caso presente dentro de lo relativo de las fuerzas en juego), aquella jerarquía superior que asignara Carlyle a sus hombres representativos.

El autor de "En viaje" merece ser más conocido por las actuales generaciones argentinas. Desdénamos demasiado nuestro ayer literario, puestos los ojos únicamente en baratijas ultramarinas.

Cané es acreedor a una gran reverencia.

¡Ojalá que los hombres que tienen actualmente la responsabilidad de las funciones públicas, en colaboración con los estudiosos todos del país, se decidan a tributarla en las proporciones merecidas!

"El único jabón que recomiendo es el Palmolive"

dice ALBERTO LEBLANC de Niza

EMINENTE especialista en belleza del elegante Hotel Negresco de Niza, situado en la famosa playa francesa de la Riviera, frecuentada por las más distinguidas damas del mundo.

Un grupo internacional de eminencias en embellecimiento femenino concuerdan con Leblanc en recomendar el Palmolive como el mejor jabón para conservar el cutis lozano, lleno de vida y con su color natural.

He aquí el método:

"Hágase con ambas manos una abundante espuma del jabón Palmolive y frótese bien con ella la cara; en seguida enjuáguese y séquese perfectamente. Entonces quedará usted lista para aplicarse los cosméticos."

Colgate-Palmolive-Peet Ltda., S. A. Ind. — Buenos Aires.



35 ct.
la
pastilla.
3 por \$ 1.-



"No conozco otro jabón que reúna todos los requisitos para el cuidado del cutis, obrando—como hace Palmolive,—como antiséptico, higiénico, suave y eficaz."

A. Leblanc

Insista en la marca
PALMOLIVE.
Exija la envoltura verde
con la faja negra.

JABON PALMOLIVE

MI VIDA

POR

LEON TROTZKI

CAPITULO XIV

ILUSTRACION DE
PEDRO DELUCCHI

L Congreso del Partido efectuado en 1907 se reunió en una iglesia de Londres, y fué tumultuoso, largo, borrascoso y caótico. En San Petersburgo vivía aún la Segunda Duma. Declinaba la revolución, pero todavía despertaba grandísimo interés, especialmente entre los liberales británicos. Miembros prominentes de ese partido invitaron a sus casas a delegados al Congreso, para presentarlos a sus amigos.

Pero el reflujo revolucionario que acababa de subir manifestábase ya en el rápido agotamiento de los fondos del Partido. No había dinero suficiente para sostener el Congreso hasta su fin, entregado a su suerte para costear los gastos del regreso de los delegados a Rusia. Cuando se dió la noticia a éstos bajo las bóvedas de la iglesia, cambiaron miradas de sorpresa y desaliento. ¿Qué íbamos a hacer? No nos íbamos a quedar indefinidamente en una iglesia londinense.

Pero se halló una solución, y de lo más inesperada. Un liberal británico ofreció un préstamo a la Revolución Rusa, ascendente, si mal no recuerdo, a tres mil libras esterlinas, exigiendo como garantía la firma de todos los delegados al Congreso al pie del documento en que constaba la obligación. Recibió, efectivamente, un documento con varios centenares de firmas, que representaban a todos los pueblos de Rusia; pero hubo de aguardar un poco el reembolso. En los años siguientes de reacción y guerra, el Partido no se preocupó en pagar nada semejante a esa deuda; ni lo redimió hasta la constitución del Gobierno soviético. La Revolución hace honor a sus obligaciones, aunque es verdad que suele hacerlo con algún retraso.

Un día, en los comienzos del Congreso, me detuvo en los pasillos un sujeto larguirucho, de prominentes quijadas, que llevaba sombrero hongo. "Soy uno de sus admiradores", me declaró por toda presentación. "¿Admiradores?", repetí yo "admirado". Explicó que se refería a algunos de mis folletos políticos, escritos y publicados durante mi prisión.

El desconocido resultó Máximo Gorki. Tal fué nuestra primera entrevista.

"Me parece que huelga decir que yo también lo soy de usted", repuse cuando me dijo su nombre. La posición de Gorki era muy cercana a la de los bolcheviques. Estaba en compañía de la señorita Andreeva, la famosa actriz, y juntos salimos a ver algunos aspectos de Londres. "La señorita Andreeva, explicó Gorki, habla todas las lenguas". Gorki, por su parte, no hablaba más que ruso, pero lo hablaba bien. Al acercarse un mendigo a la portezuela de nuestro coche, Gorki se volvió a su compañera y le dijo con tono compasivo: "Dale unos peniques", a lo cual replicó Andreeva: "Ya le di, querido".

También en aquel Congreso trabé amistad con Rosa Luxemburgo. Pequeña, delicada, al parecer enfermiza, pero de noble rostro ovalado y hermosos ojos que destellaban inteligencia, ganó la admiración instantánea de los congresistas por la valentía de sus ideas. Era, en verdad, una mujer notable. Su estilo tenso, preciso, implacable, será siempre reflejo de su espíritu heroico.



Respecto a la llamada "revolución permanente", la actitud de Rosa Luxemburgo coincidía con la mía en punto a los principios. Cierta día, Lenin y yo conversábamos acerca de Rosa Luxemburgo en el pasillo, mitad en serio, mitad en broma, cercados de un apretado corro de delegados que escuchaban.

—Lo único malo en ella—decía Lenin—es que habla tan mal el ruso.

—Pero—repliqué yo—habla excelentemente el marxiano.

Los delegados se rieron y nosotros no pudimos dejar de imitarlos.

Durante las sesiones del Congreso tuve ocasión de exponer en detalle mis opiniones sobre el papel desempeñado por el proletariado en la revolución burguesa, refiriéndome especialmente a los campesinos. En su discurso de resumen, Lenin aludió a mi exposición en estos términos:

"Trotzki ha puesto de relieve la comunidad de intereses del proletariado y los campesinos en tiempos de revolución, demostrando así nuestra solidaridad en lo fundamental de la cuestión de nuestras relaciones con los partidos burgueses".

¿Qué respuesta a la leyenda vulgar de que en 1905 yo "ignoraba" a los campesinos! Sólo me cabe añadir que aquel mi discurso londinense de 1907 ha sido reeditado muchas veces desde la Revolución de octubre, como una exposición modelo de la actitud bolchevique para con los campesinos y la burguesía.

De Londres me dirigí a Berlín a reunirme con mi esposa, que debería llegar allí de San Petersburgo. Entretanto, Parvus se había escapado de Siberia y había arreglado con la casa editora social democrática Kaden, de Dresde, la edición de mi libro "Ida y vuelta". Escribí para ese folleto, que trataba de mi evasión, un prólogo que se refería a la Revolución en términos generales. Posteriormente agrandé ese prefacio, convirtiéndolo en un libro, con el título de "Rusia en la Revolución de 1905".

Los tres: Parvus, mi esposa y yo, partimos en jira a la Suiza Sajona. Estábamos a fines de verano; el tiempo era hermoso y las mañanas limpias y frescas. Bebíamos leche y el aire montañés, semejante a un vino. En una tentativa de descenso por una quebrada que descubrimos, casi perecemos mi esposa y yo. Finalmente, llegamos a Hirschberg, pequeña ciudad de Bohemia, lugar favorito de vacaciones de pequeños funcionarios y demás gente por el estilo. Allí pasamos varias semanas. Cuando nuestros fon-

Un día, en los comienzos del Congreso, me detuvo en los pasillos un sujeto larguirucho...

dos se encontraban a punto de agotarse, cosa que ocurría periódicamente, Parvus o yo escribíamos un artículo a vuelo pluma para la prensa social democrática.

Durante mi estada en Hirschberg, escribí un libro sobre la social democracia alemana, para la editorial bolchevique de San Petersburgo. Recalcaba de nuevo en mi obra la idea (como ya lo hiciera en 1905) de que en el momento crítico la gigantesca máquina del socialismo alemán podría resultar el sostén principal del régimen conservador. Apenas podía prever a la sazón cuán pronta y plenamente justificarían los hechos mi predicción; pero es que la justeza de mis predicciones en 1905 y 1907 me sirvió posteriormente para comprender el acontecimiento del 4 de agosto de 1914.

En Hirschberg nos separamos los tres en otras tantas direcciones. Yo me encaminé a Stuttgart, al Congreso Internacional; mi esposa a Rusia, en busca de nuestro hijo, y Parvus a Alemania.

El hábito de la revolución de 1905 todavía era perceptible en el Congreso de la Internacional. Sus miembros se enrollaban en la izquierda; pero igualmente perceptible era una decepción creciente con respecto a los métodos revolucionarios. Si los delegados demostraban aún interés por la Revolución rusa, lo hacían, no obstante, con un dejo de ironía: "¡Así es que están de nuevo en la brecha!" Al pasar por Viena en febrero de 1905, de vuelta a Rusia, pregunté a Víctor Adler qué pensaba de la participación de los social demócratas en el futuro Gobierno alemán. Adler me contestó con su modo característico: "Ya ustedes metieron los brazos hasta el codo en el Gobierno 'actual'; ¿no se preocupan de los Gobiernos 'futuros'!"

En Stuttgart le recordé a Adler esas sus palabras: "Confesaré, me respondió, que ustedes se acercaron más de lo que yo creía a constituir un Gobierno provisional".

Por lo común estaba bien dispuesto hacia nosotros; conviene advertir que si Austria tuvo sufragio universal, lo debió en buena parte al Soviet de Delegados de los Trabajadores de San Petersburgo.

Quelch, el representante del Parlamento británico que me facilitó en 1902 una tarjeta de lector para el Museo Británico, pronunció en el Congreso de Stuttgart un discurso irrespetuoso, calificando a la confe-

MI SEGUNDO DESTIERRO Y EL SOCIALISMO ALEMAN

rencia diplomática de "banda de ladrones", expresión que no podía sonar gratamente en los oídos del príncipe Von Bülow. Presionado por Berlín, el Gobierno de Württemberg ordenó la deportación de Quelch. Al punto, Bebel se sintió incómodo y el Partido no se atrevió a hacer nada contra la orden de expulsión, ni siquiera una demostración de protesta. El Congreso parecía una clase de escuela, cuyos alumnos callan cuando el maestro expulsa a un compañero desobediente. Se veía a las claras, tras la impotente fachada de los números, la impotencia total del socialismo alemán.

Hacia octubre de 1907 llegué a Viena, donde pronto se me reunieron mi esposa y mi hija. Aguardando una nueva ola revolucionaria, nos fuimos a vivir a las afueras de la ciudad, a Hutteldorf, donde hubimos de esperar largo tiempo — siete años — para ser barridos de Viena, no por aquella ola, sino por una de sangre que llegó empapando los campos de Europa.

¿Por qué elegimos Viena como residencia, cuando todos los demás desterrados escogieron Suiza o París? Fué porque a la sazón yo tenía tratos con la política alemana, y no pudiendo residir en Berlín a causa de ciertos requisitos de policía, hube de decidirme por Viena; pero en aquellos siete años seguí en aquella política alemana mucho más de cerca que la austriaca, que por entonces se parecía mucho a una alborotada jaula de ardillas.

Durante mi primer período de actividad revolucionaria en Nikolayev, un joven obrero aprendiz, llamado Efimov, un gigante de ojos azules, nos ofreció presentarnos a ciertos miembros de un grupo misterioso del Partido de la Voluntad del Pueblo, con quienes había trabado amistad, según dijo. Los tres: Efimov, Mukhin y yo, fuimos a tomar té al bullicioso café Rossia, donde aguardamos a nuestros anunciados amigos, escuchando la ensordecedora música del piano mecánico. Al cabo, Efimov, con una guñada, nos mostró un hombre alto, corpulento y que usaba barba al estilo de los comerciantes de ciudad. "Ese es", nos susurró.

El individuo estuvo un buen rato bebiendo su té, solo en una mesa aislada; luego se puso su abrigo, al tiempo que automáticamente se persignaba y hacía una reverencia ante los Santos Iconos.

"¿Curioso ejemplar de miembro de La Voluntad del Pueblo!", me dijo entre dientes Mukhin, quien se había separado de la Iglesia Ortodoxa Rusa mucho antes de alistarse con los revolucionarios.

Finalmente, el miembro de La Voluntad del Pueblo se negó a sernos presentado, excusándose torpe y encubiertamente ante Efimov. Este incidente sigue siendo hasta hoy un misterio para mí. Al poco tiempo, Efimov se suicidó con gas carbónico. Posible es que el gigante fuese, en realidad, instrumento de algún espía o agente provocador y se entregase torpemente haciendo la señal de la cruz. Era imposible utilizar ésta como señal secreta entre correligionarios de un grupo, por cuanto era manifestamente un signo religioso, familiar y automático.

Mi primer trato con social demócratas extranjeros ocurrió en Austria. Me acerqué a ellos con el mismo sentimiento de excitada desconfianza con que fui a conocer en Nikolayev al miembro de La Voluntad del Pueblo, y como éste, muchos de ellos me intrigan desagradablemente con varios de sus modales que me fué imposible armonizar con su profesión marxista. Por supuesto que no se

persignaban ante los iconos, pero en sus conversaciones íntimas revelaban un chauvinismo completamente desvergonzado o se vanagloriaban de poseer un costoso reloj de oro, o demostraban santo terror de la policía, o se conducían con indecente torpeza con las mujeres. Tales maneras me dejaron tan perplejo como mi amigo Mukhin cuando dijo: "¿Curioso miembro de La Voluntad del Pueblo!"

No hablo aquí de simples obreros, que de vez en cuando exhiben rasgos de mentalidad pequeño-burguesa, si bien con simple candor; no, hablo de la flor del marxismo austriaco de la preguerra, de miembros del Parlamento, de escritores y periodistas. Estos tratos me enseñaron cuán grande puede ser la diferencia entre mentalidades distintas y lo enorme del abismo que separa a los que se limitan a seguir pasivamente una doctrina de los que la asimilan psíquicamente, sintiendo transformarse toda su vida interior por autoeducación o reeducación. Los propios marxistas prueban plenamente que el ser determina la consciencia. El verdadero marxista psíquico se manifiesta sólo en tiempo de crisis social, de ruptura revolucionaria, de tradiciones y hábitos. El marxista austriaco demostró ser con harta frecuencia lo que los alemanes llaman un "filisteo", esto es, un sujeto que ha estudiado a Marx como otro podría haber estudiado leyes, y que vive de los intereses de "El Capital" (1). Los marxistas de la vieja Viena, jerárquicamente imperial, bullanguera y fatua, si tenían grados académicos, se llamaban unos a otros "Herr Doktor". No era raro que los obreros tratasen a esos tipos de "Genosse Herr Doktor", pues "Genosse" es el equivalente de "camarada" en el vocabulario socialista.

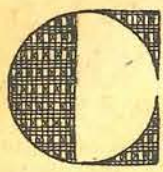
Yo no lograba poner de acuerdo mi ansia de admiración con la sabiduría y los talentos de algunos de esos hombres, pero me eran completamente extraños y me encontraba completamente solitario entre ellos. En mis siete años de residencia en Viena no logré conversar íntimamente con ninguno, aunque me adherí al Partido Austriaco Social Demócrata, asistí a sus mítines, participé en sus manifestaciones, colaboré en sus periódicos y hasta, de vez en cuando, leí una conferencia en alemán. Víctor Adler era superior por todos aspectos a sus camaradas; pero finalmente se adaptó al nacionalismo austriaco, así como a todo lo demás del mundo. Mis tratos con los dirigentes de la social democracia austriaca empeoraron todavía cuando ataqué abiertamente el chauvinismo del "Arbeiter Zeitung", de Viena, en el periódico de Kautsky, el "Neue Zeit".

En Berlín el espíritu era diferente. Apenas había manifestaciones del absurdo mandarinismo de los círculos universitarios vieneses. El trato con las gentes era más sencillo. Existía menos nacionalismo, o en todo caso, menos ocasiones en que aquél pudiera manifestarse, que en la multinacional Viena. El sentimiento nacional diluía en orgullo partidario; Alemania era la social democracia más fuerte, primer violín en la Internacional.

Los rusos mirábamos a la social democracia alemana como a una madre, una tutora, un ejemplo vivo, y la idealizábamos. Pronunciábamos con temor los nombres de Bebel y de Kautsky. Por mi parte, acaso tuve mis dudas y presentimientos; pero a la sazón estaba completamente dominado por aquélla.

Mi primer encuentro con Kautsky ocurrió en 1907. Mi corazón latía aceleradamente

ELOGIO DEL LIBERTADOR



ADA vez que procuro representarme el paso de los Andes por el ejército del general José de San Martín revive en mi espíritu el cuadro que imaginaba, siendo niño, en las aulas primarias. Las láminas que ilustraban los libros elementales me ponían en presencia de un grupo de hombres transponiendo las cumbres escarpadas, descendiendo las faldas agrestes, bajo el cielo glacial de los Andes. Estos hombres marchaban silenciosos y sombríos. Los animaba el sueño de la libertad que es el sueño de la gloria. Tenían la voluntad invencible y el valor decidido de los héroes. A su frente, mis pupilas distinguían la silueta familiar de San Martín, envuelta en su capa gloriosa, levemente inclinada la cabeza, la frente pensativa. La vehemencia de mi imaginación comunicaba a las figuras del cuadro la movilidad de la vida y prolongaba en escenas sucesivas el episodio que estilizó el arte del dibujante.

Esta visión no se ha desvanecido todavía en mi espíritu. Debo aún a las láminas de los textos manuales la exactitud con que imagino las peripecias de la lucha y los personajes del drama. Les debo también el deslumbramiento de una visión inocente y heroica. ¿Cómo imaginar a San Martín sino al frente de sus grupos, una liviana mañana de invierno, salvando la pendiente peligrosa de un desfiladero? Es el marco que conviene a su figura; es el cuadro que otorga a su proeza las proporciones magníficas de una epopeya. El paso de los días nos hace más difícil restituir a los episodios de aquella campaña la lentitud paciente que pro-

bó el valor de sus hombres. Los años desvanecen los matices imperceptibles del cuadro como la distancia que atenúa los relieves ondulantes del terreno. Nuestra imaginación concibe únicamente la totalidad de la campaña. Pero este acontecimiento memorable que nos otorgó los beneficios de la independencia tuvo alternativamente la lentitud de un drama sin pormenores y los contrastes de un juego violento. ¿No hay momentos en que parece suspenderse la vida? ¿No hay instantes en que los acontecimientos se precipitan con una prontitud desconcertante? La historia militar de San Martín ofrece los dos aspectos en que se manifiesta la lucha. Este hombre grave, de corazón exquisito, de alma profunda, tenía sobre todo el instinto previsor de los genios activos. ¿Qué hacía en su retiro de Córdoba en los días que precedieron al Congreso de Tucumán? Se hubiera creído que su actividad se había suspendido. Ningún signo aparente descubría sus planes. Ningún rumor indicaba la proximidad de acontecimientos importantes para la vida de la Nación. Pero San Martín sabía que la vida no detiene jamás su movimiento. Desde su retiro lejano congregaba las voluntades dispersas, fortificaba las plazas vulnerables, se orientaba. Este hombre comprendía su misión. Sabía que en las crisis de una nación una voluntad militante y una inteligencia táctica son providenciales. Si las cualidades de una personalidad pudieran descomponerse en piezas materiales, comprobaríamos, sin duda, que la paciencia y la prontitud se conjugaban

armoniosamente con la energía y la inteligencia en el general José de San Martín. Tenía, a la vez, la paciencia prudente y la audacia heroica. Sabía que los minutos terribles que preceden a una batalla son los minutos decisivos, porque nada nos dispone mejor a la resistencia que la proximidad del peligro común.

Conocía el alma del soldado, que no es, en definitiva, sino el instinto combatiendo del hombre exasperado por el amor a la patria y por la agresión enemiga. Constituía, de este modo, el guerrero perfecto por la habilidad de sus movimientos y por la seguridad de sus órdenes. Tenía la firmeza de las voluntades inquebrantables. Pero tenía, también, la nobleza que sólo otorgan los ideales profundos o los sueños proféticos. No combatía por la voluptuosidad de combatir. Combatía porque



ARMANDO
TAGLE

mientras subía las escaleras de la limpia casita de Friedenau, suburbio berlinés. Un amable viejito de cabello blanco me dió la bienvenida en ruso: "Zdrastvuite!" (¿Cómo le va?). Esta acogida, juntamente con lo que yo sabía de Kautsky por sus libros, me hizo una impresión favorabilísima, realzada por una ausencia absoluta de afectación o jactancia. Se debía esto, según después supe, a la suprema autoridad que a la sazón gozaba y al sentimiento de seguridad proveniente de ello. Sus enemigos le llamaban "El Papa de la Internacional", mote que también le daban sus amigos en son de broma. Recuerdo, por ejemplo, que su anciana madre, escritora de novelas "de tesis" dedicadas "a mi hijo y maestro", recibió de los socialistas italianos el día de su septuagésimo quinto aniversario, una lluvia de felicitaciones, dirigidas "alla mamma del Papa".

Kautsky consideraba misión suya conciliar la reforma y la revolución; pero desarrolló su personalidad y sus ideas en el sentido de la reforma. Para él la reforma era la única realidad; la revolución no significaba más que una perspectiva histórica nebulosa. Habiendo aceptado el marxismo como un sistema acabado, procedió a popularizarlo, a la manera de un maestro de escuela. En los días de la revolución de 1905 ya había empezado su decadencia: los acontecimientos lo habían dejado muy atrás.

De la conversación con él poco se sacaba. Su mentalidad era angulosa, árida, pobre, incomprendible; sus juicios, secos y cortantes; sus salidas, triviales; por lo mismo, no brillaba como orador.

Recuerdo el sexagésimo aniversario de Lebedour, celebrado en casa de Kautsky. Entre los doce invitados estaba Augusto Bebel, a la sazón de ochenta años. La social democracia alemana se hallaba por entonces en su cenit: su unidad táctica parecía completa. Los viejos habían el recuerdo de sus obras y miraban confiadamente el futuro. Durante la cena,

el agasajado, Lebedour, bosquejó divertidas caricaturas. La intimidad de la reunión me dió oportunidad de conocer a Bebel y a su Julia. Todos los presentes, incluso Kautsky, estaban pendientes de las palabras de Bebel. Huelga decir que yo también lo estaba.

Bebel personificaba el paulatino y tenaz movimiento ascendente de la nueva clase. El endeble y enjuto viejito parecía la encarnación de la voluntad paciente, encaminado a un solo objetivo. En su pensamiento, sus libros, su oratoria, no gastaba un adarme de fuerza sin propósito definido en mira. Era de los pocos que dedican sus ratos perdidos al estudio y al cultivo de su personalidad, avanzando cada momento y adoptando las ideas sólo después de cabal y profundo convencimiento. ¿Qué incomparable figura humana!

Bebel murió mientras se encontraba reunida la conferencia de paz de Bucarest, en el intermedio de la guerra balcánica y la guerra mundial. Supe la triste nueva en la estación ferroviaria de Ploesti, en Rumania. Parecía increíble: "¡Bebel muerto! ¿Qué será la social democracia?" No pude menos que recordar la descripción de Lebedour del Partido Social Demócrata alemán: 20 o/o de radicales, 30 o/o de oportunistas y el resto, secueces de Bebel.

Karl Liebknecht ejercía el mayor atractivo sobre mí. Le conocía de años atrás, pero no le veía más que muy de tarde en tarde. Su casa de Berlín era el cuartel general de los desterrados rusos. Llegado el momento de protestar contra la sumisión de la policía berlinese al zarismo, siempre nos dirigíamos primero a verle y él iba al punto a llamar a todas las puertas y a todos los cerebros. Aunque marxista educado, no era un teórico, sino un hombre de acción. Su carácter era impulsivo, apasionado, propenso al sacrificio; tenía intuición política, comprensión instintiva de las masas y de las circunstancias ambientales e indudable valor de iniciativa. Era

un revolucionario genuino, y por lo mismo siempre extranjero a medias en el hogar de la social democracia alemana, de moderación cuasi oficial y constantemente dispuesta al paso atrás. ¿A cuántos "filisteos" y simples babiecas vi mirar desdeñosamente a Karl Liebknecht!

A iniciativa de Liebknecht, se me pidió que hiciera uso de la palabra en el Congreso de Jena de 1911, acerca de la violación de Finlandia por el Gobierno zarista, pero antes de que me tocara hablar llegaron noticias del asesinato de Stolypin en Kiev. Inmediatamente Bebel empezó a preguntarme: ¿Qué significa eso? ¿Qué partido era responsable de eso? Mi presencia en la tribuna, ¿no atraería la atención hostil de la policía alemana sobre el Congreso?

—¿Teme usted—le pregunté, recordando el asunto Quelch—que mi presencia pueda causar trastornos?

—Sí—respondió Bebel—. Le confieso que preferiría que no siguiese adelante.

—En tal caso, dejemos de lado mi discurso.

Bebel exhaló un suspiro de alivio, viendo descartada la dificultad. Un momento después, Liebknecht se precipitaba hacia mí, presa de gran excitación.

—¿Es verdad que le han pedido que no hable... y que usted ha accedido?

—Y cómo no iba a acceder?—respondí, defendiéndome—. Aquí Bebel es el amo, y no yo.

Liebknecht dió rienda suelta a su indignación en un discurso en el que fustigó despiadadamente al Gobierno zarista, desoyendo en absoluto las llamadas al orden del presidente, que "no quería crear complicaciones inútiles en forma de lesa majestad".

Estos triviales episodios encerraban en germen todos los sucesos posteriores.

(Continuado).

(1) Nota del traductor: Se refiere indudablemente a la obra de Carlos Marx.

la fuerza era entonces el elemento insubstituible para sustentar la libertad. No soñaba, como Napoleón, en el dominio del mundo. No tenía las ambiciones de César, porque carecía de su barbarie guerrera. Estos hombres tenían el gusto violento de la guerra. Necesitaban improvisar un escenario para sus luchas, porque los animaba la alucinación de la victoria. Eran grandes. Necesitaban, sin embargo, proclamarlo. De este modo sus hazañas nos inspiran el asombro, pero no el entusiasmo. Su heroísmo suscita en nosotros la admiración, pero no el amor. La belleza del desinterés y la generosidad del renunciamento elevan hasta la perfección la figura del general José de San Martín. ¿Con quién compararlo en la historia? Un parangón semejante es difícil por los rasgos espirituales que lo singularizan. Hay en este hombre no sé qué de grande que lo hace sagrado a la contemplación de sus descendientes. Hay en su alma una partícula incommunicable que da a su figura la majestad perdurable de un símbolo. Su vida no ofrece un solo rasgo mezquino. Los pormenores de esta existencia participan de la belleza prestigiosa de la leyenda. Nos conmueven por su nobleza profunda y por su idealismo ferviente. Hubo un momento en que la alucinación del poder pudo haber alterado el equilibrio de su vida. San Martín entraba victorioso en Chile. Sus

armas habían dominado por el genio de sus jefes y por el valor de sus hombres. En Chile se le ofrece el gobierno. San Martín renuncia a la gloria efímera de este poder. ¿Por qué? ¿Quién de los generales comunes hubiese esculpido su figura con un ademán semejante? Las palabras en que expresó su renunciamento nos muestran, más que todos los gestos, la elevación de su conciencia y la dignidad de su carácter. Su ejército devuelve la libertad a los pueblos, pero no apoya la ambición de los partidos rivales. Su alma manifiesta de este modo una perfección y una nobleza que lo ofrecen, por sí solas, a la veneración de las generaciones y a la admiración de los pueblos.

Esta vida perfecta tuvo, además, la belleza de una muerte gloriosa. Retirado para siempre de la disputa de los hombres y del tumulto de las armas, San Martín envejecía silenciosamente en el país hospitalario. Su cabeza venerable se poblaba de hebras de plata. Sus manos sólo se posaban, en los últimos días de su vida, sobre reliquias valiosas y familiares. Los recuerdos de su vida habían dado a su frente una noble y pensativa expresión. Estos recuerdos se congregaban en la intimidad de su refugio y le ofrecían la visión de un ejército que marchaba silencioso, sobre las cumbres nevadas, a la liberación de los pueblos. Pero la agonía tocaba ya con una mano indulgente las pupilas del anciano, animadas en esos momentos por el esplendor de la gloria y por la tristeza de la muerte.

EL DEAN SEGUROLA

(Continuación de la pág. 13)

lidad de todo lo que fuera el restablecimiento de los asilos y hospitales mientras Rosas ocupara el poder.

De pronto, él y su familia fueron sorprendidos desagradablemente con la noticia de que el tirano pretendía adquirir la casa paterna, a lo que se opusieron por el cariño en conservarla, hecho que Rosas tomó como un pretexto para perseguir en todas formas a él y los suyos, hasta pretender hacerlo pasar por salvaje unitario.

Por este motivo, en 1841 hizo asaltar por la mazorca la propiedad donde vivía su prima hermana doña María Antonia Seguro de Ramos Mejía, rompiendo las persianas pintadas de verde y la loza celeste, lo que bastó para que se viera obligado a vender la casa a un precio irrisorio, satisfaciendo así los deseos del tirano.

Como consecuencia de estas persecuciones, sufrió un ataque apoplético estando en la catedral, desde la cual fué conducido en grave estado hasta su casa, donde guardó cama por largo tiempo, soportando una terrible parálisis (6).

El gobernador doctor Vicente López lo nombra deán

Poco después de la caída de la tiranía, el gobierno provisorio de la Provincia de Buenos Aires, regida por el Dr. Vicente López, se preocupó de la reorganización del alto clero, siendo elegido para ocupar la vacante del deanato o primera dignidad de presbítero y consiguiente presidencia del Senado del Clero, el Dr. Saturnino Seguro, según decreto de fecha 11 de marzo de 1852.

En el mismo año, al asumir el gobierno de Buenos Aires el general D. Justo José de Urquiza, quiso testificar la alta estima a que era acreedor Seguro, jubilándole con sueldo íntegro.

Según Mitre, un hombre así merecería estatuas

El deán Seguro pasó sus últimos días en el retiro del hogar, rodeado por sus libros y socorrido desde él a numerosos necesitados, pues los acha-

ques físicos que padecía desde varios años atrás no le permitían moverse, falleciendo a la edad de 78 años, el 23 de abril de 1854.

El Gobierno del Estado de Buenos Aires, presidido interinamente por el gobernador don Juan Bautista Peña, concurrió en corporación al sepelio, rindiéndole los honores militares correspondientes a sus méritos y jerarquía eclesiásticas.

Sus restos fueron llevados al panteón de la iglesia metropolitana, situado en la nave de Dolores y bajo del altar mayor.

Los diarios de la época, tan parcos en elogios, por aquellos tiempos en que no se prodigaban como ahora, aun tratándose de hombres ilustres, publicaron calurosos artículos encomiásticos.

El principal de ellos — "El Nacional" — dirigido por el entonces coronel don Bartolomé Mitre y don Palenón Huergo, registró un largo artículo necrológico escrito por la pluma de Mitre, que decía entre otros párrafos elogiosos: "En cualquier parte del mundo donde hubiera existido un hombre como el que acabamos de perder, el pueblo, agradecido a sus beneficios, le levantaría estatuas. Hombres de su temple no se encuentran entre nosotros.

"Es digno de los homenajes de todo un pueblo y merece las lágrimas de la generación presente y las bendiciones de la posteridad, como benefactor que fué de la humanidad doliente..."

Actualmente, en la Capital llevan su nombre una calle de Floresta y una escuela del Estado, como también una sala de la Casa de Aislamiento.

Sin embargo, mientras llega la hora del merecido monumento, bien podría darse el nombre de quien tanto hizo por la salud pública, a uno de nuestros hospitales municipales.

(1) "Genealogía de la familia Seguro", por José Arturo Scotto.

(2) Archivo de la Curia Eclesiástica.

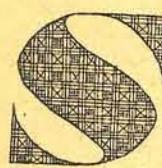
(3) (5) (6) "El Deán Seguro". (Apuntes para su biografía), por Enrique Udaondo.

(4) "Ensayo de la Historia Civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay", por el deán Dr. Gregorio Funes.

"MASCARA BLANCA"

EDGAR WALLACE

CAPITULO XIX



SEMPRE se procura dar un principio moral a estas historias —dijo el doctor Marford—. Se inclina uno generalmente por enumerar las virtudes y por describir las excelentes cualidades domésticas de los padres. Yo no me propongo hacer eso, por muchas razones.

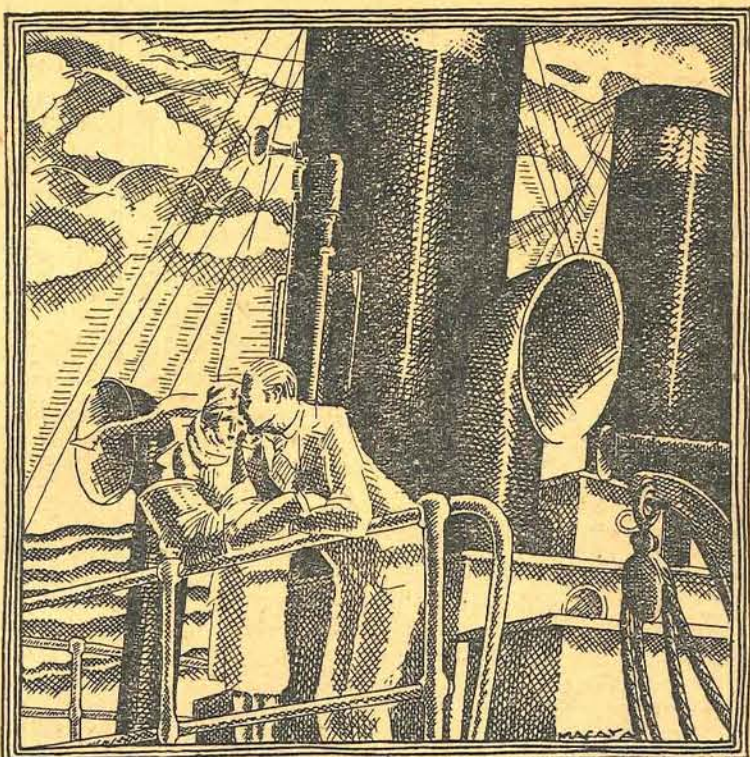
Mi hermano y yo quedamos huérfanos en edad muy temprana. Yo estudiaba en una escuela de segunda enseñanza cuando mi hermano Walter se marchó a Australia para probar fortuna. Era un sujeto decente, el mejor hermano que se pudiese desear. El poco dinero que vino a nuestras manos por la venta del consultorio de mi padre—mi padre era médico—, lo puso Walter a la disposición de un abogado para atender a mi educación. Encontró pronto trabajo en Australia y cada mes enviaba al abogado la mitad del sueldo.

No sé en qué fecha se inició su carrera criminal. Señalaré que, contando yo unos quince años, recibí una carta suya en que me pedía que en el porvenir dirigiese mis cartas a "Walter Furse". Residía entonces en Perth, Australia Occidental. Su nombre completo era Walter Furse Marford. Naturalmente, le obedecí y poco después empezaron a llegar a poder del abogado importantes sumas, y fueron muy bien venidas, porque yo estaba viviendo, en realidad, sin un céntimo en el bolsillo y mis ropas constituían la irrisión de la escuela.

En esta época estudiaba yo en una escuela pública, cuyo nombre me abstendré de mencionar, puesto que todo muchachito escolar mantiene un orgullo velado por su colegio. Un día vino a verme el abogado. Me preguntó si sabía algo de mi hermano y le expliqué que no recibía cartas de él desde hacía cuatro meses. Me dijo que se hallaba en un caso similar y que mi hermano, antes de interrumpir la correspondencia, le había enviado mil libras esterlinas. Pero todas las cartas que le escribiera el abogado para interrogarle acerca de la inversión del dinero quedaron sin respuesta. Me sentí un poco alarmado, claro, pues guardaba un afecto profundísimo hacia Walter y me daba cuenta, a medida que crecía, de lo que le debía. Se me destinaba a un hospital para seguir la profesión de mi padre... Esto era notable gracias al dinero de mi hermano.

El misterio del silencio de Walter se disipó al recibir yo, por un medio indirecto, una carta que había sido remitida a un amigo suyo y que éste me transmitía. Estaba escrita en papel azul, y al divisar en el membrete el nombre de un penal australiano, casi me desmayé. Era, no obstante, lo cierto: Walter no ocultaba nada en la carta, aunque, en justicia, no mostraba ningún arrepentimiento. Se le detuviera tras haber asaltado un Banco, en donde él y un compinche robaron cerca de veinte mil libras. Me rogaba que pensase de él todo lo mejor que pudiese, y añadía que me contaba lo sucedido porque temía que las autoridades me descubriesen y que alguna persona antipática me narrase a su manera la historia de su caída.

Dire la verdad. Después del primer choque, la revelación no me horrorizó. Walter había sido siempre un sujeto aventurero y, a mi edad, me embarga-



La adoraba. La amaba, y ella me amaba. Así nos lo dijimos el uno al otro

ba ese romanticismo que exagera ciertos tipos pintorescos de criminales en figuras con relieves de paladín. Mi reacción ante el revés se transformó en un creciente amor por el hombre que afrontaba tales sacrificios y pasaba por tales riesgos para que su hermano lograra llegar al desempeño de una noble profesión.

Le situé por encima de todos los hombres, y sigo manteniéndolo todavía en esa exaltación. Pero, por las obligaciones que mi educación y vida le imponían, considero que debía haberse consagrado a tareas honestas; sé, aunque él nunca me lo confesó, que yo, y solamente yo, fui el responsable de su entrada en la senda de perdición.

La carta que le envié en respuesta adolecía, creo, de alguna inconexión y en ella deslizaba una sugestión de heroísmo, porque, cuando mi hermano salió de la prisión, me respondió en términos muy secos; me señaló que no había nada de admirable en lo hecho por él y que antes preferiría verme muerto a verme en su camino lamentable.

Trabajé infatigablemente en el hospital, determinado a justificar su sacrificio, si es que podía justificarse. De tiempo en tiempo me escribía, ya desde Melbourne, ya desde Brisbane, varias veces desde una ciudad de Nueva Gales del Sur, el nombre de la cual no recuerdo en este momento. En apariencia, su vida se desenvolvía rectamente. Sus cartas venían a mis manos sin retraso. Me decía que proyectaba comprar una hacienda, que ya había adquirido una casa y unos centenarios de acres, con la esperanza de extender sus propiedades mediante la adquisición de otras tierras.

En esta carta leí por primera vez el nombre de Donald Bateman. Me expresaba que había conocido un estafador muy hábil y que había estado a punto de caer en sus redes en un negocio de tierras, pero que un amigo mutuo, compañero de prisión de Walter, les hizo conocer su respectiva identidad oportunamente. Bateman se excusó y eran camaradas.

Parece que Bateman reunió una fortuna persuadiendo a inocentes compradores a invertir su dinero en propiedades imaginarias. Disfrutaba también de beneficios de otra fuente. Era uno de los hombres mejor informados de Australia sobre las condiciones de seguridad y la importancia de las existencias en caja de los bancos. No robaba establecimientos bancarios por su cuenta. Se limitaba a suministrar a los diversos asaltantes informaciones exactas, que los capacita-

ba para operar con un riesgo mínimo. Generalmente se parapetaba en las sombras, con lo que quiere significar...

—Sé lo que quiere significar —le interrumpió Mason.

—Terminados mis últimos exámenes, Walter me instó a que le visitase en Australia y permaneciese en su compañía durante seis meses para discutir los planes futuros. Me preguntaba si me gustaría adoptar el nombre de Furse. Me comunicaba que conseguiría que me extendieran el pasaporte y el pasaje a ese nombre. El único punto desagradable de este arreglo estribaba en que yo rendía exámenes el viernes y tenía que partir para Australia el sábado, por lo que no podría conocer el resultado de mi última prueba profesional excepto por carta. Me arreglé con el gerente del Banco en que disponía yo de cuenta corriente, para que los certificados fueran recibidos por el Banco, y del gerente, particularmente, obtuve la promesa de que me los mandaría a una dirección facilitada por mi hermano. Inventé un motivo familiar para justificar mi nombre de Furse en Australia, y el gerente pareció satisfecho.

El trabajo en el hospital aumentó enormemente. Vinieron, por fin, los días de los exámenes y el viernes rendí mi última prueba con una impresión, intuitiva y grata, de éxito. Los resultados no se conocerían hasta dentro de unas semanas, pero yo me anticipaba una buena nota, menos en una materia. Lo sorprendente es que la calificación más alta la merecí en la materia en que creí que me reprobarían!

A la mañana siguiente, contento como un chico, me dirigí a St. Pancras y Tilbury, y el sábado por la tarde ya navegaba canal abajo, tan excitado que apenas sabía qué hacer de mí mismo.

El buque estaba repleto de pasajeros. Yo viajaba en segunda clase, porque, si bien mi hermano me había remitido el importe de un pasaje de primera clase, yo deseaba economizarle el dinero posible, y la segunda clase de un buque de la P. & O. es, por otra parte, extraordinariamente confortable.

Este vapor iba lleno de gente que, en su mayoría, se trasladaba a la India, y determinado número, a Colombo. Dejamos los pasajeros para la India en Port-Said o Suez—no estoy seguro de cuál de los dos—, y ahora, al empezar a blanquearse las mesas en el comedor y al haber espacio libre para pasear en los puentes, uno empezó a conocer a los demás pasajeros.

Había visto a Lorna Weston el día en que abandonamos Gran Bretaña, pero no la hablé sino cuando cruzábamos el Canal de Suez, y sólo para cambiar unas palabras acerca del escenario.

DONDE SE INICIA LA HISTORIA DE UNA VIDA

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

En Colombo descendimos a tierra los dos y la conocí mejor. Era muy bonita y vivaz. Viajaba a Australia, según me explicó, para desempeñar un puesto de institutriz. Mirando para atrás, desde el punto de vista especial que nos dan los años, reflexiono y juzgo que si entonces hubiese poseído más experiencia de la vida, consideraría que era demasiado joven aquella muchacha para la tarea y adivinaría lo que posteriormente supe: que viajaba con la esperanza de reunir dinero con facilidad.

Le dije muy poco sobre mi persona, a no ser que cursaba la carrera médica. Por una razón u otra, se le metió en la cabeza que yo era un joven rico o que tenía parientes opulentos. Tal vez se le ocurriese esta idea porque yo viajaba en segunda clase por gusto o porque yo guardaba una buena suma de dinero en mi poder, ya que contaba con un par de billetes de cien libras que lograra ahorrar. Abridaba yo la pretensión necia de que a Walter, le halagaría que le devolviese esa suma, sobrante del dinero que tan generosamente me había girado.

Si ustedes conocen algo la vida a bordo comprenderán que bastan unos pocos días para que una amistad común entre un joven y una muchacha se transforme en una pasión volcánica. No corrieron todavía cinco días desde nuestra marcha de Colombo, y de pedirme mi compañera de viaje que me arrojase por la borda del buque, la hubiera obedecido. La adoraba. La amaba, y ella me amaba. Así nos lo dijimos el uno al otro. No acuso a la muchacha, ni la reprocho, ni quiero proferir una sola palabra que pueda influir maléficamente sobre su destino; quiero, simplemente, exponer la verdad para explicar por qué esa mujer vivía en Tidal Basin.

Esa mujer no ha amado más que a un hombre en toda su vida, y ese hombre era Bateman. Lo declaro sin amargura y sin odio. Amó, probablemente, al hombre peor que encontré en su ruta. No necesito narrarles lo que aconteció en el resto del viaje. Crucé por momentos de exaltación, de desesperación, de resoluciones heroicas, de terrible depresión. Me preguntaba yo qué diría Walter al contarle que al principio de mi carrera, antes de estar en disposición de ganar un penique, me había comprometido con una muchacha perfectamente desconocida para mí cuando subí al vapor.

Mi hermano vino a los muelles a recibirme. Le presenté a Lorna, pero no le adelanté mis intenciones hasta que nos hallamos en el hotel en que residía y en el cual hizo que me reservaran un cuarto. Con la consiguiente sorpresa noté que le parecía muy bien.

—Eres un poco joven, Tommy. No aseguraría, no obstante, que procedas equivocadamente al casarte. De haberme casado, quizá no hubiese llevado yo esta vida estúpida. ¿No crees, a pesar de eso, que podrías aguardar un año?

Le repliqué que ciertas razones imperativas me obligaban a casarme en seguida y su rostro palideció.

—Ella te habrá dicho eso, supongo... Acaso esté equivocada.

Yo no podía discutir al respecto. Un ratito después, Walter me dió su asentimiento.

—Estoy atravesando por una mala racha—me manifesté—. He especulado en la Bolsa y he perdido mucho dinero en las carreras. Pero las cosas cambiarán pronto y tendrás el mejor regalo de bodas que se pueda comprar con dinero.

Del estado penoso de sus fi-

nanzas no me enteré sino por casualidad. Había vendido su pequeña propiedad y por el momento carecía de ocupación. Su permanencia en el penal le puso, naturalmente, en contacto con toda clase de elementos indeseables; hasta entonces resistía a sus sollicitaciones y se mantenía en una senda recta.

Walter no poseía un carácter fuerte. Juzgándolo con desapasionamiento, cabe reconocer que era débil. Tomaba, invariablemente, por el camino más fácil. Tenía, en cambio, un corazón de mujercita; no cesó de pensar en que de nuevo, al decidirse a prestarme ayuda, retrocedía por mi culpa a sus viejas andanzas. Por supuesto, que estoy seguro de ello. Su regalo de bodas consistió en quinientas libras y no me hizo con ellas feliz, porque había leído en los diarios el asalto de un Banco local en la víspera y el robo de una suma considerable. Le imputé, desde luego, tal fechoría y se me echó a reír.

Unos días después de mi enlace se me ocurrió esa idea. Dejé a Lorna en el hotel y salí en busca de Walter. Le encontré en un restaurante, que era también un "bar". En esa oportunidad vi por primera vez a Bateman. Este se fué y aproveché la ocasión para plantear a mi hermano mi proposición, que se reducía nada menos que a compartir con él una parte de sus riesgos.

—Estás loco—me contestó, al caer en la cuenta de lo que le proponía.

Me imaginó, en efecto, que lo estaba. Si tuviese que analizar los motivos que me impulsaron a aquella determinación, convendría en que obré de un modo estúpidamente quijotesco.

Hi hermano no quería saber nada. Yo insistí.

—Has cargado durante todos estos años con innumerables fatigas por mi culpa. Has sufrido en prisiones. Cada vez que te lanzas a una de tus aventuras, te expones a que te maten. Déjame arrostrar una parte de esas penalidades.

Bateman regresó en esos instantes y comprobé que gozaba de la absoluta confianza de Walter. Traté de plantear el asunto en términos hipotéticos a Bateman, sin referirme a Walter y a mi persona. Era demasiado infantil el procedimiento y vió claro inmediatamente.

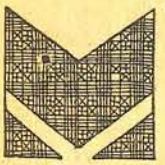
—¿Por qué no, Walter? Será preferible recurrir a él y no a alguno de esos pillastres, a Grayling o al Dinamarqués. Además, es un caballero y nadie se imaginaria su participación en una banda de asaltantes.

Walter parecía furioso. Su furia, al cabo, no duró mucho: era, ya lo dije, débil de carácter. Y no le censuro; de rechazar mi ofrecimiento, yo creo que me hubiera separado y asaltado un Banco por mi inspiración particular y por pura bravata.

Nos marchamos los tres al hotel. Presenté mi esposa a Bateman. Era un sujeto de buen aspecto en aquellos días y sumamente popular con las mujeres; cuanto más feas, más fascinadas se sentían con él.

A pesar de mi juventud, percibí que a Lorna la atraía enormemente el visitante. Al día siguiente salí con Walter para conversar sobre nuestras cosas; de regreso a casa me encontré con la novedad de que Bateman había almorzado en compañía de mi esposa. A partir de ese momento, apenas si se separaron. No me atormentaron, por eso, los celos. Cumplida estaba mi primera locura y consumado por mí un horrible error.

(Continuará).



UCHO se ha escrito respecto de la catedral de Córdoba. El viejo templo que ha asistido a la transformación del vi-

lorrio colonial en una de las más importantes urbes provincianas del país, no tiene una historia pródiga en acontecimientos ni menos atesora valiosas joyas y cuadros artísticos capaces de cimentar su fama. Pero pese a esas circunstancias, la catedral cordobesa vive ahora su pasado y parece, como dormida, dar pábulo a que resurjan en nuestra imaginación los recuerdos de tiemposidos y la reminiscencia de pasiones y sobresaltos acallados por el ritmo monótono de la vida fervorosa y contemplativa de los primeros pobladores de la evocadora ciudad de Córdoba del Tucumán.

¿Quién fundó e inició la construcción del venerable edificio? Pregunta es ésta que no es dado contestar en una forma categórica. Una real cédula del 20 de octubre de 1696 dispuso el traslado de la catedral de Santiago del Estero a la ciudad de Córdoba del Tucumán. Documentos del Archivo de Indias fijan el 24 de junio de 1699 como fecha de la erección, y una información formulada en 1713 en la ciudad de Cádiz por su obispo fray Alonso de Talavera, contiene las declaraciones del Padre Ignacio Alemán, de la Compañía de Jesús, quien expuso que en 1702 había llegado hasta Córdoba, donde pudo observar la fábrica de la catedral, asistiendo a los oficios, celebrados en el monasterio de Santa Catalina que, en reemplazo de aquella, hacía las veces de iglesia mayor.

Admitiendo como fecha muy probable del comienzo de las obras definitivas, la del año 1680, preciso es reconocer que las mismas demandaron para su terminación un tiempo considerable, ya que el estreno del templo se realizó el 25 de mayo de 1758, sin estar concluida la ornamentación. "Más largo que la obra de la catedral" fué un dicho frecuente en Córdoba, que aludía a la escasa celeridad con que se hicieron los trabajos. Y, ciertamente, si se analizan los antecedentes que obran en archivos y actas del Cabildo, se advertirá fácilmente la situación de penuria económica con que se efectuaron las obras. Contábase escasamente con el apoyo de la Corona, y el vecindario era demasiado pobre para reunir en un plazo breve los ingentes fondos requeridos. Muchas vicisitudes y pareceres encontrados respecto de la disposición de la iglesia determinaron a su vez más de un retardo. El 4 de agosto de 1723, según carta del obispo don Juan Sarricolea, hallándose ya cerradas las bóvedas del cuerpo principal, fallaron los pilares por la mala calidad de los materiales y "por la poca inteligencia de los albañiles", viniéndose parte de la construcción al suelo. Tratábase entonces de la segunda reedificación de la iglesia, pues ya el 2 de octubre de 1677, según consta en una comunicación de los vecinos de Córdoba dirigida al Virrey, "estando cantando los clérigos la Salve Regina en la Iglesia Parroquial, única y matriz, se vino abajo el techo de la dicha Iglesia, en cuyas ruinas quedaron sepultados el doctor Adrián Cornejo, Cura Párrroco, y el licenciado don Juan de Cáceres, sacristán, fuera de otros que quedaron maltratados".

Vencidas las dificultades de la iniciación del templo, se ofrecieron otras no menos graves. En un exhorto dirigido el 15 de abril de 1734 por Antonio Gutiérrez Cevallos, obispo de Tucumán, al Cabildo secular, refería que en reciente visita había encontrado a la catedral poco menos que desmantelada

El arte de América La vieja catedral de Córdoba

e informe, parada su obra y con poca "decencia y ornamento, habiendo cerca de cincuenta años que se sacaron sus cimientos" y hallándose sólo las tres naves cubiertas hasta el arco toral, pues faltaba ejecutar el crucero, presbiterio y sacristía y el pórtico y fachada, con sus torres laterales. Agregaba el citado prelado "que el general don José Ordóñez tenía suplidas algunas cantidades, aun de estos siete u ocho años que ha estado parada, siendo el ingreso sólo de noveno y medio, que valdrán poco más de cien pesos, los que tiene gastados en las torres de las campanas y la construcción de altares, y que se habían gastado los doce mil pesos que para la obra había enviado el obispo de Chuquisaca, por lo cual hacía donación de 500 mulas de sus diezmos para la obra de la fábrica y rogaba que del crédito de la ciudad diese repartimiento o donativo de mulas". Cuatro años más tarde, el 14 de abril de 1738, el mismo obispo Gutiérrez Cevallos daba cuenta del celo del nuevo mayordomo de la fábrica de la catedral, don Juan Brioso Quijano, para impulsar su construcción, y el 10 de septiembre se refería, en un exhorto, al hecho de que, "hundida la parroquia a costa de la vida del doctor Cornejo, cura de ella, que cogió en sus fragmentos, se recogieron limosnas y donativos para hacer una gran parroquia de una sola nave, porque no se había conseguido la traslación de la catedral". Se reunió al afecto, desde 1683, la cantidad de 89.820 pesos y 3 reales para la reedificación, pero cuando, en 1698, el Dr. D. Manuel de Mercadillo trajo la orden de traslación de la catedral, se habían ya gastado en los trabajos 44.461 pesos, invirtiéndose el resto en las nada baratas negociaciones del traslado. Y como por entonces cesó o se atemperó el fervor que tuviera el Cabildo por la erección de la iglesia, ésta quedó a vana y media de sus cimientos, hasta la llegada del obispo don Alonso de Pozo, quien, secundado por el brigadier D. Esteban de Urizar, reunió a los cabildantes eclesiásticos y seculares y dispuso seguir la iglesia con una sola nave, como estaba delineada, nombrando al maestre de campo don Domingo de Villamonte y al provincial fray Juan de Araeta para que dirigieran y administrasen los trabajos. Poco tiempo después, por influencia probable del general D. José Ordóñez, la obra fué modificada, prosiguiéndola "no de una sola nave, sino de tres, de tal magnificencia, altura y fortaleza superior a la corded y estrechez de la tierra". Se perfeccionaron hasta el arco toral y se sacaron los cimientos del resto de la construcción, vale decir, el crucero, presbiterio, sacristía y torres, ejecutándose además un campanario de cal y ladrillos sobre la pared del lado del Ayuntamiento.

Existen otros antecedentes que obran en el Archivo de Indias y aun inéditos, que permiten reconstruir la larga historia de la catedral de Córdoba. El 18 de enero de 1752 el obispo don Pedro Miguel de Argandña dió cuenta en una comunicación al monarca, de haber recibido el real despacho sobre la aplicación del noveno y medio que pertenecía al hospital, para la realización de la obra de la catedral, obra que se hallaba ya en término de "volarse su bóveda, bastando otros diez mil pesos para su total

perfección". En otra nota fechada en 15 de junio de 1756 exponía su opinión optimista de que en dicho año podría terminarse la fachada exterior, restando aún el costoso revoque interior y el presbiterio y coro canonical y las dos torres que sirven de adorno del pórtico. Finalmente, el 27 de junio de 1759 daba cuenta el obispo de hallarse concluida la parte material de la iglesia, habiéndose estrenado el 25 del mismo año, y ascendiendo los gastos a 38.000 pesos, "suplidos de su propia renta, excepto 3000 pesos que se le suministraron de la Real Hacienda".

Transcurridos diez años y en un informe que hizo de la Visitation de su obispado don Miguel Abad Illana, puso en evidencia el miserable estado de la catedral, admirándose de que aun no se hubiera comunicado a S. M. de que en realidad estaba concluida, pues sólo era de corta consideración lo que restaba ejecutar. Producida una información a cargo de D. Gregorio de Arrascaeta y de D. José de Uriar-

entre el citado obispo, el gobernador del Tucumán y el Consejo de Indias, rematándose la polémica con la nota del primero, del 9 de enero de 1781, en la cual manifestaba "que la obra de la iglesia catedral estaba errada desde un principio". A su juicio, las paredes ocupaban la mitad del terreno y las que dividían las naves laterales de la principal eran de tanto cuerpo, que impedían la asistencia de la mitad del posible concurso de fieles, todo ello sin remedio posible, no así la excesiva elevación del presbiterio, que impedía la vista del altar mayor, y que era necesario rebajar hasta un nivel razonable.

El Consejo de Indias, no sin estudio, aceptó el temperamento propuesto por el obispo, insistiendo en su deseo, expresado con anterioridad, de que se empleara en la decoración con preferencia el estuco y la piedra, y no la madera y el estofado. Ya por entonces, al parecer, primaba el concepto de que los materiales debían ser nobles y duraderos cuando se trata de obras perdurables e importantes.

La relación de las cuentas es metódica y revela el celo de los encargados de administrar el caudal de la iglesia. Pero más interesante resulta, por cierto, referirse a los arquitectos y maestros que ejecutaron los planos e iniciaron y prosiguieron los trabajos. Como primer obrero mayor de la fábrica figuró el maestro de campo don Pedro de Torres, quien se encargó de la confección de la planta, la cual fué objeto de puntualizada discusión en la sesión que celebró el Cabildo, convocado con anterioridad por el gobernador D. Juan de Zamudio, el 4 de mayo de 1697. En dicha sesión acordóse que la iglesia sería de un cañón, con su crucero y sus sacristías a los lados y, previendo el caso de que se construyeran las naves colaterales, se propuso que las torres fueran desplazadas del sitio que actualmente ocupan. Primó en definitiva el criterio de dejar dichas torres tal como las marcaba el plano. La gestión de don Pedro de Torres no duró mucho. Dos años más tarde, y por dificultosa mediación del Cabildo, fueron contratados los servicios del maestro alarife en arquitectura don José González Merguete, oriundo del valle de Cinti, en el Reino del Perú, correspondiéndole la tarea de diseñar los detalles y quizá la elevación del templo. Pero su gestión no

fué muy tranquila, a estar a sus cartas y relaciones, puesto que las capitulaciones aceptadas por el Cabildo no le fueron cumplidas, debiendo el citado arquitecto padecer estrecheces y penurias, al punto de que se vió en el trance de solicitar un préstamo de útiles y de 600 pesos para establecer un horno de ladrillos, todo lo cual le fué denegado por las autoridades de la ciudad. A González Merguete lo sucedieron en condición de obreros mayores los ya citados fray Juan de Araeta y el maestro de campo don Domingo de Villamonte, pero la lentitud con que se siguieron los trabajos hasta 1729, determinó al Cabildo a gestionar la contratación de otro arquitecto, recayendo el empleo en el padre rector de la Compañía de Jesús, Andrés Blanqui, profeso en arquitectura, quien colaboró en la obra durante diez años. Poco interesante se conoce respecto a los directores posteriores, ya que

el padre Blanqui dejó la iglesia con sus problemas fundamentales resueltos, vale decir, con las bóvedas cerradas totalmente y con las líneas generales de la construcción casi terminadas. Faltaba tan sólo seguir construyendo parte de las paredes del crucero y presbiterio y ejecutar detalles que por su similitud con los ya realizados, simplificaban la tarea de los artesanos. El nombre de fray Vicente Muñoz, maestro alarife, se liga a la faz terminal de los trabajos.

En lo que respecta a la disposición, cabe distinguir entre la estructura misma de la iglesia, a la cual se le puede llamar hispano-americana, y los muchos adornos y agregados que se hicieron en el siglo pasado. El templo, de tres naves, consta de otros tantos tramos en el brazo anterior y de un nartex o pórtico, sobre el cual se hallan las torres. Resulta muy airoso el crucero, con la cúpula de media naranja peraltada, y con sus arcos torales simples y elegantes. El presbiterio es muy amplio y proporcionado, no así las torres, en las cuales puede advertirse la similitud con los modelos peruanos del Cuzco, tímidos y poco garbosos. Pero el aspecto más singular lo proporciona la vista exterior, con caracteres barrocos bien definidos y sumamente original y llamativa. La cúpula de la Catedral de Córdoba llama la atención por la armonía y la variedad de sus líneas, por sus contrafuertes sólidos y equilibrados y por la esbeltez y movimiento visual del conjunto.

Los motivos ornamentales de la fachada principal son simples y característicos, quizá influenciados también en algunos detalles por reminiscencias incaicas o aborígenes. La modernatura es sobria y acertada. Aun a despecho de la pesadez de ambas torres, la perspectiva general del edificio resulta muy atrayente y expresiva.

Alguien ha dicho—el arquitecto Kronfuss— que la historia de la Catedral cordobesa es la historia misma de la ciudad. Quizá en ello haya algo de verdad. No han faltado, por otra parte, los investigadores que indagaron en papeles viejos los antecedentes de la vieja iglesia, contándose entre los más eruditos el padre Grenon, el doctor Pablo Cabrera y Juan B. González. La materia ha sido dilucidada plenamente, llegándose a la conclusión de que la Catedral representa uno de los más interesantes monumentos de la arquitectura colonial de la Argentina. Pero falta referir a esa historia escueta e inexpressiva el espíritu de los cordobeses de la colonia y de la época de la independencia, espíritu que significó la base de la erección de tamaño templo. Desde don Juan de Zamudio, hidalgo y creyente, hasta don Esteban de Urizar y Arespacochaga, vizcaíno de devoción probada, sin contar luego a don Isidro Ortiz de Haro, alguacil mayor de la Real Audiencia de Chuquisaca; a don Alonso de Alfaro y a don Baltasar de Abarca, ambos efímeros gobernadores de Córdoba del Tucumán; a don Manuel Félix de Arache, napolitano que guerreó en el Chaco; a don Juan de Armasa y Arregui y a don Juan Alonso Espinosa de los Monteros, todos ellos y otros muchos, pusieron en evidencia la fervorosa credulidad de gobernantes y pobladores, colaborando en la erección de una obra muy superior a las fuerzas de que disponían para construirla. Así se alzó, a base de sacrificios y de tenacidad, la riente iglesia que hoy enorgullece a Córdoba y que, en la simplicidad de sus líneas, en la armonía de su silueta y en la belleza misma de su historia de paz y de inmutabilidad, parece ligar el presente vertiginoso de la ciudad moderna, cambiante y activa, con el recuerdo de un pasado que, ahora como entonces, sugiere al espíritu la idea del reposo y de la meditación.

Canción del hogar

Lo que a la vida le pedimos
la vida pródiga nos dió
y nuestra viña dió racimos
que ahora está dorando el sol.

Mientras soñábamos los sueños
tristes y alegres del Amor,
fueron llegando los pequeños
con su alegría y su dolor.

Como rosas que diera rosas,
por un milagro del amor,
en siete vidas primorosas
fructificó tu corazón.

Cabezas rubias, inocentes,
que a ti te miran como a Dios,
de abajo arriba, con las frentes
blancas de paz y de candor.

Así quería que te vieses,
así quisiste verme a mí
multiplicados siete veces
los dos en ellos y yo en ti!

El más chiquito, con su cara
de muñequito de bazar,
como a una niña que jugara,
te da que hacer y que pensar.

Te transfigura—cuando tarda
él en dormirse—, el arroyo,
y eres el ángel de la guarda
junto a la cuna del bribón.

Al tierno acento de tu canto
suelo dormirme yo también
y vuelvo a ser sencillo y santo
en mi ya vieja madurez.

Ya están blanqueando mis cabellos,
la juventud ya se acabó—
y vivir largo, para ellos,
sólo pedimos al buen Dios.

Juan Carlos Dávalos

te, vecinos de Córdoba, supose por ellos que el templo se hallaba terminado en lo material, aunque sin perfeccionar, en razón de que las naves laterales y testeros de la principal estaban sin revoque y sin enladrillar, que las ventanas se hallaban sin puertas ni vidrieras, que no existía ni el coro, ni la sala capitular y que el pórtico estaba inconcluso. Faltaban, además, las campanas de una de las torres. Y para mayor abundamiento, se señalaba que el altar mayor sólo tenía el sagrario rodeado por unos pilares toscos, sin escultura alguna y por algunos "cuadros postizos con un Niño y una Nuestra Señora de la Purísima de la misma suerte, postiza".

A raíz de dicha relación, produjo un cambio de pareceres

Carlos F. Ancell

ORO Y PLATA DE AMERICA

Por ANTONIO PEREZ-VALIENTE DE MOCTEZUMA

consecuencia la matanza de innumerables indios que escoltaban al soberano, a causa de la confusión que produjo la negativa de éste en aceptar sin réplica ni justificación las pretensiones del misionero.

En tales circunstancias dramáticas fué aprisionado el Inca, quien se obligó a ceder por su libertad parte de los tesoros reales. El mismo puso las condiciones, trazando una línea por el contorno de la sala, que debería ser cubierta de oro en una extensión aproximada de siete varas de diámetro. Otro aposento contiguo, debería ser cubierto dos veces de láminas y objetos de plata.

El tesoro recibido por el rescate consistió en treinta y cinco mil cuatrocientos ochenta y seis marcos, la litera de oro

yos este maravilloso recinto donde el Inca Huascar y sus antecesores dinásticos se presentaban como dioses ante las multitudes.

Una prueba de la abundancia de metales preciosos que hallaron los conquistadores, nos la ofrece el propio Hernán Cortés cuando hizo fundir la culebrina que mandó como presente al emperador Carlos V. Pesaba veinticuatro quintales y medio, y su material, hechura y grabado, costó veintisiete mil quinientos pesos. Según datos de Bernal Díaz, estaba ricamente labrada con muchas figuras y toda ella era de oro bajo mezclado con plata de Michoacán. Había sido hecha por los indios y llevada a Toledo por el conquistador Diego de Soto.

Puede decirse que el arte de la orfebrería indígena fué totalmente destruido por los conquistadores. Todo el oro y la plata de los antiguos adoratorios, las joyas, los utensilios y los ornamentos de los príncipes — representaciones de la

más sabia y pura de las artes autóctonas — sirvieron de alimento continuo a la ambición de los capitanes y soldados de la conquista. Hasta el sol de oro que presidía las ceremonias en el templo magno del Cuzco, adjudicado en una de las reparticiones al capitán Mancio Sierra de Leguizamo, fué jugado a los naipes en una noche que el conquistador había puesto a la suerte su ganancia. Así eran estos hombres extraordinarios. Cruzaban el mar, descubrían tierras nuevas, fundaban pueblos y ciudades, vivían en lucha constante y en permanente riesgo de sucumbir a manos del nativo en acecho; y el oro de la victoria, oro ganado con la fatiga y el esfuerzo, oro simbólico para los

pueblos idólatras del continente, lo arriesgaban en el azar de unos naipes que malograban la aventura. El caso de este esforzado capitán tuvo epílogo sorprendente. Perdió el sol de los Incas, pero todavía pudo conquistar para sí el cuerpo y el espíritu de una princesa del Cuzco, Da. Beatriz Manko Kapac, de la dinastía incaica, que serenó su alma de soldado en una vejez muelle y armoniosa.

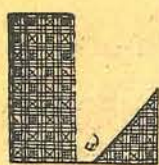
Los dos grandes virreinos de América, Méjico y el Perú, eran centros donde se acumulaba la riqueza en beneficio de los nuevos señores — autoridades gubernativas, capitanes, encomenderos, comunidades religiosas, etc —, que dieron a las ciudades coloniales un esplendor social y arquitectónico que superaba en muchos casos al de las cortes europeas. Conviene observar que los hombres de la conquista no supieron percatarse de la importancia que alcanzarían en el futuro las zonas de explotación ganadera y agrícola, dando primordial preferencia a los territorios mineros, que explotaban en gran escala con legiones de in-

dios. La ambición del oro los concentra. Van por las llanuras infinitas, las selvas y los valles, pero el límite de su esperanza está en las crestas andinas donde el sol finge tesoros sin dueño con la fuerza de sus resplandores dorados. Así llegan a dominar en el imperio de Tawantisuyo, en las cumbres del Darién, en la Nueva Granada, en el Yucatán y en las montañas de Castilla del Oro. La Villa Imperial de Potosí, a cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar, rodeada de terrenos áridos y con un clima desfavorable, por la abundancia de sus venenos minerales llega a reunir en el siglo XVII una población de cerca de doscientos mil habitantes. En ese tiempo, el Madrid de los Austrias, centro del más poderoso absolutismo, sólo tenía cincuenta mil. Las poblaciones de América se desmoronaban al amparo de la riqueza indígena, y las mismas piedras que decoraron sus monumentos, sirven posteriormente para formar las nuevas moradas y grabar en ellas el timbre heráldico de sus poseedores.

A los rigores de la conquista suceden épocas de un esplendor extraordinario. Los soldados de ayer, encomenderos influyentes, con grandes fortunas y con aspiraciones gloriosas, realizan en el propio hogar todos los sueños de grandeza que los impulsó en la ruta transoceánica. El barroquismo triunfa. Triunfa en la arquitectura y en las almas. Los hombres han acumulado la plata y el oro para que los haga brillar y destacarse. Han esclavizado la riqueza y procuran no aparecer ante el mundo como esclavos de ella. Viven con boato de príncipes. Las casas sorprenden por su magnificencia. Un ejército de servidores indios llena las cocinas, los patios y las cámaras. El valor de Castilla cruzó el mar y en América se hizo fastuoso. La plata brilla en los muebles y en los paramentos. De este metal son las vajillas, las armas, los arneses, y hasta los más simples utensilios de la vida doméstica. Cuando los hombres están fatigados de la lucha, hallan en la religión un refugio para serenar sus inquietudes. Y como han luchado por el dominio de la plata, pagan con ella el premio de salvarse. Por esta causa vemos que la magnificencia de los pobladores se extiende a los nuevos y magníficos templos. La idolatría de los nativos se ha cambiado por el dogma católico. Pero el oro y la plata que divinizaba los símbolos astrales, continúa poniendo su áureo resplandor en los retablos y capillas de las iglesias.

El indio, artesano de las más bellas manualidades, contribuye con su habilidad e inspiración al boato de las costumbres. Desde aquel famoso Andrés de Aquino que recuerda el historiador Bernal Díaz en su carácter de platero azteca, como creador de preciosos relicarios y dijes, son innumerables los artistas anónimos que hicieron de su habilidad un vehículo de perfeccionamiento en el arte de la platería. Y fué tan rápido el desarrollo de la industria y tan importantes y ricos los trabajos efectuados, que las pragmáticas reales prohibiendo la manufactura se sucedieron desde Carlos V hasta Felipe III, en salvaguardia de la recaudación impositiva y en menoscabo del libre derecho de los indios para practicar un oficio noble que conocían desde muchos siglos antes del descubrimiento. Fué imposible, no obstante, dar cumplimiento a estas disposiciones que pretendían justificarse por el lujo excesivo de la sociedad americana, y pronto se permitió a los plateros agremiarse y formar cofradías con ingerencia en el culto y en los municipios. Es-

(Continúa en la pág. 41)



LOS metales preciosos, el oro y la plata especialmente, tienen en América un significado esencial desde los períodos prehistóricos. Las tres grandes agrupaciones autóctonas del continente, los nahoas en el Norte, los mayas en el centro y los aymaras en la región andina que se extendía por el Sur hasta las planicies pampeanas, dieron valor sagrado a estos metales, cuyos procedimientos de fundición conocían desde muy antiguo. Representaciones míticas del primitivo culto astral fueron modeladas en plata y oro, por ser materias que adquirirían con el pulimento el brillo pálido del sol y los fulgores blancos y tenues de la luna. En Teotihuacán, en Tiahuanaco, en el Cuzco y en otras ciudades de la prehistoria indígena, existían templos interiormente revestidos de oro, y los pontífices de las antiguas teogonías — emperadores y caciques supremos — usaban sitiales deslumbradores y atributos de la dignidad y el poder que recogían en su riqueza el brillo de los astros. Estos teócratas se adjudicaban por tradición racial un carácter divino, y eran los únicos que se asemejaban por el oro y la plata de sus atributos, a los símbolos de la idolatría.

Las murallas de piedra, los túmulos y las pirámides, los palacios ciclópeos, los monasterios, las fuentes, los menhires y los monumentos monolíticos, eran obras levantadas por la fe de los hombres en holocausto de un dios de oro que iluminaba las montañas, y hacía germinar las praderas, los valles y los bosques, resaltando como una joya inapreciable sobre el raso del infinito. En su deseo de llegar a él, al oro del cielo, el indio escaló las crestas nevadas de los Andes y practicó ceremonias bárbaras sobre altares de fuego, para atraer la benevolencia de sus luces. Cuando las nubes oscurecían el firmamento y el rayo se quebraba como saeta sobre el silencio de las punas, el idólatra temeroso sentía nublarse su conciencia ante la lucha, realmente apocalíptica, de la luz y la sombra. Para su espíritu atribulado, el trueno significaba el estremecimiento de la sombra, y el rayo, la cólera de dios que fustigaba las tinieblas. Entonces sentía necesidad de refugiarse al amparo de los oratorios, donde el brillo de los metales tenía la virtud de iluminarlo de esperanza.

Su sentido de la divinidad fué desarrollando en el hombre primitivo de América los instintos artísticos. Las deidades tomaron forma corporal con el tiempo, logróse el movimiento en las figuras, según vemos en algunos ídolos mejicanos, y enriquecióse la técnica engarzando en el oro y la plata preciosas piezas de diorita, cuarzo, sílice, jade, turquesa, ópalo y otras especies minerales. La riqueza de las montañas pagaba su tributo a los dioses; y el aborigen tenía sensación de dominio sobre la gran tierra materna que lo nutría, que le daba algo de sus energías naturales, que le regalaba el pensamiento con el espectáculo variado de las montañas y los bosques, que lo hacía fuerte para la lucha y enérgico para el impulso.

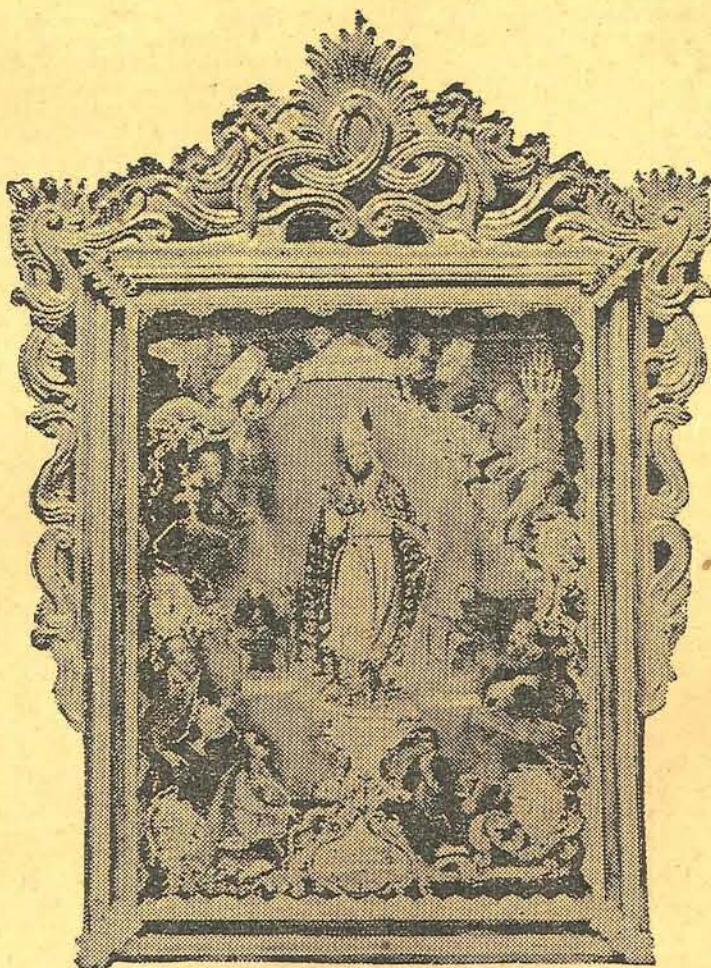
Los conquistadores de Castilla vinieron luego a descubrir esos tesoros y a posesionarse de ellos. El indio los recibió como a seres sobrenaturales, no por que desconociera su condición humana ni tampoco porque los considerara más audaces y fuertes. Pero el americano primitivo se deslumbraba con el fulgor del oro, sospechaba que la luz del sol y la luna poseía fuerzas sobrenaturales, y el español de la

conquista tenía flamígeros aceros para su defensa y desesperaba el rayo y el trueno con sus armas desconocidas. Estas luces eran por su poder un oro que producía la muerte, y el estupor inmovilizaba la resistencia vengadora del indio. Mientras unos y otros luchaban por el predominio de la tierra, por la libertad de raza y de espíritu, la tierra se iba apoderando de ellos, fundiéndolos en un nuevo espíritu racial, doblándolos al dominio de su grandeza y su riqueza. Los aborígenes fueron perdiendo el oro de la idolatría, oro de América que brillaba en símbolos, atributos y ornamentos decorativos, y por la posesión de tal oro, descubrieron el continente los conquistadores, cruzaron los ríos, penetraron en las selvas del Trópico, escalaron la cordillera, navegaron sobre las aguas del Pacífico, prosiguiendo de Norte a Sur, guiados por engañadoras apariencias.

El indio miraba al cielo y ponía su esperanza y su ideología en los oros solares. El conquistador, en cambio, miraba siempre al horizonte. Y en venganza del indio fiel ponía el sol en la lejanía engañadores crepúsculos dorados, para que el hombre rubio pasara sobre la tierra conquistada sin obtener el oro de los cielos.

El premio de la gran aventura realizada por los conquistadores, al menos el más inmediato y positivo, era la plata y el oro de los aborígenes. Lo primero que sorprende a Cortés y exalta la ambición de sus capitanes y soldados es la fabulosa cantidad de metales preciosos que adornan los palacios de Moctezuma y de Axayacatl. Todas las penurias y contratiempos de la jornada emprendida desde Veracruz al valle de Tezco se olvidan momentáneamente ante la perspectiva de poseer tan cuantiosa fortuna. El desastre de la "noche triste", se produce por la dificultad que tiene la soldadesca en defenderse de los indios. El ejército de Cortés, cargado con el oro azteca, pierde de pronto su acometividad combativa. Los hombres no quieren salir de Méjico sin la fortuna conquistada, y hombres y fortuna desaparecen en el agua de los canales, víctimas de su imprudencia y avaricia.

Cuando Pizarro penetra en el corazón del imperio Tawantisuyo y se apodera con audacia sin límites del rey Atawapla, obtuvo por su rescate una cantidad en piezas de oro y plata equivalente a un millón y medio de onzas, que se repartieron proporcionalmente entre ciento setenta españoles que realizaron la conquista. Son curiosos los detalles de este acontecimiento. En la ciudad de Caxamarca, al encontrarse Francisco Pizarro con el Inca, el 3 de mayo de 1533, un misionero de la escolta, el dominico Fray Vicente Valverde, pretendió hacer abjurar al Rey las creencias tradicionales del pueblo incaico, iniciándolo en el dogma del cristianismo. Este proceder temerario tuvo por



San Eloy, patrón de los plateros de América. Pintura colonial de la colección de don Gustavo M. Barreto

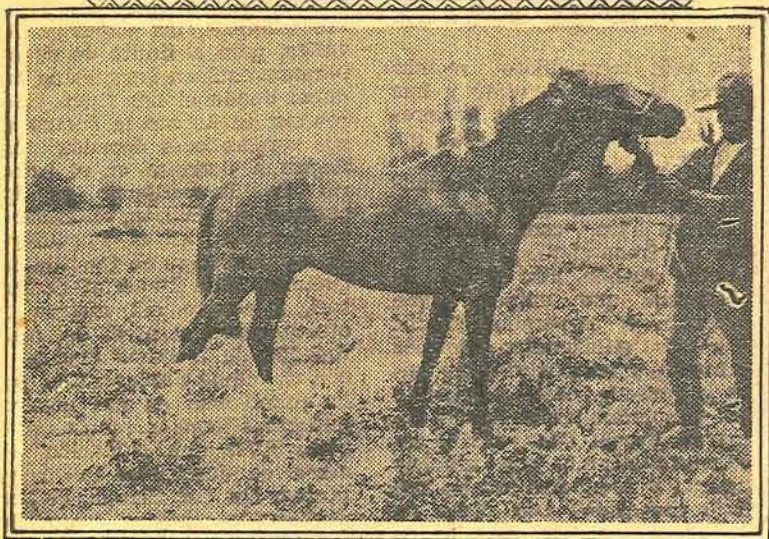
macizo usada en las ceremonias reales y novecientas cincuenta y un mil novecientas treinta y dos onzas de ese metal precioso. Al emperador Carlos V le tocaron, después de repartido el botín, cerca de trescientas mil onzas de oro. Europa entera, conocedora del fabuloso presente, consideró al Perú como al más misterioso y opulento reino de la tierra.

Dice el historiador Fray Jerónimo de Mendieta, que los indios americanos carecían de útiles para labrar metales a martillo, pero que aventajaban a los plateros españoles en trabajos de fundición; el emperador mejicano poseía un aposento con innumerables figuras de pájaros, peces, tigres y otras especies genuinas, con ojos y articulaciones móviles, todo de oro con engarces y de un trabajo hecho con la mayor perfección y el más extraordinario artificio.

En el palacio de Yuca, cerca del Cuzco, también existía un jardín artificial con plantas, pájaros y flores de oro. El sol iluminaba con sus ra-

LOS CABALLOS DEL NOROESTE ARGENTINO

POR
ANGEL
CABRERA



HAY en la República Argentina una región en la que el caballo todavía sigue siendo un elemento indispensable para la vida cotidiana, en la que el caballito criollo aun no ha sido, no ya suplantado por los modernos medios de locomoción, sino ni siquiera adulterado por la infusión de sangre extranjera, y de la cual, sin embargo, parece como si no se acordasen la mayor parte de quienes se hallan hoy empeñados en la noble empresa de regenerar y conservar esa admirable raza equina sobre cuyos lomos conquistó el pueblo argentino su fama de pueblo de jinetes. Esa región la constituyen nuestras provincias del noroeste, y hablando con más exactitud, su parte montañosa, la zona que representa, por decirlo así, el primer escalón para subir a la Cordillera.

Es verdad que el automóvil ha llegado ya a esa zona, pero no ha penetrado muy adentro. No puede penetrar muy adentro porque allí los caminos son hasta ahora pocos y malos, a no ser que se quiera llamar caminos a las sendas que en los cerros traza el ir y venir de las chivas y de los burros chúcaros, o al fondo escabroso de las quebradas, que una tormenta transforma en pocos instantes en mugidor torrente, o al cauce de los ríos, convertido por la seca en ardiente arena; caminos que no son caminos, en los que el mejor automóvil, con todos sus caballos de vapor, se empaca o se hace pedazos, y cuyas dificultades, en cambio, nada valen para el caballo de carne y hueso o para su hermana bastarda, la mula. Por eso, en la antesala de los Andes, todos, hombres y mujeres, son jinetes desde que abandonan el regazo materno, y aun desde antes, ya que no es allí raro el ver a una madre cabalgando con un crío de pocos meses en los brazos; por eso, los chicos van allí a la escuela a caballo, y a caballo va el peón a su trabajo, y el médico a sus visitas, y las mujeres a misa, y a caballo se divierten los mozos en carnaval y acompañan las mozas la procesión, y los cortejos de boda, como los de entierro. Son cortejos ecuestres. Al igual de la América del Norte, la Argentina tiene su Far West, y acá como allá, o aun más que allá, es en ese oeste lejano donde todavía, pese a todos los adelantos mecánicos de nuestro siglo, no se comprende la vida sin la compañía del caballo.

En una conferencia que, allá por el año 1912, dió en la Escuela de Agricultura y Ganadería de Santa Catalina acerca del caballo criollo, el profesor Desiderio Davel, hacía notar que en el territorio argentino presenta esta raza dos tipos o modalidades un tanto diferentes: el caballo de las pampas o de la llanura, y el caballo de las sierras, de las regiones próximas a la Cordillera. Los visitantes de las exposiciones

"Mollo", caballo colorado, del departamento de Belén, propiedad del autor de este artículo

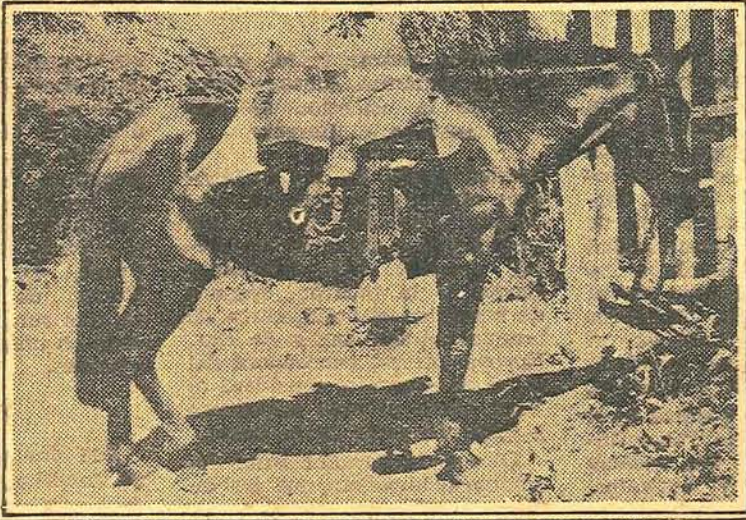
de ganadería que en Palermo, año tras año, celebra con tanto éxito la Sociedad Rural, no conocen más que el primero de estos dos tipos; el yeguarizo serrano queda olvidado allá en sus lejanos pagos, en las provincias olvidadas también, donde sigue siendo el servidor fiel y abnegado del viajero y del hombre de campo. Y si bien se mira, tal vez ese olvido haya sido su salvación. Allí, en el abrupto noroeste, por lo menos, el caballo criollo se ha librado del contacto, no siempre beneficioso, con esas razas extranjeras que hemos dado en considerar, con razón o sin ella, como mejoradoras.

El lector aficionado a estas cuestiones observará que digo caballo criollo, y no argentino, y es que en nuestro noroeste son seguramente pocos los caballos de ascendencia argentina pura, teniendo la mayoría de ellos más o menos cantidad de sangre chilena o peruana. Animales de estas dos castas pasan con frecuencia, y más aun pasaban en otro tiempo, al lado de acá de los Andes, y en procurarse padrillos o yeguas de alguna de las dos ponen particular empeño los criadores de Catamarca y de Salta. Pero no por eso el caballo del noroeste merece el título de criollo menos que los de cualquier otro punto de la República, pues el mismo estado de cosas existía hace un siglo hasta en Buenos Aires. Todo el que haya leído el capítulo XIV de la parte narrativa del viaje de D'Orbigny, capítulo escrito por el ingeniero francés Narciso Párcipe, y en el que se dan muchos datos curiosos acerca de la hacienda yeguariza de la provincia de Buenos Aires hacia el año 1830, sabe que los caballos más estimados aquí en dicha época eran los chilenos; y, por otra parte, nadie ignora que las indias del sur, cuyas caballerías han contribuido a formar lo que ahora llamamos raza criolla argentina, estaban en constante relación con Chile, y hasta se componían parcialmente de tribus llegadas con todos sus bienes desde el país vecino. Los pampas que en los días de las campañas de Rauch tenían en constante sobresalto al gobierno de Buenos Aires, procedían en gran parte de allende la Cordillera; la tribu que en 1833 desbarató en Choele Choele el general Pacheco era enteramente chilena; chilenos fueron el veleidoso Coñuepán, y Cachul, el aliado de Estomba, e igualmente habían venido de Chile con su gente y, por

tanto, con sus caballos, el célebre Calfucurá, jefe supremo de la confederación de los pampas, y Painé, el no menos famoso reorganizador de los ranqueles después de la muerte del feroz Yanquetruz. Conociendo estos antecedentes, cuando se sabe que la cabaña, tan justamente celebrada, de Solanet fue constituida a base de yeguas compradas en las tolderías del interior del Chubut, y que los criollos de don Gustavo Muñiz Barreto (uno de ellos el azulejo overo que figura disecado en el Museo de Luján) descienden directamente de la caballería de los ranqueles, apenas puede cabernos duda sobre la influencia transandina en la formación del actual caballo argentino de llanura.

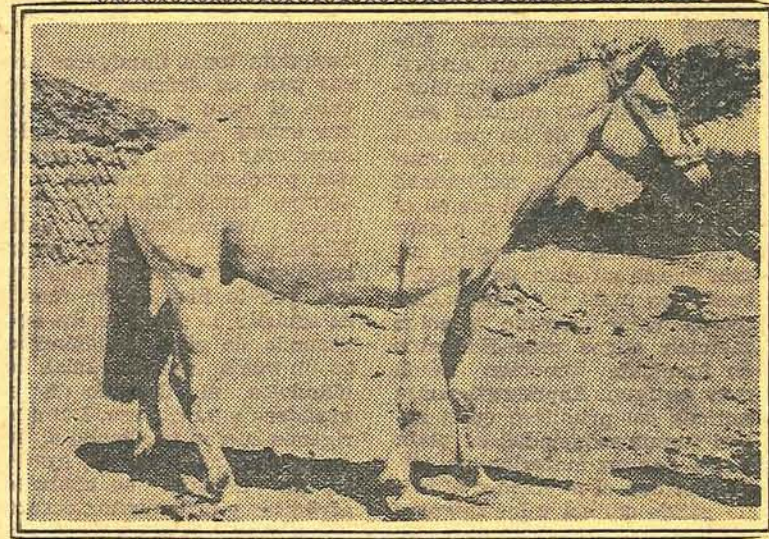
Ello es, sin embargo, cuestión de poca monta. El caballo criollo es todo uno, y los nombres de argentino, uruguayo, peruano o chileno sólo indican ligeras modificaciones de la raza, subrazas si se quiere, que en los distintos países ha producido, ya la influencia del medio o ya el mayor o menor cuidado puesto en la selección hasta conseguir un tipo determinado, como se hacía en otro tiempo en Chile, y de ahí la fama de sus caballos, o como se está haciendo ahora con el criollo argentino de llanura, gracias a la meritoria labor de la Asociación Criadores de Criollos.

De este caballo de llanura, del que tan lindos ejemplares se exhiben anualmente en Buenos Aires, los del noroeste argentino, juzgando por los de Catamarca, que son los que mejor conozco, sólo se distinguen por sus patas más finas, sus vasos más chicos, casi como de mula, y su vientre más



Caballo de Catamarca, con el apero típico de la región

recogido. La cara de estos caballos de las montañas es casi siempre de perfil recto o, cuando más, un tanto convexo en el hocico, como en los caballos del norte de África, y la alzada no pasa de 1,45 metros. Para el catamarqueño entendido, una alzada mayor o una cabeza acarnerada, de ese tipo que por error llaman algunos berberisco, son indicios seguros de cruzar con sangre extranjera, no incluyéndose bajo este cali-



"Nevado", caballo tordillo del departamento de Andalgalá

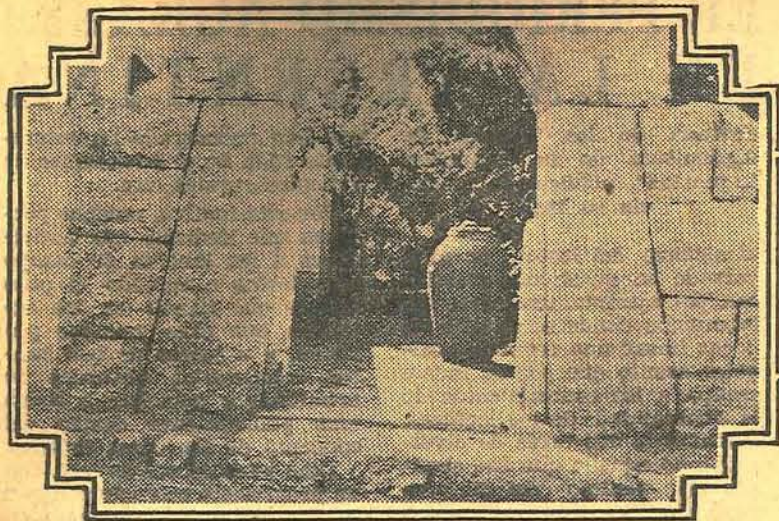
ficativo la que procede de Chile o del Perú. Los animales con sangre chilena suelen reconocerse por su cuello grueso y sus formas redondeadas, y son de arrogante presencia, fortachos y muy braceadores; los peruanos, o con cruza de peruano, en cambio, son más finos, más esbeltos, y con frecuencia presentan un perfil facial ligeramente cóncavo, que recuerda algo el de la raza árabe. He visto en Catamarca bastantes caballos (recuerdo ahora, como ejemplo, un tordillo moro propiedad de don Lucas Aybar, de La Ciénaga), que por su estampa podrían pasar en cualquier parte por argelinos o marroquíes, y no diré por árabes, porque lo impediría la forma de su grupa, que inviolablemente es caída, como en los berberiscos. En cuanto a pelajes, los más comunes son los zainos (especialmente el zaino negro, que los catamarqueños llaman "tucú"), los obscuros, los colorados y los tordillos, sobre todo los moros. Se ven también muchos rosillos, lobunos y alazanes, siendo más raros los bayos y los overos.

Las condiciones del terreno en que vive el caballo del Noroeste hace que sus andares sean muy diferentes de los del caballo de nuestras pampas, como diferentes son también la manera de ensillarlo y el modo de cabalgar en él. En las escabrosidades del Aconquija o del Chaco Real sería poco menos que imposible sostenerse sobre el clásico recado bonaerense, y algo más que absurdo exigir al caballo el galope corto, que cantó Belisario Roldán y que parece haber sido la marcha predilecta del gaucho pampeano. Impónese allí la fuerte montura de madera y suela, con altos arzones y cómodos estribos, en la que el jinete se enhorqueta firmemente, en vez de sostenerse sentado casi en equilibrio. En unas regiones se usa la montura catamarqueña, de cabezas altas y parejas, y en otras la saltana, con su elegante peineta redonda, no pocas veces chapada de plata, pero la composición del apero es, por lo demás, siempre la misma: bajo la montura, tres o cuatro peleros de lana de vivos colores, tejida como saben tejerla las provincianas del Norte, y la carona de cuero, con largas puntas, casi siempre repujada y a veces adornada con retazos de piel de tigre; sobre la montura, los pellones y el sobrepellón, bien ceñidos con los atapellones. Los estribos, de madera o de hierro forrado en cuero, cuando no

baúles o capuchos, penden de arcioneras provistas de anchos guardabarros, y si hubiera que andar por sitios muy apretados de maleza pinchuda, todavía se añade por delante el guardamonte.

Como ha dicho muy bien Lafone Quevedo, no es menos pintoresco que el aspecto del gaucho tradicional el que ofrece un jinete noroeste con su caballo ensillado de esta guisa y marchando al sobrepaso o al andar troteado, que son los modos de caminar que en el noroeste argentino debe tener todo buen sillero. El cómodo sobrepaso, o "paso", como allí se le llama simplemente, parece ser natural en los caballos peruanos, pero todos los caballos del país lo aprenden fácilmente si se les sabe enseñar, sobre todo cuando se los habituó a llevar el bajador, que une la cabeza con la cincha, pasando por una pesenecera, que es a veces una verdadera obra de arte de la talabartería. El educar a un caballo para que ande de esta manera, convirtiéndolo en "caballo de paso", es lo que en Catamarca llaman "chalanear", y quien lo educa es el "chalán". En viajes largos resulta menos cansador para el animal el andar troteado, que se alterna con algún galopito cuando el terreno lo permite, pero que con más frecuencia degenera en un lento tranco, impuesto por la blandura del médano, por lo resbaladizo de las peñas o por lo pedregoso de los ríos secos que hacen veces de camino real. Marchando así, un caballo algo regular puede caminar, sin apurarlo mucho, de diez a doce horas diarias durante varios días seguidos. La distancia recorrida en ese tiempo varía, claro está, de acuerdo con las dificultades del terreno, pero el término medio puede calcularse en unos ocho kilómetros por hora. Esto no puede asombrar a ningún argentino, sobre todo a los argentinos que saben lo que es un caballo criollo, pero se tendría por una andaluzada si se contase en Europa, donde yo he visto, en unas maniobras militares, diezársele la caballería a un regimiento de húsares por haber hecho tres jornadas de a diez leguas, y eso por caminos espléndidos, propios para automóviles, y habiendo sacado los animales fresquitos del cuartel.

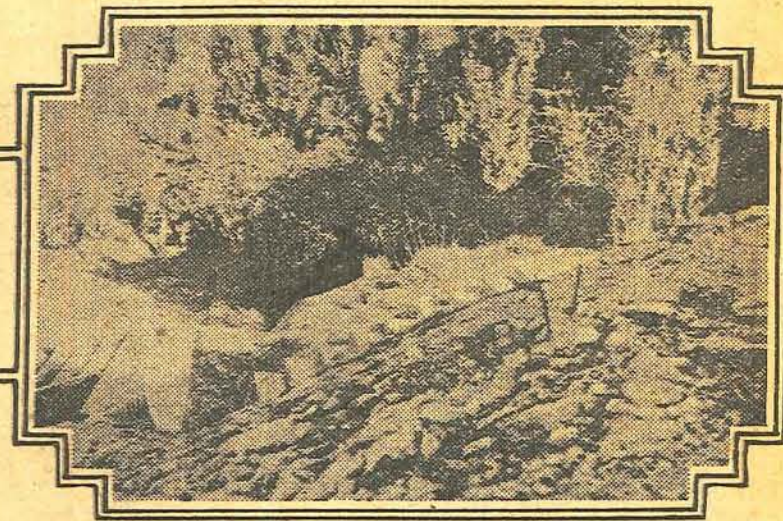
Al paisano de nuestro noroeste, en cambio, todavía le parece poca la resistencia de sus caballos, y para los grandes viajes prefiere la mula, como más sufrida, más sobria, menos expuesta a apunarse y más segura en los pasos difíciles. Y la verdad es que hay en el país mulitas maravillosas. El 2 de marzo de este mismo año, saliendo yo de Hualfin, en el departamento de Belén, a eso de las cinco y media de la tarde, me alcanzó un vecino de La Ciénaga, Tulio Aguiar, que había salido de Punta Balasto con su sillera a las seis de la mañana y pensaba llegar a su casa aquella noche. Aunque mi peón de mano y yo marchábamos tan pronto al galope como



Puerta de piedra de Samay-Huasi



La Avenida Blanca de Samay-Huasi, con el ídolo de piedra



La tribuna de Demóstenes y la escalera de piedra en el cerro, en Samay-Huasi



un kilómetro de Chilecito, a través de un camino arenoso que bordea los cerros, se llega a Samay-Huasi (1), donde Joaquín V. González levantó su morada del reposo como símbolo de su doctrina excelsa.

Dos pórticos de granito marcan la entrada, sobrios y fuertes como construcciones megalíticas, pero encerrando en sus líneas armoniosas el símbolo ideado por el esteta que los concibió.

Detrás de uno de los arcos se levantan en hilera siete pilares de piedra rústica arrancada a la montaña; no hay en sus puntas labrado el rostro del dios venerado, como en los estípites griegos donde se yergue el Término barbudo, pero esos siete pilares están ahí como siete símbolos de la sabiduría y el conocimiento, y sólo faltan los nombres para ver a través de la piedra los rostros severos de los siete sabios de Grecia.

Al pie del cerro se alza incrustada una plataforma de granito, a la que González llamaba la tribuna de Demóstenes y de la que tal vez soñara predicar y enseñar un día el humanismo de la ciencia que le desbordaba del cerebro y el corazón. De la tribuna de Demóstenes parte el camino a la cumbre del cerro, cuyos escalones de roca fueron colocados por las mismas manos del que iba construyendo con amoroso anhelo su casa de descanso.

Samay-Huasi tiene el delicioso perfume de los vergeles de Oriente, el calor intenso de la siesta evapora la humedad de las flores, y en la hora del crepúsculo las ráfagas de aire acarician el rostro, llevando el aroma de las rosas y los azahares, mientras la montaña, a cuyo pie florecen los rosales y naranjos, hace más sugestivo el parecido con los jardines del Asia. Dé un ambiente así estaría impregnado el huerto de Gethsemaní al pie del Monte de los Olivos, donde Jesús oró con la más grande inspiración y éxtasis que existió jamás en alma humana.

La vieja casa de Samay-Huasi muestra sus paredones descascarados, que evocan los soles aplastantes de las largas siestas de enero, con el ruido monótono de la chicharra y el quejido humano de la paloma; mientras los salones interiores,

SAMAY-HUASI

oscuros y frescos, traen a la imaginación la delicia de los claustros.

Cuando el sol sube tras el Velazco, sus primeros rayos caen con tibia ternura sobre Samay-Huasi, despertando los pájaros y las flores. Los cardones erectos del cerro se tiñen con el dorado amanecer, y escondido entre las espigas de la penca se despierta el primer insecto para saludar al sol. Poco a poco, la mole negra de la montaña se aclara, y de los álamos alineados a su pie brota el primer pajar, que se convierte pronto en alegre algarabía, en la que, mezclado al grito de los gorriónes, se confunde la canción de los jilgueros.

La fresca brisa de la mañana sacude las hojas de la Avenida Blanca, y los pálidos pétalos de las rosas deshojadas cubren de blanca alfombra el camino, en cuyo extremo asoma la cabeza del ídolo incásico, que en actitud hierática mira pasar las noches y los días.

El vivo colorido de la Avenida de las Rosas forma rudo contraste con la pureza nivea de la Avenida Blanca; sus flores olorosas son rosas de pétalo sedoso y elegante tallo; las ramas espinosas se cruzan y enlazan en un tierno abrazo de voluptuosidad y amor, y del techado formado por los tallos arqueados penden las rosas rojas de Samay-Huasi; unas, virgenes aun, aprietan los pétalos pequeños para defender el inviolado estigma; otras, grandes y abiertas, exhalan su esencia con el desprendimiento de una amante generosa; todas divinamente perfumadas y rojas, tal como las rosas de Arabia, o las bíblicas rosas de Jericó que perfumaron a Cristo.

De las higueras frondosas penden las brevas y los higos, agobiando las ramas con su peso; reventados muchos, muestran entre los labios de la herida la roja pulpa carnal que invita a hundir los dientes y sorber el jugo que desborda.

Escondida entre sus hojas de geométrico triángulo, canta la calandria sus amores, proclama el grillo su alegría y picocean los gorriónes las frutas reventadas del árbol maldecido un día por Jesús.

El olivo parduzco se eleva, consagrando el símbolo de la

sabiduría, la paz y la gloria, y a la fresca sombra de los algarrobos y los nogales las palomas se besan el pico con suave murmullo, acariciándose el plumaje.

Junto al cerro, los parrales exhiben sus pámpanos cargados, y los racimos hinchados anuncian la vendimia y el vino de Omar, mientras el sol, al filtrarse entre las hojas, dibuja en la tierra sombras grotescas, que se perfilan con la figura de Pan borracho prendido a un racimo, o de Dionisios en alegre danza.

Saltando entre las dalias, los verdes picaflores y las mariposas transparentes parecen luces del arco iris iluminando las flores.

Cuando el sol castiga las piedras del camino, levantando un vaho espeso de la tierra, hay allí una sombra donde echarse con molición, y una vertiente de agua clara y fresca que viene de las cumbres, para humedecer los labios.

El bárbaro contraste del jardín cargado de flores y frutas, con el desierto arenoso que lo rodea; del cerro erizado de cactus y el valle cultivado a sus pies; del silencio aplastante de fuera, con el murmullo interior; del sol que arde en la arena desnuda de los campos, con la sombra fresca de sus árboles tupidos; este contraste entre la muerte de fuera y la vida interior, hace a Samay-Huasi sólo comparable a los valles cultivados entre el Tigris y el Eufrates, donde los Padres de la Iglesia ubican el Paraíso Terrenal.

Esa es la cuna del Panteísmo de Joaquín V. González. La montaña imponente y salvaje le incrustó en el alma el amor a la naturaleza, amor nacido de la sujeción a lo grande, del respeto a lo infinito, de la admiración estupefacta ante las moles ciclópeas; respeto, admiración y sujeción de que nace el amor, según la vieja ley de Stendhal sobre el amor humano, ley aplicable al amor a la naturaleza. Pero el Panteísmo que le infundió Samay-Huasi, aunque menos violento, es más profundo, más religioso, más místico; está más lleno de ar-

monía, le llega más al corazón, sacude sus sentimientos, transforma sus ideas y lo transfigura.

Hay entre uno y otro panteísmo la diferencia del amanecer con el crepúsculo, del día de sol glorioso y tibio con la noche perfumada de plenilunio.

Siguiéndolo paso a paso en su vida de Samay-Huasi, podemos apreciar el profundo contenido de ese panteísmo místico. Joaquín V. González, sensible hasta la hiperestesia, no pudo nunca soportar los ruidos de la ciudad; por eso hizo de la noche la hora de su vida; durante la noche leía y trabajaba, y con el silencio nocturno la inspiración colmaba su cerebro, mientras de la pluma brotaban bellas palabras de honda sabiduría. En Samay-Huasi, donde no hay otros ruidos que el canto de los pájaros, el murmullo de los pinos y la música de los insectos, se levantaba a menudo con el sol para tomar la pala y remover la tierra donde debían germinar las semillas de sus plantas. El día era la hora del trabajo, y por la noche, después de absorber durante largo rato la armonía del cielo estrellado, se echaba en su lecho conventual para abrir la Biblia, o bien se dormía en los largos corredores, fijos los ojos en el cielo.

El daba vida a cada cosa que lo rodeara, encontraba y sentía el alma del cerro, del pájaro, de la flor y hasta de la piedra del camino. En el susurro del viento percibía la voz del espacio, y en el trueno prolongado y sordo de la montaña, el clamor dolorido de los montes.

Consideraba al jilguero y la calandria dos artistas más refinados y geniales que los mejores músicos del mundo; encontraba en el florecimiento de la planta o en la transformación del gusano en mariposa, una expresión de belleza superior a las obras de los hombres.

En las creaciones geométricas de la araña en su tela, en los coloridos del amanecer y del crepúsculo, en los dibujos caprichosos de las nubes, en el tinte inimitable de la luna, hallaba la ley de un arte inmanente en la naturaleza; y cuando amaba la tibieza de los soles de invierno y la frescura

de las lluvias en los días tropicales, cuando se exaltaba su alma ante la belleza de un atardecer o de una noche bañada con un halo de plata, entonces hallaba que él estaba también mezclado a esa naturaleza, porque el amante es uno con la amada.

Ese es su Panteísmo; místico, porque está imbuido de éxtasis; religioso, porque es de adoración.

Samay-Huasi pertenece al Gobierno de la Nación. Fue transferido al Estado con un título precario pendiente de una ley. Han transcurrido los años y hasta ahora la Nación no ha cumplido su convenio, faltando a menudo hasta las mensualidades destinadas a su cuidado y conservación.

Se proyectaba crear una escuela y un museo, y no se habría hallado un lugar más propicio para ello. El ejemplo de amor y sabiduría de su dueño, el ambiente de belleza, de arte, de paz, de que estaba impregnado, lo indicaban en toda forma para lugar de educación de juventudes.

Hoy las rosas de las avenidas son hojas amarillas y quebradizas, el jardín fresco y florido se ha convertido en un desierto semejante a la soledad y desnudez que lo rodean; los árboles y plantas amenazan secarse enteramente, y si una mano animada de piadoso respeto no reanima los gérmenes de vida que aun quedan en la tierra y en las plantas, poco a poco el desierto invadirá el oasis; y dentro de algunos años, cuando el viajero pase por los caminos que circundan Chilecito, algún viejo poblador que lo acompañe le mostrará el cerro, y señalando arena y piedra le dirá: esto es Samay-Huasi, la casa del reposo de Joaquín V. González.

(1) Samay-Huasi quiere decir en quichua "casa del descanso". Esta finca, llamada antes La Carrera, fue adquirida por Joaquín V. González de D. Guillermo Treloar, un viejo minero inglés, cuya personalidad bien pudiera ser materia de una vida a la manera de Maurois. Durante algún tiempo González y Treloar convivieron juntos bajo el mismo techo, hasta que, muerto este último, González comenzó a transformar La Carrera, en la que fue después Samay-Huasi. La finca está separada de la población de Chilecito por un cerro que la circunda en gran parte por occidente, mientras la cadena gris y tosca del Velazco limita su horizonte por oriente.

BONIFACIO LASTRA

al andar troteado, la mula, que había caminado sus buenos ochenta kilómetros sin detenerse un momento, no se quedaba atrás, y su jinete vino conversando con nosotros hasta que nos separamos para seguir distintos caminos. Al otro día supe que Aguiar había llegado a su casa a las nueve de la noche. Desde Punta Balasto a La Ciénaga hay alrededor de veinticinco leguas, una buena distancia para andar una mula en quince horas y, para más, en un día de calor sofocante como era aquél.

Cuando el caballo de las sierras mejor demuestra lo que

vale es en las corridas de burros, el sport catamarqueño por excelencia. Una corrida de burros es algo mucho más grandioso de lo que su nombre haría sospechar. En realidad, es más que un rodeo y una herra de burros chúcaros, pero quien nunca haya visto asnos cimarrones, quien no sepa cómo suben a los cerros más escarpados, cómo se trepan allí donde parece que no pudieran llegar más que las chivas o los guanacos, no es posible que tenga idea de las condiciones excepcionales que este ejercicio exige en caballos y jinetes. Basta con decir que, en la ma-

yoría de los casos, una corrida de burros significa tres o cuatro días de subir y bajar cerros, de dejarse resbalar por barrancas, de saltar zanjas, de vadear ríos, de galopar por los médanos o por las lomas llenas de pedrones y de monte pinchudo; y para terminar, el gran galope final hasta los corrales de los propietarios, arreando la parte de la hacienda arisca que se aparta para la venta, cruzando para ello toda clase de terrenos, sin pararse a mirar por dónde se pasa, como en una especie de fantástico "steep-chase". Allí es, como digo, donde se ve lo que es y lo que

puede dar de sí el caballito criollo.

Por desgracia, si antes he dicho que este caballo se ha conservado en el Noroeste hasta nuestros días, tal vez no pase mucho tiempo sin que esto deje de ser cierto. Las provincias andinas van dejando, poco a poco, de ser inaccesibles, y sus habitantes van saliendo a otras partes y perdiendo, lenta e inconscientemente, el respeto a lo tradicional y el apego a lo suyo. Todos los años, peones de Salta, de Catamarca, de Jujuy pasan a Tucumán en la época de la zafra, y algunos (lo digo porque lo he visto yo mismo)

vuelven a sus casas llevando padrillos o yeguas de razas extranjeras, o por lo menos cruzados. Se está, sin embargo, a tiempo todavía de conjurar el peligro. Una propaganda oportuna en favor del caballo criollo, alguna medida para estimular a los criadores, concursos regionales, premios, facilidades para dar salida a los productos, cualquier cosa, en fin, de las muchas que en tales casos cabe hacer, podría no sólo conservar definitivamente esta raza en aquellas provincias, sino mejorarla y propagarla a base del excelente plantel que todavía existe.

ra llenar cumplidamente su cometido requirieron de hecho el concurso de un núcleo de colaboradores de conocida actuación, y ello representa un gasto de cierta importancia, que no todos los propietarios de revistas están dispuestos a incluir en el presupuesto de su publicación.

El periodismo constituye entre nosotros una fuerza de suma importancia, y precisamente si se orienta hacia las actividades de la campaña, involucrando nuestras riquezas principales: la agricultura y la ganadería, es cuando debe secundar eficazmente los factores de producción y no sembrar un confusiónismo completamente perjudicial para el progreso del país.

No es posible admitir que un lego en la materia sea precisamente quien tenga a su cargo la elección del material de una publicación de esta naturaleza, pues es condición primordial conocer nuestra campaña, las modalidades del trabajo, ya sea agrícola o ganadero, y en esta forma poder seleccionar todo aquello realmente útil y capaz de despertar el interés entre los lectores, creando así esa afinidad entre el que comenta cualquier punto interesante y el hombre que al contacto diario con la naturaleza aprende a discernir de acuerdo a las conveniencias de la explotación en la cual está iniciado.

Esa falta precisamente de conocimientos de nuestra campaña induce a errores graves, de los cuales se reflejan las columnas de una publicación, y así he leído hace poco un artículo de redacción, donde se aconsejaba sembrar en cada zona sólo una variedad de trigo, con el objeto de uniformar la producción y facilitar la formación de tipos standard, perfectamente definidos.

Con toda seguridad, que el

ANALES DE LA SOCIEDAD RURAL ARGENTINA

PRIMER VOLUMEN

(DESDE SETIEMBRE DE 1866, HASTA DICIEMBRE DE 1867)

REVISTA

Destinada a la defensa de los intereses rurales del país, y a la propagación de conocimientos útiles a la Agricultura en todos sus ramos.

DIRECCION—D. Eduardo Olivera; Secretario de la «Sociedad Rural Argentina» y miembro de la Cámara Provincial de Diputados.
COLABORACION—Dr. D. Juan M. Gutierrez, Dr. Hubler, Dr. Lucas Herrera y Obes, Domingo F. Sarmiento, Miguel Puiggari, Jorge Stegmann, Juan Hannab, Wilfrid Latham, Duhamel, Javier Alvin, Carlos Vereike, Juan S. Fernandez, A. Estrada, Vicente Silveira, Manuel Villarino, Julio Lacroze, Juan Madero.
ADMINISTRACION—D. Angel Estrada, miembro de la Comisión Directiva de la «Sociedad Rural.»



ESTADOS UNIDOS

Imprenta AMERICANA, San Martín núm. 120

1867

Portada del primer tomo de los «Anales de la Sociedad Rural Argentina» (1867)

autor del artículo a que me refiero sólo cuenta en su haber con viajes hasta Lomas de Zamora o Tigre, pues de lo contrario sabría que sembrando una sola variedad de trigo, a la madurez no le alcanzarían las máquinas para efectuar la cosecha en tiempo oportuno y, por otra parte, la misma diferencia en la riqueza de la tierra dentro de una misma chacra es la que indica, en ciertos casos, los trigos que deben preferirse.

Del mismo modo, la operación de sembrar no se hace en un par de días y, como toda explotación debe tener por base la economía en el trabajo, no sería posible disponer de un gran número de máquinas para sembrar una extensión de importancia dentro de la época que se indica como más conveniente para cada trigo.

Ahora bien; la falta de una dirección técnica en este caso da lugar a comentarios desafortunados como el que acabamos de señalar, y cuando ellos provienen de publicaciones de cierta importancia, como algunos diarios de elevada tirada, se ocasionan inútiles confusionismos que retardan la solución de muchos problemas, aparentemente complejos pero que en el fondo son de una claridad meridiana.

El agrónomo, veterinario, avicultor, etc., que reparte sus actividades entre las que son propias a su profesión y el periodismo, tiene a su cargo una misión que no es posible dejar de señalar.

Su esfuerzo contribuye, indudablemente, al progreso general, difundiendo desde las columnas del diario o la revista todo aquello susceptible de aplicación práctica y capaces de determinar resultados más positivos de la tierra, aumentando los

rendimientos de las plantas cultivadas, disminuyendo los costos de producción, mejorando la calidad de los productos, etc.

Siendo tan vasta la labor de los mismos y sus proyecciones; cómo aceptar que esa acción sea contrarrestada por el periodismo mercantil, que sólo busca el usufructo del anuncio, olvidando los intereses generales del país, a los cuales nuestros técnicos dedican todos sus esfuerzos?

Hace ya tiempo bosquejé la creación de una asociación de los técnicos que acostumbraban escribir sobre tópicos rurales, con el fin de impedir que los artículos que se envían a determinadas publicaciones puedan ser transcritos sin consentimiento expreso del autor.

En esta forma se lograría que todas las publicaciones existentes en el país fueran eficaces vehículos de progreso, y al evitar las transcripciones no existiría el peligro actual de que se refleje sobre un técnico un mal concepto, por cuanto el lector halló que el contenido de su colaboración era un absurdo para determinada zona donde circula una revista, y lo que menos supone es que ese artículo fué ya publicado y sus conclusiones eran perfectamente adecuadas para cierta región.

Desgraciadamente, las solicitudes profesionales han sido siempre un obstáculo para que llevara a cabo lo expuesto y sería de todo punto de vista interesante que alguien recoja la idea y la ponga en práctica, ya que asociaciones de esta índole pueden representar un gran bien para el país, encauzando así la propaganda agrícola por rumbos verdaderos, con lo cual el público lector se beneficiaría en grado sumo y, por otra parte, se habría hecho obra de aliento en favor del progreso general.

te», que debía pedirlo al mismo Corvalán. Advértase cómo sigue el asunto por dos conductos, para mayor contralor. El 24 de noviembre, o sea una semana exacta a partir de la primera medida, estaba terminado todo el proceso preliminar de la elección, según se induce de una nota de Angelis, en la que participa a Rosas, a mediodía, haber despachado a Corvalán diez mil boletas, prometiendo que irán las otras diez mil a la oración, «pues no resta sino empaquetarlas. He cotejado las pruebas—prosigue—y están conformes con la lista de la ciudad, contenida en su superior orden de 18 del corriente (que también devuelvo a V. E.)...»

Terminados así los dos primeros actos de la parodia, quedaba solamente, para llegar al desenlace del día 27, hacer la distribución y dar las órdenes necesarias, a fin de que los «buenos federales» pudiesen sufragar conforme a su conciencia, coincidente en un todo con la del Restaurador de las leyes. En un borrador, todo autógrafo de Rosas, salvo el comienzo, de 21 de noviembre, y destinado a ser subscrito por el general Manuel Corvalán, se proyectó la circular para los jueces de Paz de campaña en estos precisos términos: «El infrascripto ha recibido orden del Excmo. Señor Gobernador de la Provincia, Brigadier don Juan Manuel de Rosas, para decir a V. que las adjuntas listas son las que corresponden a la opinión del Gobierno, en la próxima elección, para un Representante por ese Partido...», y después de este introito, siguen algunas testaduras que destacamos, porque revelan dos estados de voluntad en sus decisiones: por la primera redacción, ordenaba que las listas fuesen distribuidas entre los alcaldes, teniendo alcaides y demás individuos del partido, a fin de obtener una votación numerosa, pero en seguida dispuso que el mismo juez las repartiera «entre

COMO MANEJABA EL DICTADOR JUAN MANUEL DE ROSAS SUS PARODIAS ELECTORALES

(Continuación de la pág. 11)

los Ciudadanos sufragantes, procediendo en esto con el mayor interez, según corresponde a un asunto de tan elevada importancia». De aquí se infiere que deseaba unificar en el juez de Paz la responsabilidad de todos los manejos. En el mismo proyecto confeccionaba la lista de los partidos y advertía, al final, que en caso de que lloviese el 27 de diciembre, debía trasladarse la elección al domingo siguiente. Completa el cuadro que venimos trazando las providencias tomadas para influir en la ciudad. Para esto, sólo tres días antes, el 24 de diciembre, dispuso que el 25, el mismo edecán Corvalán hiciera la distribución de listas entre los funcionarios adecuados, o sea, de la policía, del ejército, de los ministerios y de la iglesia. Todos eran agentes del ilustre Restaurador. Al jefe de Policía, 12.500—o sea más de la mitad—; al general Mariano Benito Rolón, 1000; al sargento mayor Pedro Ximeno, capitán del puerto, 1000; al sargento mayor José Narbona, 900; al sargento mayor, Victorino Aguilar, 900; a un coronel, cuyo nombre no puede leerse por deterioros en el documento, 500; a los oficiales mayores de los ministerios de Relaciones, de Hacienda y de Gobierno, 100 cada uno; al colector general, 300; al coronel graduado Julián Salomón, 600; al del mismo empleo Andrés Porro, 500; al Ilmo. Señor Mariano Medrano (ni este dignatario podía librarse de ayudar a la causa), 100; al coronel Casto Cáceres, 400; al vicepresidente de serenos, Nicolás Mariño, 800; al guardián de San Francisco, 50; al prior de Santo Domingo, 50, y al mayor Fernando Abrano, 50. En síntesis, a la policía y a los militares le correspondió el mayor peso del reparto porque, como es natural, estaban más en «contacto» con la buena opinión popular.

Corvalán noticiaba a Rosas

que se había realizado todo de conformidad a sus órdenes, con lo que ya estará más que asegurada la futura legislatura. Y para abundar en mayores pruebas agregaremos que al año siguiente vuelven a repetirse las mismas órdenes, pero con la singularidad de una tal precipitación, que patentizan el dinamismo del Dictador, motivado en esta nueva circunstancia, por el afán de que se cumpla la ley en lo que respecta a la apertura del período, el primero de enero de 1844.

A raíz de una nota de la Sala de Representantes del 27 de noviembre, Rosas expidió decreto señalando el 10 de diciembre de 1843 para las elecciones de renovación. El plazo era angustioso, sobre todo para la campaña, en la que se llegaría a tiempo únicamente matando caballos, sin figuras de retórica. En vista de que el general Corvalán se hallaba enfermo, lo reemplazó, en los trámites, con el oficial escribiente Carlos Reymond. El domingo 3 de diciembre Rosas tomó las primeras disposiciones: ordenó a de Angelis que para la mañana del lunes 4, siguiendo en un todo las normas del año anterior, diese principio a la impresión de las listas, y que se «las vaia mandando sin un solo momento de demora». Con respecto a los nombres, resolvió que el agente fiscal, Tiburcio Cárcova, ocupase la vacante de Antonio Ramírez, fallecido; que a Juan Alsina lo colocase en la 8ª sección y a Manuel Riglos en la 11ª. Por último, el decreto de convocatoria debía aparecer el mismo lunes 4 de diciembre en «La Gaceta» y en el «Diario de la Tarde».

De Angelis, ante la conminación dominical del Júpiter de la Federación, hizo sudar las prensas sin demora; a las 11 y 1/4 del día 4 ya tenía Reymond las primeras pruebas de los candidatos de la campaña,

excepto Patagones, en atención a que las boletas debían salir por agua, a su juicio; a la 1 y 3/4 le remitió las pruebas del resto. A las 12 y 1/4 Rosas le devolvió todas las listas aprobadas, advirtiéndole que también las de Patagones irían por tierra. A partir de este momento se contarán celosamente el transcurso de los minutos, y todo el engranaje deberá responderle sin retardos. Asentaremos a continuación las minucias internas, no por lo que en sí representan, sino en cuanto traducen su voluntad dominadora y el obediencia de los hombres que le están alrededor. A las 5 y 1/2 de la tarde Reymond le asegura que al día siguiente—o sea el 5 de diciembre—la imprenta enviará, entre 10 y 11 de la mañana, las boletas de las secciones más distantes, es decir, 12ª, 13ª y 14ª. (las del extremo sur), a las 5 de la tarde, las de las secciones 10ª y 11ª, y el miércoles 6, a las 10 de la mañana, el resto. Las de la ciudad las entregará por mitades, el 7 y 8 de diciembre, siendo «esto todo lo más breve que puede hacerse el trabajo, en razón de la dificultad de secarse la impresión. He creído—añade Reymond—deber ponerlo en el Supremo conocimiento de V. E. para su debida inteligencia; bien entendido que si antes de éstos plazos puede conseguir expedirse, el señor Angelis hará, pues piensa hacer trabajar los operarios día y noche». Rosas tiene ya las circulares preparadas idénticas a las del año anterior, de manera que «en seguida (que) empiesan—decía a su empleado—a venir las listas de las Secciones más retiradas las irá también, sin demora alguna, haciendo caminar con los hombres que para todo tengo desde hoy muy pronto». Estamos en plena intensidad de trabajo: de Angelis, el día 5 se constituye en la imprenta a las 6 de la mañana, sin desayunar, y a las 8 y 1/4 realiza la pri-

mera remesa a Reymond, por intermedio del ordenanza Villoldo, quien hace la entrega en el acto, y que el destinatario no retransmite con la misma celeridad a Rosas, porque su sereno de guardia no lo despierta. Esta negligencia hace que el Dictador, disgustado ya, recién a las 5 menos 10 minutos entre en posesión de las listas, lo que da motivo a que a la 1 de la madrugada reconozca a de Angelis como, en efecto, «El oficial escribiente Reymond es el que tiene en todo ello la culpa. Está ya reconvenido con toda la severidad que corresponde». Después de esta lubricación, todo irá a voluntad del amo. El mismo día 5, a las 7 y 1/4 de la tarde, de Angelis hace llegar directamente al Restaurador las secciones 9ª, 8ª, 7ª y 5ª, remesa que éste recibe 3/4 de hora después, según le informa a las 12 y 3/4 de la noche. A las 10 y 1/2 de la mañana del 6 la imprenta salda las cinco secciones restantes de la campaña, que Rosas reconoce haber recibido media hora más tarde, de conformidad. El 7 de diciembre, a las 10 y 1/2 de la mañana se entregan a Reymond las diez mil primeras listas de la ciudad y se devuelven a Rosas todas las carpetas con las tramitaciones y borradores que hemos tenido a la vista.

A la misma hora del día 8, el antedicho empleado recibe las últimas diez mil listas, y gracias a «la acertada convención, de V. E.—asienta el polígrafo napolitano—se harán a muy buen tiempo (las elecciones), de modo que no haya innovación en el día de la apertura de la Sala».

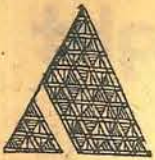
Juan Manuel de Rosas podía así cumplir, ostensiblemente, los imperativos de la ley, en cuanto a la iniciación del período parlamentario, sin ulteriores peligros, merced a un diligente manejo de los hilos de la farsa electoral, todo en beneficio de la mayor seguridad y gloria de los dóciles y buenos federales.



EL INCENDIO SIMULADO

Dibujos de GEO McMANUS





medida que iba creciendo la fama de Rodolfo Valentino como artista de la pantalla — y crecía a pasos agigantados, —

deseaba, como es natural, participar algo más de las grandes ganancias que producía a las empresas, con un salario algo mayor. Pero esta mejora le fué negada, por lo menos durante varios años.

Es claro que ello sucedía, en gran parte, por culpa suya, pues, como ya he explicado, no sabía absolutamente nada acerca de negocios ni de la forma en que debía manejar sus asuntos. A la edad de 25 años le interesaban tan poco las finanzas, y comprendía tan poco de ellas, como a los 25 días de edad. De modo que no era extraño que los productores se aprovecharan de su debilidad.

A Rudy solo podían manejarlo como se les antojaba, pero cuando me encargué de la tarea de cuidar sus intereses, poco después de conocerlos, tuvieron que vérselas con otra persona mucho menos dócil. En consecuencia, me hice muy popular entre sus productores.

Después de "filmado" "El poder conquistador", Rudy abandonó la Metro para actuar en "El Sheik", de la Famous Players Lasky, y no es necesario recordar a nadie que haya conocido a Rudy el éxito que logró con esa película. Sin embargo, cuando le ofrecieron otro contrato, fué sobre la base del mismo salario. Los empresarios reconocían su habilidad como actor, pero no se mostraban dispuestos a remunerarle como merecía.

El nuevo contrato resultaba muy halagüeño en todo, menos en lo que se refería al salario. Era para hacer dos películas: una con Dorothy Dalton como protagonista, y otra con Gloria Swanson. Pero el salario de Rudy no pasaba de quinientos dólares, y sabiendo que valía mucho más como actor, le propuse el plan siguiente:

Madame Nazimova se dirigía a Nueva York en viaje de negocios y me llevaría consigo. Sugerí a Rudy que fuera al Este con nosotros y que discutiera el contrato con la Famous Players en los escritorios de la empresa en Nueva York, antes de firmarlo en el Oeste. Le expliqué que si hacía notar a la Famous Players que había sido enviado al Este por una compañía rival, podría hacer un negocio mucho mejor.

A los astros de la costa del Pacífico se les mantiene siempre ignorantes de las cantida-

LA VERDAD ACERCA DE RODOLFO VALENTINO LOS PRODUCTORES NO LE PAGABAN LOS SALARIOS QUE MERECE

POR

NATACHA
RAMBOVA

VI

de Jean Acker, y que todo marcharía bien.

A duras penas conseguimos reunir el dinero necesario para la adquisición de la casa, pero pudimos arreglárnoslas para pagarla, y convinimos en que más tarde compraríamos los muebles. Mientras tanto, nos sentaríamos en el suelo y comeríamos sobre la estufa si era necesario. Nuestra felicidad llegaba al delirio.

Precisamente en aquella época, un amigo de Rudy vivía también en Whitely Heights, a poca distancia de nuestra casa. Acordamos que Rudy habitara provisoriamente en aquella, y que yo me mudaría en seguida a la nuestra. En esa forma estaríamos cerca el uno del otro y podríamos continuar comiendo juntos. Ante todo, decidimos pasar la Navidad en nuestra casa nueva.

Los pocos muebles que tenía en mi casita fueron trasladados a la nueva residencia en las colinas de Whitely, y me mudé dos días antes de la Navidad.

Por suerte, éramos jóvenes y entusiastas, porque las perspectivas iniciales no resultaban muy buenas; no teníamos gas, agua caliente ni calefacción de ninguna especie; nada más que cuartos vacíos y paredes peladas. Los únicos muebles del "living-room" eran una silla y un árbol de Navidad. ¡Pero cómo adornamos aquel árbol! ¡Y cuánto nos divertimos en la tarea! Nos portamos como dos criaturas. Realmente, no éramos otra cosa en aquella época.

Una Navidad pobre, pero feliz

De cada lado de la chimenea pendía un calcetín, misteriosamente abultado; de todas las ventanas colgaban coronas, y en todas partes se veían símbolos de Santa Claus. Cocinamos la cena de Navidad en un calentador eléctrico, y la comida fué exquisita.

A media noche debíamos abrir los paquetes que contenían los regalos, pero poco antes de que llegase la hora má-

gica, y cuando habíamos ya prendido las velas del árbol, Rudy me tomó de un brazo para conducirme escaleras arriba a mi dormitorio y advertirme: —No te atrevas a salir hasta que te llame.

Cerró la puerta de golpe y salió corriendo de la casa. ¿Qué se proponía hacer? Pasaron diez minutos largos, y oí que la puerta exterior se abría de nuevo. No podía resistir a la curiosidad que sentía.

—¡Bajo en seguida!—grité. No recibí respuesta alguna. Reinaba en la casa el más profundo silencio. Luego oí el ladrido de un perrito, y no pudiendo resistir más, bajé corriendo la escalera. La cabeza de un sedoso perrito pequinés y dos patitas surgían de la boca de uno de los calcetines. Grité alborozada y abracé al perrito y a Rudy. Esa fué la forma en que Chuckie entró a formar parte de nuestra familia.

Llorando y riendo, abrimos todos los paquetes y jugamos con el perrito hasta que se consumieron las velas del árbol, lo cual significaba que la Navidad había terminado. Fué aquella la primera que pasamos juntos y la más feliz de todas para nosotros.

La película "Sangre y arena"

Después de las fiestas de fin de año Rudy empezó a trabajar en "Sangre y arena", contratado por la Famous Players. June Mathis había adaptado hábilmente la novela para la pantalla. Nadie comprendía mejor a Valentino ni escribía tan bien como ella para él. Su versión de "Los cuatro jinetes" le valió un gran éxito. Luego escribió para Rudy el papel de Juan Gallardo, que, para mí, fué el más grande que desempeñó en su vida. Sé que de todas las caracterizaciones de Rudy, la que más le agradó fué la del torero Juan Gallardo. Se dispuso a encarnar su papel con todo el cuidado que solía poner en sus trabajos de actor. Leyó libros e historia de España y estudió las costumbres españolas, hasta internarse en el ambiente de la tierra que ha hecho famosas las corridas de toros. Tomó lecciones de torero de un "matador" retirado, que más tarde se convirtió en nuestro suyo, con quien hablaba

en idioma castellano acerca de todos los incidentes de la vida del viejo torero. Importó de España trajes y equipos completos de matador de toros. En el estudio se recibieron películas de corridas en Madrid, Sevilla y Méjico, y Valentino las estudió atentamente. Entre las películas figuraban algunas de las corridas de un famoso torero mejicano, que hace pocos meses murió en una plaza de toros. Existía un parecido extraño entre Valentino y ese hombre, y Rudy lo tomó por modelo. En la película, muchos de sus gestos fueron idénticos a los del torero mejicano; todo el mundo comentaba el caso en el estudio.

Mientras tanto, Rodolfo vivía en un mundo creado por él mismo; se eclipsó Rodolfo Valentino para convertirse en Gallardo, el torero. Aprendió a andar y a conducirse como un torero; sus modales eran torpes y su conversación ruda. Valentino y el personaje ficticio de Gallardo tenían mucho de común. En realidad, podría establecerse un extraño paralelo en sus vidas, desde el nacimiento hasta la muerte. Ambos tuvieron un principio modesto, pero adquirieron fama rápidamente para morir cuando se hallaban en la cúspide de su carrera, echados a perder por el dinero y las adulaciones femeninas. El Gallardo de la novela de Blasco Ibáñez era un campesino, y aunque Rudy no fué precisamente lo mismo, había nacido, sin embargo, en la aldehuela de Castellenata, y en lo primero que se interesó fué en las cosas que producía la tierra. Se recibió de agrónomo muy joven en la Real Academia de Agricultura de su país.

De esa vida obscura, lo mismo que Gallardo, se vió súbitamente transportado a un mundo en que le sonreía el éxito y que le brindaba más dinero, fama y admiraciones femeninas de lo que es capaz de soportar un hombre. Pocos años después, lo mismo que Gallardo, murió cuando se encontraba en la cumbre de su carrera.

Por mi parte, mientras observaba a Rudy interpretando su papel en forma impecable, me pareció muchas veces que aquello constituía una profecía trágica de lo que había de sucederle. Con frecuencia llegué a sentirme realmente asustada. Me pareció que Valentino estaba interpretando subconscientemente su propia vida. Y el tiempo no tardó en demostrar que mis temores eran fundados.

(Continuad.)

ORO Y PLATA DE AMERICA

(Continuación de la pág. 35)

ta situación de privilegio la encontramos plenamente justificada por el desarrollo de la industria y su valor en las costumbres. Como decimos antes, los objetos de platería habían invadido el gusto de la gentes y el rango social de las familias se medía por la riqueza que ostentaban en objetos de plata y oro.

Las artes coloniales del Nuevo Mundo tienen carácter particular por lo que el indio puso en ellas de su ideología propia. La naturaleza les prestaba motivos de inspiración inagotables; y aunque estuvieran dirigidos por maestros de otras latitudes, nunca pudo dejar a un lado la tradición prehispánica en que había nutrido su vocación e inteligencia.

• • •

La costumbre de utilizar objetos preciosos en el tocado de las personas, en el alhajamiento de la casa y en la mesa suntuosa y abundantemente servida de las familias coloniales, se extiende durante el siglo

XVIII a las todavía nacientes poblaciones del Plata. El lujo no es patrimonio exclusivo de los antiguos virreinos.

La corona de España ve aumentar continuamente sus tagas con los tributos y recaudaciones de Adelantados y Virreyes. Desde 1545 hasta 1783, las célebres minas de Potosí habían producido un caudal en lingotes, de ochocientos veinte millones seiscientos catorce mil pesos fuertes. Las minas de Guanajuato y Zacatecas, en Méjico, suministraban anualmente una cantidad aproximada de ciento treinta mil kilogramos de plata cada una, y la Casa de la Moneda de Nueva España, remitió a los monarcas de Castilla desde 1690 a 1803, cerca de mil cuatrocientos millones de pesos. Y a principios del siglo XIX, al producirse la independencia de las colonias, vemos que la Capitanía General de Chile producía por año dos mil ochocientos sesenta y siete kilogramos de oro y seis mil ochocientos de plata; la Gobernación del Nuevo Reino de Granada, cuatro mil ochocientos y ciento diez mil, respectivamente; y el Virreinato de Buenos Aires, quinientos seis kilogramos de oro, y de plata ciento diez mil setecientos treinta y cuatro.

Una parte cuantiosa de esta riqueza mineral, se transportaba a la península, que disponía, por el tributo de América, de cantidades metálicas superiores a todo el valor de la moneda circulante en el resto de Europa.

Los orfebres y plateros de España, los Arfe, por ejemplo, dotaron a innumerables iglesias y conventos de obras artísticas únicas en el arte de la fundición y cincelado. Actualmente han producido el asombro de los extranjeros, las piezas antiguas de plata y oro expuestas en las exposiciones de Barcelona y de Sevilla. Los tesoros de las catedrales de España, están formados con plata y oro de América, y monumentos como El Escorial, se levantaron con caudales del Nuevo Mundo. Nada de extraño tiene que las prósperas sociedades americanas vivieran con la ostentación que correspondía a su título de "contribuyentes dadivosos".

El sello de la plata labrada, consistía durante la época colonial, en un escudo con las columnas de Hércules, la marca de aleación y el nombre o monograma del platero, aunque también abundaban las piezas de carácter artístico sin mar-

cas de ninguna especie. Tal era la abundancia de metales y tan común y divulgado el oficio de argentería.

En Buenos Aires, donde se habían implantado las costumbres ostentosas del Alto Perú durante el período virreinal, existían en 1793 más de cuarenta maestros plateros entre nativos, españoles y portugueses, con taller o tienda. Estaban organizados en gremio, tenían reglamentos para ejercer la profesión y formaban una influyente cofradía con capilla en la iglesia de La Merced, dedicada al patrón San Eloy.

Las piezas suntuosas de las viejas familias, fueron enajenando con el tiempo, y comerciantes sin ilustración, negaron mérito a los tesoros del arte colonial, fundiéndolos como si fueran vulgares objetos de chafalonía. Algunas personas interesadas, por su ilustración y antecedentes, en estos testimonios del pasado artístico de América, propusieron hace años salvar de la destrucción los pocos restos que iban quedando en Sud América de tan noble arte. Es el caso de los señores Barreto. Su casa, conservada en el tiempo como una reliquia solariega, guarda en su interior las apariencias de lo que ya hoy no existe: el lu-

jo señorial y digno de las viviendas patricias. Y en sus estanterías y vitrinas todavía puede encontrarse la realidad patente de un arte genuinamente americano, conservado con meritorio desinterés para enseñanza y ejemplo de los que niegan al país tradiciones de arte y antecedentes de esplendor, dignidad y decoro.

Los que atribuyan a estas opiniones el interés presunto de aferrar el país a los recuerdos de la colonia, sepan que América nunca fué conquistada por España, sino por españoles que realizaron su obra en nombre de los monarcas de Castilla. América fué patrimonio exclusivo de los reyes, desde el hosco y grande Carlos V, hasta Fernando VII el absolutista. Los españoles que tremolaron los gonfalones del Rey por todo el continente, no pudieron librarse del cautiverio del Nuevo Mundo. Si mandaron a España el oro, trajeron aquí algo que valía tanto o más que el oro: sus virtudes heroicas, su sangre, su instinto de libertad, su arte y su idioma, que transmitido a través de los siglos, hace de las nuevas naciones un núcleo fraterno que clava los signos de su vida en la trayectoria más avanzada del progreso.



Por el buen camino

En todo el mundo se abandona cada vez más la mala costumbre de tomar café después de las comidas. La experiencia demuestra que nuestros antepasados tenían razón cuando terminaban sus comidas con una infusión de plantas y flores aromáticas, grandes entonadoras del estómago.

En la casa donde entra el Te del Hogar desaparecen el te y el café comunes — tan perjudiciales — con gran satisfacción de todos y con ventaja para la salud de todos.

Se prepara como el te común. Una cucharadita para cada taza.

**Muchas personas
nos preguntan**

¿Qué es el Te del Hogar?

El Te del Hogar es la bebida racional e higiénica que todos, hombres y mujeres, grandes y chicos, deben tomar a diario, después de cada comida, en lugar del café y te común, tan perjudiciales.

En cada taza de Te del Hogar se funden y armonizan las virtudes del azahar de Andalucía,

de la menta de Piamonte, de la naranja de Valencia, del tilo y de la melisa francesa y del anís de Castilla.

El Te del Hogar es una feliz combinación de plantas y flores aromáticas tradicionalmente consagradas para asegurar digestiones felices y, como natural consecuencia, nervios tranquilos.

*Mejor que el café y te común, mucho más rico y más barato.
Cada tarro vale \$1.80 y alcanza para 70 tazas.*

Dep. Gral. para la Rep. Argentina
Sgo. del Estero 1972 - Bs. Aires

SE VENDE EN TODOS LOS ALMACENES Y DESPENSAS

Te del Hogar

La bebida ideal para después de las comidas

El más científico de los dentífricos

Así ha sido clasificado el DUBARRY por todos los doctores odontólogos que lo usan, al comprobar que con el cepillo seco y en contacto con la saliva "produce más rápidamente" la espuma cremosa y penetrante de la fórmula jabonosa que contiene, hecha a base de "manteca de cacao".

Esta espuma jamás da gusto a jabón y equilibra todos los otros componentes que limpian sin raspar. Su consistencia y mejores propiedades se debe a las esencias complementarias que son altamente antisépticas y desodorantes.

El dentífrico DUBARRY es el que "necesita menos" del cepillo, eliminando el riesgo de descarnar los dientes y retraer las encías.

Usado el DUBARRY con el cepillo seco o sin éste, "perlifica" la dentadura y deja la boca fresca y perfumada.

**Limpia, Desinfecta, Purifica y
NO Raspa.**

Perfumeria
Dubarry
FUNDADA EN 1903

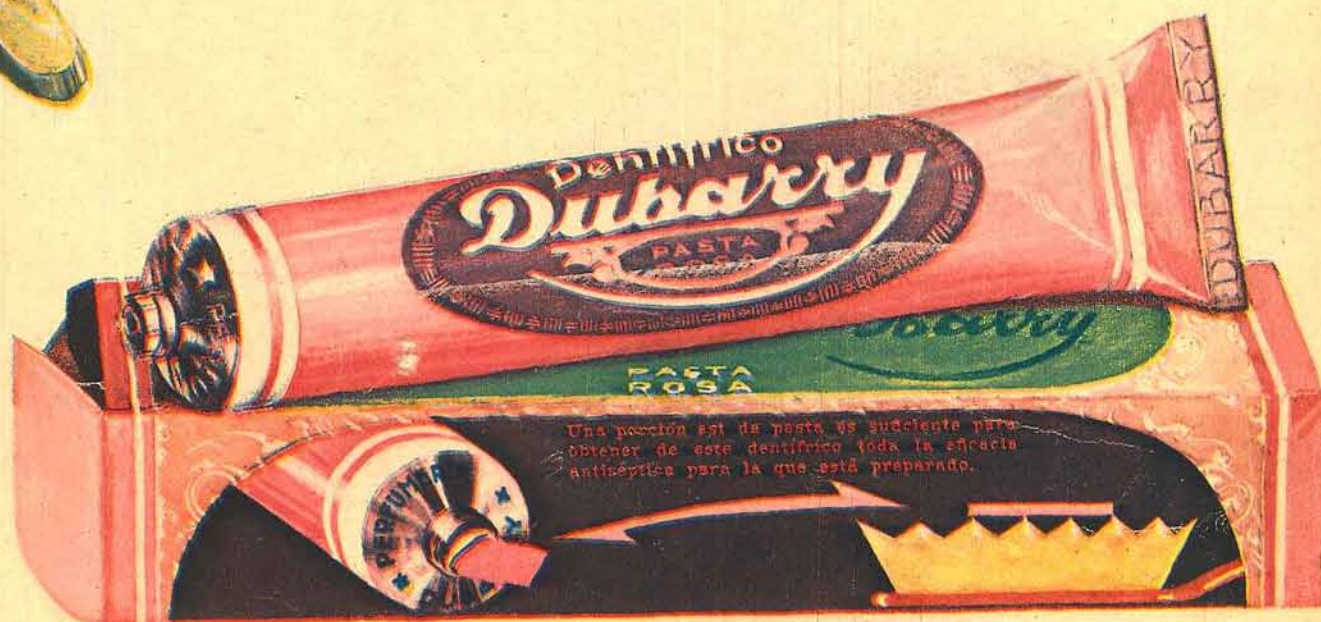
Cualquier cepillo es bueno

si se usa el dentífrico DUBARRY,
y su duración es mayor por cuanto
le exige menos desgaste.

-Sin cepillo-

Gran desodorante y especialmente
del cigarrillo.

Colocar un centímetro de pasta—blanca o rosa—sobre los dientes, extenderla con la lengua sobre los mismos y las encías, dejar un instante y luego hacer buches con agua fría o tibia.



Tubo grande \$ 1,70

Tubo medio \$ 0,70